



NORA
ROBERTS

La isla de las flores

NORA
ROBERTS
La isla de las flores



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1982 Nora Roberts
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La isla de las flores, n.º 17 - junio 2017
Título original: Island of Flowers

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-9170-159-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Para mi madre y mi padre

Capítulo 1

La llegada de Laine al Aeropuerto Internacional de Honolulu fue tradicional. Ella hubiera preferido mezclarse con la multitud, pero parecía que viajar en clase turista la había puesto en aquella misma categoría. Unas muchachas de piel dorada y sonrisa de marfil, vestidas con un pareo de colores, les daban la bienvenida a los pasajeros. Después de aceptar un beso y un collar de flores, Laine se dirigió, entre la gente, hacia el mostrador de información. En otras circunstancias habría disfrutado del momento, pero la tensión que sentía ahogaba cualquier diversión. Llevaba quince años sin poner los pies en suelo norteamericano, y la tierra fértil y exuberante de acantilados y playas que había visto desde el avión no le transmitía la sensación de estar volviendo a casa.

La Norteamérica que Laine imaginaba se abría paso en su mente en forma de recuerdos, y desde la perspectiva de una niña de siete años. Norteamérica era un olmo retorcido que hacía guardia junto a la ventana de su habitación. Era una extensión de hierba verde salpicada de florecillas de oro. Pero, sobre todo, Norteamérica era el hombre que la había llevado a selvas africanas imaginarias, y a islas desiertas. Sin embargo, había orquídeas en vez de margaritas. Las gráciles palmeras y los helechos de Honolulu eran extraños para ella, tanto como su padre. Y había atravesado medio mundo para ir a buscarlo. Parecía que había pasado una vida entera desde que aquel divorcio la había arrancado de sus raíces.

Laine pensó con desesperación que tal vez, la dirección que había encontrado entre las cosas de su madre podía llevarla a una gran decepción. No sabía cuánto tiempo podía tener aquel pedazo de papel pequeño y arrugado. Tampoco sabía si el capitán James

Simmons seguía viviendo en la isla de Kauai. No había hallado ninguna otra cosa entre las facturas de su madre. No había correspondencia, nada que pudiera indicar que aquella dirección todavía era válida. Lo más práctico hubiera sido escribir a su padre, y Laine había luchado contra la indecisión durante una semana. Al final, se había decantado por un encuentro cara a cara. Sus ahorros apenas podían proporcionarle una semana de alojamiento, pero, aunque sabía que aquel viaje era impetuoso, no había sido capaz de resistirse. Además de sus dudas, padecía el temor de que al final de aquel viaje le esperara el rechazo. No había motivos para esperar algo distinto. ¿Por qué iba a importarle ella, de adulta, al hombre que no había ejercido de padre mientras crecía?

Relajó la mano con la que agarraba el bolso y recordó la promesa que se había hecho a sí misma, la de aceptar lo que la esperara al final de aquel viaje. Hacía mucho tiempo que había aprendido a adaptarse a lo que la vida le ofreciera. Ocultaba sus sentimientos con aquella costumbre que había adquirido durante su adolescencia.

Rápidamente, se caló el sombrero blanco sobre el halo de rizos rubios, pálidos, y alzó la barbilla. Nadie habría podido percibir la ansiedad que sentía. Tenía una apariencia distante y elegantísima con su traje de seda azul claro heredado, y arreglado para que se ajustara a su figura esbelta y no a las curvas amplias de su madre.

La chica del mostrador de información estaba manteniendo una animada conversación con un hombre. Laine se quedó aparte y los observó con un interés vago. El hombre era moreno, y muy alto. Seductor. Tenía un rostro curtido y el pelo negro, rizado, y la piel bronceada por el sol de Hawai. Su perfil tenía algo de desenfado, una sensualidad básica que Laine reconocía, pero que no comprendía. Pensó que tal vez se le hubiera roto la nariz alguna vez, pero en vez de estropear la línea del perfil, la falta de simetría lo mejoraba. Iba vestido de manera informal, con unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa también vaquera, que dejaba a la vista un pecho fuerte y unos

brazos musculosos.

Laine lo escrutó con una ligera irritación. Observó su actitud encantadora e indolente, y la expresión burlona de su sonrisa. «Yo he visto antes a tipos como éste», pensó con resentimiento. «Son de los que revoloteaban alrededor de Vanessa como cuervos alrededor de la carroña». Recordó también que, cuando la belleza de su madre se había marchitado, la bandada se había alejado en busca de presas más jóvenes. En aquel momento, Laine sólo sintió gratitud por el hecho de que su contacto con los hombres hubiera sido limitado.

Él volvió la cara y vio a Laine. Arqueó una ceja oscura mientras la observaba. Estaba irracionalmente enfadada con él, demasiado como para apartar la mirada. La sencillez del traje revelaba la elegancia de sus curvas jóvenes. El ala del sombrero proyectaba su sombra sobre media cara aristocrática, de rasgos bien definidos, nariz recta, boca seria, y sobre unos ojos tan azules como el cielo. Tenía las pestañas espesas y doradas, aunque a él le parecieron demasiado largas como para ser auténticas. La catalogó como una mujer fría y dueña de sí misma.

Lentamente, y con deliberada insolencia, él sonrió. Laine mantuvo la mirada y se esforzó por no ruborizarse. La azafata, al ver que su interlocutor había transferido su atención, miró hacia Laine, y frunció el ceño.

–¿En qué puedo ayudarla? –preguntó, y esbozó su sonrisa de trabajo.

Laine hizo caso omiso del hombre y se acercó al mostrador.

–Gracias. Necesito un medio de transporte para llegar a Kauai. ¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo? –preguntó, con un ligero acento francés.

–Por supuesto. Sale un vuelo chárter para Kauai dentro de... –la señorita miró el reloj y sonrió de nuevo–. Veinte minutos.

–Yo salgo ahora mismo.

Laine miró al hombre, y se dio cuenta de que tenía los ojos verdes

como el jade.

–No tendría que recorrer el aeropuerto y –continuó él con una sonrisa–, mi Cub no está tan abarrotado ni es tan caro como el chárter.

Laine arqueó una ceja con desdén, pero él no se sintió impresionado.

–¿Tiene un avión? –le preguntó ella con frialdad.

–Sí, tengo un avión. Siempre viene bien ganar un poco de dinero con los que viajan entre islas.

–Dillon –dijo la azafata, pero él la interrumpió con una sonrisa y con un gesto de la cabeza.

–Rose le dará referencias mías. Trabajo para Canyon Airlines, en Kauai –dijo, presentándole a la señorita con una sonrisa. Ella movió unos papeles.

–Dillon... El señor O'Brian es muy buen piloto –dijo Rose después de carraspear–. Si prefiere no esperar el chárter, puedo garantizarle que su vuelo será igualmente agradable con él.

A juzgar por su sonrisa irreverente y la mirada de diversión de sus ojos, Laine pensó que el viaje no iba a ser tan agradable. Sin embargo, tenía poco dinero, y sabía que debía conservarlo en la medida de lo posible.

–Muy bien, señor O'Brian. Si me dice cuál es su tarifa, estaré encantada de pagarle cuando hayamos aterrizado.

–El resguardo de su equipaje –respondió él con una sonrisa–. Es parte del servicio, señorita.

Ella inclinó la cabeza para esconder su rubor, y rebuscó el papel en su bolso.

–Muy bien. Vamos allá.

Él tomó el resguardo y la agarró del brazo, y se la llevó mientras se despedía de la azafata de información mirando hacia atrás:

–Hasta la próxima, Rose.

–Bienvenida a Hawaii –dijo Rose, por costumbre, y después, con un suspiro, se quedó mirando la espalda de Dillon.

Laine no estaba acostumbrada a que la guiaran con tanta firmeza, y con tanta prisa, y se esforzó por mantener el ritmo mientras trotaba a su lado.

–Señor O’Brian, espero no tener que ir corriendo hasta Kauai.

Él se detuvo y le sonrió de nuevo. Laine intentó, sin éxito, no jadear. Descubrió que su sonrisa era un arma extraña y poderosa para la que ella todavía no tenía defensa.

–Pensaba que tenía prisa, señorita...

Miró el resguardo, y ella vio que la sonrisa se le borraba de los labios. Cuando él alzó la vista, no quedaba ni rastro de buen humor en sus ojos. Tenía un gesto grave, y despedía vibraciones de hostilidad.

–¿Laine Simmons? –preguntó él, en un tono de acusación.

–Sí, ha leído correctamente.

Dillon entornó la mirada.

–¿Viene a ver a James Simmons?

Laine abrió unos ojos como platos. Durante un instante, sintió una chispa de esperanza, pero él continuó con su actitud hostil, y ella tuvo que contener el impulso de hacerle cientos de preguntas, mientras notaba que él le apretaba el brazo con fuerza.

–No sé por qué debe importarle eso, señor O’Brian –dijo–, pero sí. ¿Conoce a mi padre? –preguntó, y notó un sabor agri dulce al hacer aquella última pregunta.

–Sí, lo conozco... mejor que usted. Bueno, Duquesa –dijo él, y la soltó como si su contacto le resultara ofensivo–. Dudo que sea mejor llegar quince años tarde que nunca, pero ya veremos –inclinó la cabeza y le hizo una reverencia a medias–. El viaje corre por cuenta de la casa. No puedo cobrarle a la hija pródiga del propietario –comentó.

Dillon recogió su equipaje y salió de la terminal en silencio. Laine lo siguió, asombrada por su animosidad y por la información que le había dado.

Su padre tenía una aerolínea. Recordaba que James Simmons era piloto, y que tenía el sueño de poseer sus propios aviones. ¿Cuándo se

habría hecho realidad aquel sueño? ¿Y por qué aquel hombre, que estaba metiendo las elegantes maletas de su madre en un avión pequeño, había sentido tanta antipatía al conocer su apellido? ¿Cómo sabía que habían pasado quince años desde la última vez que había visto a su padre? Abrió la boca para preguntárselo a Dillon, mientras él se dirigía hacia la parte delantera del avión, pero volvió a cerrarla al ver su mirada de enfado.

–Arriba, Duquesa. Tendremos que soportarnos el uno al otro durante veintiocho minutos.

La tomó por la cintura y la subió al avión como si no pesara más que una pluma. Después, él se sentó junto a ella. Laine percibió su virilidad y se sintió incómoda, e intentó ignorarlo, concentrándose intensamente en el acto de abrocharse el cinturón de seguridad. Por debajo de las pestañas vio que él manipulaba los controles, justo antes de que el motor se pusiera en marcha.

El mar se abrió por debajo de ellos. Las playas blancas se extendían contra su borde, salpicadas de turistas amantes del sol. Las montañas se erguían, escarpadas y primitivas, como los eternos soberanos de las islas. A medida que ganaban altura, los colores del paisaje se hicieron tan intensos que parecían artificiales. Pronto se mezclaron; el marrón, el verde y el amarillo se unieron antes de desvanecerse. El avión ascendió a toda velocidad hacia el cielo.

–Kauai es un paraíso –dijo Dillon, en el tono de un guía. Se apoyó en el respaldo del asiento y encendió un cigarrillo–. En la Costa Norte desemboca el río Wailua, que forma la Gruta de los Helechos. La vegetación es excepcional. Hay kilómetros y kilómetros de playas, y campos de caña de azúcar y palmeras. También merece la pena ver las Cataratas de Opeakea, la Bahía de Hanalei y la Costa de Na Pali. En la Costa Sur –continuó, mientras Laine adoptaba la actitud de una atenta espectadora–, tenemos el Parque Estatal de Kokie y el Cañón de Waimea. Hay árboles y flores tropicales en los Jardines de Olopia y Menehune. Se pueden practicar deportes acuáticos en casi todas las

zonas de la isla. ¿Por qué demonios ha venido?

Aquella pregunta, tan brusca y repentina después del recitado mecánico, consiguió que Laine diera un respingo.

–A... a ver a mi padre.

–Pues se ha tomado su tiempo –murmuró Dillon–. Supongo que estaba muy ocupada con las clases en esa elegante escuela para señoritas.

Laine frunció el ceño al pensar en el internado que había sido a la vez su hogar y su refugio durante quince años. Decidió que Dillon O'Brien estaba loco, y no tenía sentido contradecir a un lunático.

–Me alegro de que le parezca bien –respondió con frialdad–. Es una pena que usted no pudiera asistir. Es asombroso lo que se puede lograr con las personas toscas.

–No, gracias, Duquesa. Prefiero un poco de ordinariéz honesta.

–Parece que tiene una buena cantidad.

–Me las arreglo. La vida en una isla puede llegar a ser muy incivilizada –dijo con una sonrisa–. Dudo que se adapte a sus gustos.

–Yo puedo adaptarme muy bien, señor O'Brien –dijo ella, encogiéndose de hombros con elegancia–. También puedo soportar cierta descortesía durante cortos periodos de tiempo. Veintiocho minutos está dentro de mis límites.

–Magnífico. Dígame, señorita Simmons –continuó él con un exagerado respeto–, ¿cómo es la vida en el Continente?

–Maravillosa. Los franceses son cosmopolitas y educados. Una se siente muy a gusto con la gente de sus mismas inclinaciones.

–Muy cierto –dijo él irónicamente, con los ojos clavados en el cielo mientras hablaba–. Dudo que encuentre a mucha gente de sus mismas inclinaciones en Kauai.

–Tal vez no, o tal vez la isla me parezca tan agradable como París.

–Seguro que los hombres le parecen agradables –replicó Dillon con una mirada furiosa, y Laine se sintió gratificada por aquella ira.

Al recordar los pocos hombres con los que había tenido contacto

durante su vida, tuvo que contener una carcajada. Sólo se le escapó una sonrisita.

–Los hombres a quienes yo conozco –dijo, y le pidió mentalmente disculpas al anciano padre Rennier– son hombres elegantes, cultos y con clase. Inteligentes, de buen gusto, con modales y sensibilidad, virtudes que por el momento no he vislumbrado en sus equivalentes americanos.

–¿De veras? –preguntó Dillon suavemente.

–Sí, señor O’Brien, de veras.

–Bueno, pues no vamos a estropear la puntuación –dijo él.

Puso en marcha el piloto automático, se giró en el asiento y la capturó. Le aplastó la boca con la de él, antes de que Laine se diera cuenta de sus propósitos.

Estaba atrapada entre sus brazos, y sus forcejeos no tuvieron ninguna oportunidad contra la fuerza de aquel hombre. Laine se sintió abrumada por su sabor y su contacto. Él aumentó la intimidad de aquel momento separándole los labios con la lengua. Para escapar de unas sensaciones que eran mucho más agudas de lo que ella hubiera creído posible, se aferró a su camisa.

Dillon levantó la cara y frunció el ceño al ver la expresión de asombro de Laine, al ver su vulnerabilidad. Ella lo miraba con una especie de conocimiento nuevo, y también con desconcierto. Se apartó de ella y recuperó el control manual de la avioneta, y volvió a fijar su atención en el cielo.

–Parece que sus amantes franceses no la han preparado para la técnica norteamericana.

Laine, furiosa por la debilidad que acababa de descubrir, se volvió hacia él.

–Su técnica, señor O’Brien, es tan grosera como usted mismo.

Él sonrió y se encogió de hombros.

–Agradezca, Duquesa, que no la tire al mar. Llevo conteniéndome veinte minutos.

–Sería inteligente si consiguiera reprimir tales deseos –replicó Laine.

Cada vez estaba más furiosa, pero no iba a perder los estribos. No iba a darle a aquel hombre detestable la satisfacción de saber que la ponía muy nerviosa.

De repente, la avioneta cayó en picado. El mar se aproximaba a ellos con una velocidad terrorífica mientras el pequeño pájaro de acero daba vueltas sobre sí mismo. El cielo y el mar se convirtieron en una masa de azules intercambiables con el blanco de las nubes. Laine se agarró al asiento y cerró los ojos con todas sus fuerzas. No podía protestar. Había perdido la voz y el corazón. Siguió agarrada, rezando para que su estómago permaneciera inmóvil. La avioneta se enderezó y siguió el vuelo estabilizada, pero dentro de la cabeza de Laine, el mundo seguía girando. Entonces, oyó que su acompañante se reía de buena gana.

–Puede abrir los ojos, señorita Simmons. Vamos a aterrizar en un minuto.

Laine se volvió hacia él y estalló en un análisis largo y detallado de su carácter. Al final se dio cuenta de que estaba dando su opinión en francés. Respiró profundamente.

–Señor O’Brien –terminó en inglés–, es usted el hombre más odioso que he conocido.

–Gracias, Duquesa –respondió él, y complacido, empezó a canturrear.

Laine se esforzó por mantener los ojos abiertos mientras Dillon comenzaba el descenso. Tuvo una breve impresión de verdes y marrones que se fundían con el azul, y de nuevo, vio las montañas antes de que la avioneta se posara en el asfalto y fuera aminorando la velocidad.

Por fin se detuvieron, y ella miró a su alrededor. Había hangares y filas de avionetas y aviones de pasajeros, y otras aeronaves de diferentes clases. «Tiene que haber un error», pensó Laine. «Todo esto no puede ser de mi padre».

–No se haga ilusiones, Duquesa –le dijo Dillon al percibir su mirada de asombro–. Ha perdido el derecho a su parte. Y aunque el capitán quisiera ser generoso, su socio le pondría las cosas muy difíciles. Va a tener que buscarse la vida en otro lugar.

Después, bajó a tierra de un salto, ante la mirada de incredulidad de Laine. Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y se dispuso a bajar de la avioneta. Él la agarró por la cintura antes de que sus pies se hubieran posado en el suelo. Durante un instante, él la mantuvo suspendida. Sus caras estaban a pocos centímetros de distancia, y Laine se quedó atrapada en sus ojos. Nunca había visto unos ojos tan verdes, ni tan atractivos.

–Tenga cuidado –le dijo él, y la soltó.

Laine dio un paso atrás para apartarse de la hostilidad de su voz. Reunió valor, alzó la barbilla y se mantuvo firme.

–Señor O’Brian, ¿le importaría decirme dónde puedo encontrar a mi padre?

Él la miró durante un instante y, bruscamente, señaló hacia un pequeño edificio blanco.

–Su oficina está allí –le ladró.

Después se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo 2

El edificio al que se aproximó Laine era una cabaña de tamaño mediano. En la entrada había palmeras y anturios. Laine entró, con las manos temblorosas. Tenía la sensación de que iban a fallarle las rodillas, y de que le iba a estallar el corazón. ¿Qué iba a decirle al hombre que la había dejado vivir en soledad durante quince años? ¿Qué palabras podrían cruzar el abismo y expresar la necesidad que no había muerto nunca? ¿Tenía que hacer preguntas, o podía olvidar los motivos y aceptar, simplemente?

Laine recordaba a James Simmons perfectamente. El paso del tiempo no había hecho borrosa su imagen. Sería mayor; pero ella también había crecido. Ya no era una niña que soñaba con su ídolo, sino una mujer que iba a reencontrarse con su padre. Ninguno de los dos era como antes, y tal vez eso fuera una ventaja.

La primera sala de la cabaña estaba vacía. Laine miró por encima los muebles y las alfombras. Se sintió sola e insegura. Y entonces, como un fantasma del pasado, le llegó la voz de su padre, retumbando a través de una puerta abierta. Se aproximó al sonido y lo vio hablando por teléfono, en su escritorio.

Percibió cómo había cambiado con el tiempo, aunque sus recuerdos eran bastante acertados. Tenía la piel morena, y algunas arrugas más, pero sus rasgos no le resultaron extraños. Sus cejas gruesas se habían vuelto grises, y conservaba todo el pelo, aunque canoso, como las cejas. Mientras ella lo observaba, él alzó la mano y se la pasó por el cabello con un gesto que ella recordaba bien.

Cuando colgó, Laine apretó los labios y tragó saliva. Después habló con suavidad.

–Hola, Cap.

Él giró la cabeza y ella vio su expresión de sorpresa. En sus ojos aparecieron muchas emociones distintas, y en algún punto, entre el principio y el final, Laine distinguió el dolor. Su padre se puso en pie, y ella se dio cuenta, con asombro, de que era más bajo de lo que le hacía recordar su perspectiva de niña.

–¿Laine?

Pronunció su nombre con vacilación y con reserva, y aquello aplastó su impulso de correr hacia él. Inmediatamente, Laine supo que no la iba a recibir con los brazos abiertos, y aquel rechazo estuvo a punto de terminar con su sonrisa.

–Me alegro de verte –dijo ella. Sin saber qué hacer, se adelantó y le tendió la mano.

Tras unos instantes, él se la estrechó. La sujetó brevemente, y después la soltó.

–Has crecido mucho –comentó, mirándola con una sonrisa que no le alcanzaba los ojos–. Te pareces a tu madre. ¿Ya no llevas coletas?

Una sonrisa le iluminó la cara con un impacto tan rápido, que la expresión de su padre se hizo más cálida.

–Hace bastante tiempo que no. No tenía a nadie que me tirara de ellas –dijo Laine.

De nuevo, la actitud de su padre se volvió reservada, y al sentir la frialdad, Laine intentó encontrar otro tema de conversación–. Has conseguido tu aeropuerto. Debes de estar muy contento. Me gustaría verlo.

–Ya lo organizaremos –dijo él, en un tono amable e impersonal.

Laine se acercó a una ventana y miró al exterior a través de las lágrimas.

–Es muy impresionante.

–Gracias. Estamos muy orgullosos de él –respondió su padre. Después carraspeó y le preguntó–: ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Hawai?

Ella se agarró al alféizar de la ventana e intentó adoptar su tono. Ni

siquiera poniéndose en lo peor se había preparado para sentir tanto dolor.

–Tal vez unas semanas. No tengo planes definitivos. He venido directamente aquí –dijo, y se dio la vuelta–. Seguramente, ya que estoy en la isla, debería ver algunas cosas. El piloto que me trajo me ha dicho que Kauai es muy bonito, y que hay jardines... y parques. A lo mejor tú puedes recomendarme un hotel.

Él la estaba mirando fijamente, y Laine intentó que no se le borrara la sonrisa.

–Puedes quedarte conmigo mientras estés aquí.

Ella se tragó el orgullo y asintió. Sabía que no podía permitirse el lujo de alojarse en ningún otro sitio.

–Eso es muy amable por tu parte. Me gustaría.

Él asintió y agrupó unos papeles que había sobre su escritorio.

–¿Cómo está tu madre?

–Murió –murmuró Laine–. Hace tres meses.

Cap alzó la vista. Laine vio un reflejo de dolor en su rostro. Él se sentó.

–Lo siento, Laine. ¿Estaba enferma?

–Tuvo... –Laine tragó saliva– un accidente de coche.

–Entiendo –dijo él. Carraspeó y, de nuevo, su tono de voz se hizo impersonal–. Si me hubieras escrito, habría ido a ayudarte.

–¿De veras? –Laine cabeceó y se volvió de nuevo hacia la ventana. Recordó el pánico, el aturdimiento, la montaña de deudas, la subasta de todo aquello que tuviera valor–. Me las arreglé bastante bien.

–Laine, ¿para qué has venido?

–A ver a mi padre –dijo ella en un tono desprovisto de emoción.

–Cap.

Al oír aquella voz, Laine se dio la vuelta y vio a Dillon. Él también la miró a ella antes de volverse hacia Cap.

–Chambers se va al continente. Quiere hablar contigo antes de despegar.

–Muy bien. Laine –dijo Cap, haciendo un gesto torpe–, te presento a Dillon O’Brian, mi socio. Dillon, ésta es mi hija.

–Ya nos conocemos –dijo Dillon con una breve sonrisa.

Laine asintió.

–Sí, el señor O’Brian ha sido muy amable al traerme desde Oahu. Ha sido un viaje muy... fascinante.

–Muy bien.

Cap se acercó a Dillon y le puso una mano en el hombro.

–Lleva a Laine a la casa, ¿de acuerdo? Y que se instale. Debe de estar muy cansada.

Laine se quedó observándolos, excluida del misterio del entendimiento masculino, mientras ellos intercambiaban miradas. Dillon asintió.

–Será un placer.

–Yo iré a casa dentro de un par de horas –dijo Cap, y miró a Laine con un silencio embarazoso.

–De acuerdo –dijo Laine. Estaba empezando a dolerle la sonrisa, así que la dejó morir–. Gracias.

Cap vaciló, y después salió por la puerta. Ella se quedó mirando al vacío. «No voy a llorar. Y menos delante de este hombre». Ya no le quedaba nada más que su orgullo.

–Cuando quiera, señorita Simmons.

Ella pasó por delante de Dillon y lo miró por encima del hombro.

–Espero que lleve los coches con más discreción que los aviones, señor O’Brian.

Él se encogió de hombros.

–¿Por qué no lo averiguamos?

Las maletas la estaban esperando fuera.

–Parece que se me ha adelantado.

–Tenía la esperanza –dijo él, mientras echaba el equipaje al maletero de un coche– de poder mandar todo esto, junto a usted, al sitio del que ha venido, pero es evidente que ahora ya no es posible.

Abrió la puerta, se sentó detrás del volante y arrancó el motor. Laine se sentó a su lado. Él soltó el freno y se puso en marcha a una velocidad que aplastó a Laine contra el asiento.

–¿Qué le ha dicho? –preguntó Dillon, sin molestarse con los preliminares, mientras maniobraba con destreza entre el tráfico del aeropuerto.

–Ser el socio de mi padre no le da derecho a conocer sus conversaciones conmigo.

–Escuche, Duquesa, no voy a quedarme de brazos cruzados mientras usted aparece en la vida de Cap y le causa problemas. No me ha gustado nada la cara que tenía cuando entré en la oficina. Le he dado diez minutos con él, y se las ha arreglado para hacerle daño. No me obligue a parar y a sacárselo. No iban a gustarle mis métodos.

Laine estaba demasiado cansada como para seguir discutiendo.

–Señor O'Brian, no era mi intención hacerle daño a mi padre. Durante los diez minutos que usted me concedió hemos hablado poco. Tal vez lo que le ha disgustado es la noticia de la muerte de mi madre, pero eso es algo que él habría sabido en algún momento.

Su tono de voz era apagado, y él la miró. Entonces se sorprendió por la fragilidad de su rostro. Tenía el pelo casi blanco, y la piel de marfil. Por primera vez, Dillon advirtió las manchas violetas que tenía bajo los ojos.

–¿Cuánto tiempo hace?

–Tres meses –dijo ella con un suspiro–. Chocó contra un poste de teléfono. Me dijeron que murió en el acto.

«Y que no sufrió», añadió en silencio, «porque estaba anestesiada con varios litros de champán».

Dillon se sumió en el silencio, y ella le agradeció que no le dijera nada, que no pronunciara palabras manidas de consuelo. Ya había tenido suficientes, y su silencio le resultó más reconfortante. Observó su perfil y su boca inflexible, y volvió a concentrarse en el paisaje.

A medida que se adentraban en la isla, Laine sólo pudo ver

pequeñas partes del mar. La vegetación era exuberante y había muchísimas flores que prosperaban bajo la luz y el calor del sol.

Dillon giró hacia un camino flanqueado por dos enormes palmeras. Mientras se acercaban a la isla, Laine sintió un poco de alegría. Era una casa sencilla, limpia, de muros frescos y blancos. Tenía dos pisos y grandes ventanales. Al ver el reflejo del sol en los cristales, Laine sintió su primera bienvenida.

–Es preciosa.

–No tan lujosa como usted hubiera creído, seguro, pero a Cap le gusta –dijo Dillon.

Era evidente que su pequeña tregua había terminado. Él bajó del coche y se ocupó de las maletas.

Sin hacer un solo comentario, Laine abrió la puerta y salió del vehículo. Se protegió los ojos del sol con la mano y se quedó, durante un momento, mirando la casa de su padre. Había un tramo de escaleras que ascendía al porche. Laine entró sin acompañamiento.

–Cierra la puerta. No quiero que entren moscas.

Laine miró hacia arriba y vio, con admiración y asombro, a una mujer enorme que bajaba las escaleras como si fuera una niña. Llevaba un pareo de colores, y tenía el pelo negro y recogido junto a la nuca. No tenía una sola arruga, y su piel era del color de la miel oscura y los ojos negros. Laine no supo establecer su edad. Podía tener de treinta a sesenta años. Era la imagen de una sacerdotisa de la isla. La mujer escrutó a Laine sin reservas al llegar al final de las escaleras.

–¿Quién es? –le preguntó a Dillon, cruzándose de brazos.

–Es la hija de Cap –respondió él, y dejó las maletas en el suelo.

–La hija de Cap Simmons –dijo la señora. Frunció los labios y entornó la mirada–. Muy guapa, pero demasiado pálida y delgada. ¿No comes? –le preguntó a Laine, rodeándole el brazo entre el pulgar y el índice.

–Pues sí, yo...

–Pero no lo suficiente –la interrumpió la señora, y rozó un mechón rubio de su pelo con interés–. Umm, muy bonito, muy bonito. ¿Por

qué lo tienes tan corto?

–Yo...

–Deberías haber venido hace muchos años, pero bueno, ya estás aquí –asintiendo, le dio unas palmaditas en la mejilla a Laine–. Estás cansada. Voy a preparar tu habitación.

–Gracias. Yo...

–Después, comerás algo –le ordenó la señora; acto seguido, se llevó las dos maletas escaleras arriba.

–Es Miri –dijo Dillon–. Lleva la casa.

–Sí, ya veo –dijo Laine–. ¿No debería haberle subido usted las maletas?

–Miri podría llevarme a mí por las escaleras sin ningún esfuerzo. Además, sé que no tengo que interferir en lo que ella considera que son sus deberes. Ven –le dijo él, y la tomó del brazo para llevarla por el pasillo–. Te prepararé una copa.

Dillon se acercó a un armario con familiaridad. Laine miró a su alrededor por la estancia. Estaba pintada de color crema, y era sencilla. Por todas partes se notaba la diligencia de Miri con la limpieza. También se dio cuenta de que no había lugar para una mujer allí. Los muebles eran masculinos, de una masculinidad bien establecida y cómoda en su soledad.

–¿Qué quieres tomar? –le preguntó Dillon, y la sacó de su enfrascamiento. Ella negó con la cabeza y dejó el sombrero sobre una mesita. Le parecía frívolo, y totalmente fuera de lugar.

–Nada, gracias.

–Como quieras –dijo él. Se sirvió una copa y se sentó–. Aquí no nos andamos con formalidades, Duquesa. Mientras estés en la casa, tendrás que soportar nuestra forma de vida sencilla.

Ella inclinó la cabeza y dejó el bolso junto a su sombrero.

–Tal vez sea posible lavarse las manos antes de la cena.

–Claro –respondió Dillon, pasando por alto el sarcasmo–. Tenemos mucha agua.

–¿Y dónde vive usted, señor O’Brian?

–Aquí –dijo él. Estiró las piernas y sonrió al ver que ella fruncía el ceño–. Durante una o dos semanas. Estoy haciendo unas obras en mi casa.

–Qué mala suerte para nosotros dos.

–Sobrevivirá, Duquesa. Seguro que tiene mucha experiencia a la hora de sobrevivir.

–Pues sí, la tengo, señor O’Brian, aunque no creo que usted lo entienda.

–Reconozco que tiene agallas, eso sí –dijo él, y apuró la copa de un trago. Entonces, la miró con cara de pocos amigos–. ¿Ha venido por más dinero? ¿Es posible que sea tan avariciosa? –se levantó de un salto y atravesó la estancia, y la agarró por los hombros antes de que ella pudiera retroceder–. ¿No le ha sacado ya lo suficiente? Nunca le ha dado nada a cambio. Ni siquiera se ha molestado en contestar sus cartas. Ha dejado que pasaran los años sin dar señales de vida. ¿Qué demonios quiere ahora de él?

Dillon se interrumpió bruscamente. Ella se había quedado blanca como el mármol, y tenía una mirada de horror. Se tambaleó como si fuera a desmayarse, y él tuvo que sujetarla, mirándola con desconcierto.

–¿Qué le ocurre?

–Yo... señor O’Brian, creo que me gustaría tomar una copa ahora, si no le importa.

Él frunció el ceño y la llevó hasta una silla. Después le sirvió un licor. Laine aceptó el vaso y le dio las gracias, y después se estremeció al sentir el ardor desconocido del brandy. La habitación se detuvo, y ella se sintió más despejada.

–Señor O’Brian, entonces, ¿debo entender que mi padre me ha escrito?

–Sabe muy bien que sí –respondió él con irritación–. Vino a esta isla justo después de que su madre y usted lo dejaran, y estuvo

escribiéndole regularmente hasta hace cinco años, cuando se rindió. Pero siguió enviando dinero –dijo Dillon–. Oh, sí, siguió mandando dinero hasta que usted cumplió veintiún años. Hasta el año pasado.

–¡Está mintiendo!

Dillon la miró con estupefacción al ver que ella se levantaba de la silla con las mejillas rojas y los ojos brillantes.

–Vaya, vaya, parece que la doncella de hielo se ha derretido. Yo nunca miento, Duquesa. La verdad me parece más interesante.

–¡Él nunca me escribió! ¡Nunca! Ni una sola vez durante todos estos años. Y todas las cartas que yo le envié me fueron devueltas porque se había mudado sin molestarse en decirme adónde iba.

Dillon se levantó despacio y se acercó a ella.

–¿Y quiere que me trague eso? Se está equivocando conmigo, señorita Simmons. Yo vi las cartas que le mandó Cap, y los cheques de todos los meses –dijo, y pasó un dedo por la solapa de su elegante traje–. Parece que ha usado bien el dinero.

–Le digo que yo no he recibido ninguna carta –dijo Laine, y le apartó el dedo de un manotazo–. No he sabido absolutamente nada de mi padre desde que tenía siete años.

–Señorita Simmons, yo mismo eché al correo bastantes de esas cartas, aunque tuviera la tentación de tirarlas al Pacífico. Y también llevé regalos a correos. Muñecas, durante los primeros años. Debe de tener una buena colección de muñecas de porcelana. Y joyas. Recuerdo muy bien el regalo de su dieciocho cumpleaños: unos pendientes de ópalo en forma de flor.

–Pendientes –susurró Laine. Notó que la habitación comenzaba a dar vueltas otra vez. Tuvo que morderse el labio y agitar la cabeza.

–Exacto –dijo él, y se alejó para servirse otra copa–. Y todos fueron al mismo sitio: al número 17 de la Rue de la Concorde, París.

Ella palideció de nuevo, y se llevó una mano a la sien.

–Es la dirección de mi madre –murmuró–. Yo estaba en el colegio. Mi madre era quien vivía allí.

–Sí –dijo Dillon, mientras se sentaba de nuevo en el sofá–. Su educación fue larga y cara.

Laine recordó el internado, con la comida escasa, las sábanas ásperas y las goteras. Se apretó los ojos con los dedos.

–Yo no sabía que mi padre sufragaba mis estudios.

–¿Y quién pensaba que estaba pagando sus vestidos franceses y sus clases de arte?

Ella suspiró, dolida por la dureza de su tono. Posó las manos en el regazo y contestó:

–Vanessa... Mi madre me dijo que tenía ingresos. Yo nunca la cuestioné. Ella debió de ocultarme las cartas de mi padre.

Dillon se movió con impaciencia.

–¿Es ésa la historia que le va a contar a Cap? Lo hace de manera muy convincente.

–No, señor O'Brian. De todos modos, a estas alturas ya no tiene importancia, ¿no le parece? Y además, él no iba a creerme más que usted. Haré una visita breve y después volveré a Francia. Me quedaré una o dos semanas. Le agradecería que no le mencionara esta conversación a mi padre. Sólo serviría para complicarlo todo.

Dillon soltó una carcajada y le dio un trago a su copa.

–No tengo intención de contarle nada de este cuento de hadas.

–Deme su palabra, señor O'Brian.

Él percibió la ansiedad en su voz, y la miró con sorpresa.

–Quiero que me dé su palabra –repitió ella.

–Tiene mi palabra, señorita Simmons –dijo él, por fin.

Entonces, Laine asintió y se levantó. Tomó el sombrero y el bolso y dijo:

–Ahora voy a subir a mi habitación. Estoy muy cansada.

Él estaba mirando su bebida con el ceño fruncido. Laine salió de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 3

Laine se miró al espejo y vio una cara pálida y unas profundas ojeras. Tomó el colorete y se puso un poco en las mejillas.

Ella conocía todos los defectos de su madre. El egocentrismo y la superficialidad. De niña le resultaba fácil pasar por alto aquellos defectos y atesorar las visitas esporádicas y excitantes de aquella mujer vibrante. Los helados y los vestidos bonitos eran todo un contraste con las gachas y el uniforme del internado. Según crecía Laine, aquellas visitas se habían hecho cada vez menos frecuentes, y cada vez más cortas. Para ella se convirtió en costumbre pasar las vacaciones estivales con las monjas. Empezó a ver, a través de la objetividad de la distancia, la desesperación que sentía su madre por la pérdida de la juventud y la belleza. Una hija adulta, con el cuerpo firme y el cutis terso, era para ella un obstáculo y no un logro. Una hija adulta era el recordatorio de su propia mortalidad.

Su madre siempre tenía miedo de perder. De perder su aspecto, su juventud, a sus amigos, a sus hombres. Todas las cremas y los cosméticos. Laine suspiró y cerró los ojos. Todos los tintes y las lociones. Recordó que existía una colección de muñecas de porcelana. Eran las muñecas de Vanessa, o eso había creído ella. Doce muñecas de porcelana, cada una de un país distinto. La muñeca española era preciosa. Tenía peineta y mantilla. Y los pendientes... Laine dejó el cepillo y se puso a caminar por la habitación. Aquellos preciosos pendientes de ópalo que parecían tan frágiles en las orejas de Vanessa. «Recuerdo habérselos visto puestos, como recuerdo haberlos anotado, además de las doce muñecas de porcelana, para la subasta. ¿Cuántas más cosas mías me arrebató para su propio placer?». Ciegamente, Laine miró por la ventana. Aquella increíble cantidad de

flores podía no haber existido.

«¿Qué clase de mujer era ella, para quedarse lo que era mío por su propio placer? ¿Y para dejar que yo pensara, año tras año, que mi padre me había olvidado? Ella lo alejó de mí, incluso alejó sus palabras de mí. Me siento mal con ella por eso. No por el dinero, sino por la mentira y la pérdida. Ella debía de usar los cheques para pagar el apartamento de París, y para la ropa y las fiestas».

Laine cerró los ojos con fuerza para soportar las oleadas de indignación.

«Por lo menos, ahora sé para qué me llevó a Francia con ella: como seguro de vida. Ha vivido de mí durante casi quince años, y ni siquiera entonces fue suficiente. Oh, cómo debía de odiarme Cap. Cómo debía de odiarme por la ingratitud y la frialdad. Nunca me creerá».

Con los ojos llenos de lágrimas, recordó cómo había reaccionado su padre al verla: «Te pareces a tu madre». Volvió a mirarse al espejo.

Era cierto. El parecido estaba en la estructura ósea del rostro, y en el color de la piel y el pelo. Laine frunció el ceño.

«Él sólo tiene que mirarme para verla. Sólo tiene que mirarme para recordar. Pensará lo mismo que Dillon O'Brian. ¿Por qué iba a pensar otra cosa?».

Durante unos minutos, Laine y su reflejo se miraron, simplemente.

«Pero quizá con una o dos semanas yo pudiera salvar algo de lo que teníamos, una parte de su amistad. Me conformaría con eso. Pero él no debe pensar que he venido por dinero, así que tengo que tener cuidado para que no sepa lo poco que me queda. Y sobre todo, tengo que tener cuidado delante del señor O'Brian».

«Ese hombre detestable», pensó con una nueva ráfaga de ira. «Es el hombre más grosero que he conocido. Es mucho peor que los amigos de Vanessa. Seguramente, Cap lo recogió de la playa por lástima y lo convirtió en su socio. Y tiene una mirada insolente, de mujeriego. No es más que un mujeriego tosco y arrogante. Sólo hay que ver cómo se comportó en la avioneta».

La mirada ceñuda se desvaneció cuando ella se llevó un dedo a los labios. Tuvo el recuerdo de aquel beso turbulento.

«Te han besado más veces», se dijo, negando con la cabeza para bloquear el eco de las sensaciones. «Pero no así», la contradijo una vocecita. «Así, nunca».

–¡Oh, al demonio con Dillon O’Brian! –murmuró en voz alta, y salió de la habitación apresuradamente.

Al oír unas voces masculinas, vaciló. Era un sonido nuevo para alguien que estaba acostumbrado a la compañía femenina, y le resultó agradable. Percibió la mezcla del timbre grave y resonante de su padre, y de la manera lacónica de arrastrar las palabras de Dillon. Oyó una carcajada contagiosa, atractiva, y frunció el ceño. Era la risa de Dillon. Ella bajó en silencio el resto de las escaleras y se acercó a la entrada. Después atravesó el umbral de la puerta.

Estaban sentados relajadamente. Dillon estaba repantigado en el sofá, y su padre estaba en una butaca. Junto a él se elevaba una voluta de humo de pipa. Disfrutaban plácidamente de la compañía del otro, tanto, que Laine tuvo el impulso de retroceder y no molestarlos. Se sintió como una intrusa en una cotidianeidad bien establecida. Con una punzada de envidia, dio un paso atrás.

Su movimiento captó la atención de Dillon. Antes de que ella pudiera marcharse, la había atrapado con la mirada, con tanta efectividad como si la hubiera atrapado con los brazos. Ella se había quitado el traje sofisticado y se había puesto un sencillo vestido blanco de su propio guardarropa. No tenía adornos, era ingenuo, y subrayaba su juventud y su inocencia. Al seguir la dirección de la mirada grave de Dillon, Cap vio a Laine, y se puso en pie, mientras su relajación se transformaba en azoramiento.

–Hola, Laine. ¿Te has instalado bien?

Con un esfuerzo, Laine apartó la mirada de Dillon y se giró hacia su padre.

–Sí, muchas gracias –respondió con nerviosismo–. La habitación es

preciosa. Lo siento. ¿Os he interrumpido? –movió las manos temblorosamente, y después se las agarró para mantenerlas quietas.

–No... eh... ven y siéntate. Sólo estábamos charlando.

Ella vaciló de nuevo antes de entrar en la habitación.

–¿Te apetece tomar algo? –le preguntó Cap, mirando hacia el mueble bar. Dillon permaneció en silencio y se sentó.

–No, gracias –dijo Laine, e intentó sonreír–. Tu casa es preciosa. Veo el mar desde mi ventana –ocupó el espacio libre que quedaba en el sofá, intentando mantenerse lo más alejada posible de Dillon, y añadió–: Debe de ser maravilloso estar tan cerca de la playa. Puedes bañarte siempre que te apetezca.

–Ya no voy a la playa tanto como antes –contestó Cap, y dio unos golpecitos con la pipa en el cenicero–. Solía ir a bucear. Ahora el que bucea es Dillon.

Laine percibió el afecto en su voz, y también en la sonrisa que le lanzó al hombre que estaba sentado a su lado.

–A mí me parece que el mar y el cielo tienen muchas cosas en común –comentó Dillon, y tomó un sorbito de su copa–. Libertad y desafíos. Yo le enseñé a Cap a explorar las profundidades. Él me enseñó a volar.

–Creo que yo soy más de tierra –replicó Laine, que, con un esfuerzo, se volvió a mirar a Dillon–. No tengo mucha experiencia ni con el mar ni con el aire.

Dillon hizo girar el licor en su copa, distraídamente, pero sus ojos estaban alerta.

–Sabe nadar, ¿no?

–Sí, más o menos.

–Muy bien. La enseñaré a bucear con *snorkel*. Mañana. Empezaremos pronto.

Su arrogancia hizo que Laine se irguiera al instante. Habló con un tono de voz frío y desdeñoso.

–No quisiera disponer de su tiempo, señor O'Brian.

Dillon permaneció impasible.

–No es nada. No tengo nada programado hasta por la tarde. Tienes equipo de sobra aquí, ¿no, Cap?

–Claro, en el cuarto de los trastos –dijo Cap. Laine se sintió muy dolida por el alivio que notó en su voz, y cerró los ojos brevemente–. Lo pasarás bien, Laine. Dillon es un gran profesor, y conoce muy bien estas aguas.

Laine sonrió cortésmente a Dillon, con la esperanza de que él leyera entre líneas.

–Estoy segura de que sabe cuánto aprecio su ofrecimiento, señor O'Brian.

Él arqueó las cejas, indicándole así que su comunicación silenciosa funcionaba perfectamente.

–No más que yo su compañía, señorita Simmons.

–La cena está lista –anunció Miri bruscamente, y Laine se sobresaltó–. Tú –dijo la señora, y señaló con el dedo índice a Laine. Después lo dobló con un gesto autoritario–. Ven a comer, y no juguetees con lo que hay en el plato. Demasiado delgada –murmuró, y se alejó en un remolino de colores fuertes.

Dillon tomó disimuladamente a Laine del brazo mientras recorrían el pasillo hasta el comedor, y la llevó aparte durante unos segundos.

–Enhorabuena por su entrada. Ha sido la viva imagen de una virgen pura y joven.

–Sin duda, a usted le gustaría ofrecerme al dios del volcán más cercano, señor O'Brian, pero tal vez me permita disfrutar en paz de mi última cena.

–Señorita Simmons –dijo él, y se inclinó con exagerada galantería, mientras le apretaba todavía más el brazo–: Incluso yo soy capaz de acompañar a una señorita a la cena, de vez en cuando.

–Tal vez, con una gran concentración, pueda llevar a cabo esa hazaña sin romperme el brazo.

Laine apretó los dientes mientras entraban en el comedor. Dillon le

ofreció una silla, y ella lo miró glacialmente.

–Gracias, señor O’Brian –murmuró mientras se sentaba. ¡Hombre detestable!

Él inclinó la cabeza con amabilidad, rodeó la mesa y se dejó caer en una silla.

–Eh, Cap, esa avioneta pequeña que hemos estado usando en el trayecto de Maui va un poco mal. Quiero echarle un vistazo antes de que despegue de nuevo.

–Ummm. ¿Qué problema puede tener?

Comenzaron una conversación técnica, ininteligible para Laine. Entró Miri y depositó una bandeja de pescado humeante frente a Laine, con una energía significativa. Para asegurarse de que no la había entendido mal, señaló la bandeja y después al plato vacío de Laine, antes de salir del comedor.

La conversación versaba sobre las complejidades del sistema de carburante para cuando Laine se había comido todo el pescado posible. Se había mantenido en silencio casi por completo durante la cena, mientras los hombres disfrutaban de su interés mutuo. Se dio cuenta, al observarlo, que la falta de cortesía de su padre no era deliberada, sino más bien el resultado de haber vivido solo durante años. Claramente, era un hombre que estaba a gusto con hombres, y desorientado en compañía femenina. Aunque sabía que la grosería de Dillon era intencionada, era el desaire involuntario de su padre lo que verdaderamente le hacía daño.

–¿Me disculpáis? –preguntó Laine, y se levantó durante una pequeña pausa en la conversación. Notó otra punzada de congoja al ver la expresión de incomodidad de su padre—. Estoy un poco cansada. No os molestéis –dijo con una sonrisa cuando se levantaba–, conozco el camino.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, casi pudo oír el suspiro de alivio de la habitación.

Aquella noche, Laine se ahogaba en la habitación. La casa estaba silenciosa. La luna tropical estaba en lo más alto del cielo, y las cortinas ondeaban suavemente con la brisa suave y perfumada. No pudo soportar más la soledad de aquellas cuatro paredes, así que bajó las escaleras y salió de la casa. Mientras vagaba sin destino, oía los cantos de los pájaros nocturnos, que se llamaban los unos a los otros y alteraban la calma con una música extraña. Escuchó el murmullo del mar y se quitó los zapatos para caminar descalza por la arena.

La playa formaba un amplio arco, y las olas rompían suavemente en la orilla. Las estrellas se reflejaban en la superficie del mar. Laine inhaló profundamente su olor, que se mezclaba con el de las flores.

Sin embargo, aquel paraíso no era para ella. Dillon y su padre la habían expulsado. La historia se repetía; Laine recordó las muchas veces en las que se había sentido excluida cuando visitaba a su madre en París. «De nuevo, una intrusa», pensó, y se preguntó si tenía la fuerza necesaria para continuar con aquella farsa de la sonrisa por pasar tan sólo dos semanas con su padre. Ella ya no tenía un lugar junto a él, como no lo había tenido nunca junto a Vanessa. Se dejó caer en la arena, unió las rodillas al pecho y lloró todos aquellos años de pérdida.

–No tengo pañuelo, así que tendrás que arreglártelas sin él.

Al oír la voz de Dillon, Laine se estremeció y se abrazó con más fuerza a sí misma.

–Por favor, váyase.

–¿Cuál es el problema, Duquesa? Si las cosas no van tal y como habías pensado, no te va a servir de nada venir a llorar a la playa. Y menos si no tienes a nadie que te comprenda.

–Váyase –repitió ella–. Déjeme en paz. Quiero estar sola.

–Pues será mejor que te acostumbres a mi presencia. Voy a vigilarte estrechamente hasta que vuelvas a Europa. Cap es demasiado bueno como para resistirse a esta actitud dulce e inocente durante mucho

tiempo.

Laine se levantó de un salto y arremetió contra él. Por un instante, Dillon trastabilló, como si aquella acometida lo hubiera tomado por sorpresa.

–Es mi padre, ¿lo entiende? Mi padre. Tengo derecho a estar con él. Tengo derecho a conocerlo.

Con una furia inútil, ella le golpeó el pecho con los puños. Él aguantó el ataque, con asombro, hasta que la agarró por los brazos y la estrechó contra sí.

–¡Vaya! ¡Hay muy mal genio bajo esa fachada de hielo! Siempre puedes intentarlo con el cuento de que no recibías sus cartas. Eso reforzaría tu campaña.

–No quiero su compasión, ¿me oye? –gritó Laine, y siguió empujando y golpeando mientras Dillon la sujetaba con un mínimo esfuerzo–. Preferiría su odio a su desinterés, pero prefiero su desinterés que su lástima.

–Estate quieta, demonios –le ordenó él, perdiendo la paciencia con la batalla–. Vas a hacerte daño.

–No voy a estarme quieta. No soy un perrito que ha llegado a su puerta y necesita que lo sequen y le den refugio y unas palmaditas en la cabeza. Voy a tener mis dos semanas, y no voy a permitir que usted me las estropee –dijo ella, y echó hacia atrás la cabeza. Estaba llorando, pero en sus ojos había furia, y no dolor–. ¡Suélteme! No quiero que me toque.

Entonces comenzó a forcejear de nuevo, a dar patadas, y estuvo a punto de tirarlos al suelo a los dos.

–Bueno, ya está bien –dijo él.

Rápidamente, usó los brazos para sujetar, y los labios para acallar.

Él la llevó a un remolino que giraba y giraba, hasta que Laine perdió el sentido del tiempo y la existencia y se perdió en la corriente. Notó la sal de sus propias lágrimas mezclada con un sabor vital, penetrante y masculino. Sintió un calor repentino en la piel, y luchó contra él

desesperadamente, mientras luchaba también contra los brazos que la tenían aprisionada. Él la besó una vez más, tentándola para que le diera algo que ella no entendía. Al final, perdió toda resistencia, todo pensamiento coherente. Se quedó desfallecida entre sus brazos, y sus labios se ablandaron. Dillon la subyugó y, sin darse cuenta de lo que hacía, Laine posó la cabeza en su pecho. Tembló al sentir su mano acariciarle ligeramente el pelo, y se acurrucó contra él. De repente se sentía cálida, y ya no estaba sola. Cerró los ojos y dejó que todas aquellas emociones siguieran su curso.

–¿Quién eres, Laine Simmons? –le preguntó Dillon. La tomó por la barbilla, pero ella se resistió a levantar la cabeza–. Mírame –le ordenó él, y ella tuvo que obedecer. Entonces, él la escrutó sin piedad, con los ojos entornados.

–Hielo, después fuego, ahora lágrimas. No, no –dijo él, cuando ella intentó bajar la cabeza nuevamente–. No estoy de humor para que pongas a prueba mi resistencia –añadió, y sacudió la cabeza–. Sólo nos vas a traer problemas. Debería haberme dado cuenta en el mismo momento en que te vi por primera vez. Pero aquí estás, y vamos a tener que llegar a un acuerdo.

–Señor O'Brian...

–Dillon, por el amor de Dios. No seamos más ridículos de lo estrictamente necesario.

–Dillon –repitió Laine, lloriqueando a su pesar–. No creo que pueda hablar de ningún acuerdo con claridad esta noche. Ahora suéltame. Tal vez podamos hacer un contrato mañana.

–No. Los términos son sencillos, porque son los míos.

–Eso suena muy razonable –dijo ella, y se sintió aliviada al notar que la ironía reemplazaba a las lágrimas.

–Durante el tiempo que pases aquí –continuó Dillon–, voy a ser tu sombra. Voy a ser tu ángel de la guarda hasta que vuelvas a París. Si le haces algún daño a Cap, voy a arremeter contra ti tan rápidamente que no tendrás tiempo ni de parpadear.

–¿Es que mi padre está tan indefenso que necesita que lo protejan de su propia hija?

–No hay ningún hombre que no necesite protección contra ti, Duquesa. Si eres una farsante, eres muy buena. Y si no lo eres, me disculparé cuando llegue el momento.

–Puedes guardarte tus disculpas y comértelas en el desayuno. Con suerte, te ahogarás.

Dillon echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada. Era la misma risa atractiva que Laine había oído antes. Ella se indignó tanto por aquellas carcajadas como por lo mucho que la afectaban, e intentó abofetearlo. Él atrapó su muñeca antes de que lo consiguiera.

–Oh, no –dijo–. No lo estropees. Tendría que devolverte la bofetada, y tú eres fabulosa cuando escupes fuego. Me gustas mucho más así que cuando eres la fría señorita de París. Escucha, Laine –añadió, y tomó aire para controlar la risa–. Vamos a darnos una tregua, por lo menos en público. En privado podemos pelearnos, con o sin guantes.

–Eso te iría muy bien –dijo Laine, mientras intentaba zafarse de él–. Tienes una ventaja considerable, dados tu peso y tu fuerza.

–Sí –dijo Dillon, y se encogió de hombros–. Aprende a vivir con ello. Vamos –la tomó de la mano con un gesto amistoso que la superó–. A la cama. Tienes que madrugar. No me gusta perder la mañana.

–No voy a ir contigo a ninguna parte mañana –dijo ella, y tiró de la mano para soltarse–. Seguramente intentarías ahogarme, y después ocultarías mi cadáver en alguna cueva.

Dillon suspiró.

–Laine, si tengo que ir a sacarte mañana por la mañana de la cama, vas a aprender muchas más cosas que el buceo. ¿Vas a ir andando a casa, o tengo que llevarte yo?

–Si pudieran embotellar tu arrogancia, Dillon O'Brian, ¡no habría escasez de combustibles en este país!

Con aquello, ella se dio la vuelta y se alejó. Dillon se quedó mirándola hasta que la oscuridad envolvió su figura blanca. Después,

él se inclinó para recoger los zapatos de Laine.

Capítulo 4

La mañana era dorada. Como de costumbre, Laine se despertó muy temprano, y durante unos segundos, pestañeó con desconcierto. Sus paredes blancas eran unas paredes verde claro, y había unos estores de lamas donde debía haber unas cortinas de rayas desvaídas. En vez de su escritorio, había un buró de caoba sobre el que descansaba un jarrón con flores rojas. Sin embargo, lo que más confusión le causaba era el silencio. No oía risitas, ni pasos apresurados junto a su puerta. Lo único que alteraba el silencio era un pájaro que cantaba junto a la ventana. Entonces, lo recordó todo. Con un suspiro, Laine volvió a apoyar la cabeza en la almohada y deseó poder dormirse otra vez. Sin embargo, su costumbre de madrugar estaba muy arraigada. Se levantó, se duchó y se vistió.

Una amiga la había convencido para que aceptara en préstamo un biquini; Laine observó las dos diminutas prendas y se las puso. El azul plateado de la tela era favorecedor, y ponía de relieve sus curvas sutiles. Sin embargo, no cubría demasiado. Era demasiado pequeño.

–Tonta –murmuró Laine, y se ajustó los tirantes de la parte superior–. Las mujeres se ponen estas cosas continuamente, y yo no tengo un cuerpo que llame la atención. Según Miri, estoy en los huesos.

Se puso unos pantalones vaqueros blancos y una camiseta de color rojo. Después bajó las escaleras, y oyó algunos de los ruidos que acompañaban a una casa que se estaba despertando. El sol entraba a raudales por las ventanas del comedor. Laine se acercó a una de ellas y observó los helechos y las amapolas. Era una escena preciosa, y decidió que no iba a permitir que nada le estropeara aquel día tan perfecto. Ya tendría tiempo más tarde, alguna mañana lluviosa de Francia, para pensar en los rechazos y las humillaciones. Aquel día, el

sol brillaba y estaba lleno de promesas.

–Así que ya estás lista para desayunar –dijo Miri, que apareció por la puerta de la cocina. Era una mujer grácil, pese a su corpulencia, y majestuosa, pese al abigarrado pareo que llevaba.

–Buenos días, Miri –dijo Laine, sonriendo, y señaló hacia el cielo–. Es precioso.

–Así tomarás un poco de color –dijo Miri, y le pasó un dedo por el brazo a Laine–. Rojo, si no tienes cuidado. Y ahora, siéntate para poner algo de carne en todos esos huesos –añadió imperiosamente, y Laine obedeció.

–Miri, ¿llevas mucho tiempo trabajando para mi padre?

–Diez años –dijo Miri, mientras le servía una taza de café–. Demasiado tiempo para que un hombre esté sin esposa. Tu madre –continuó, entornando los ojos–, ¿también era delgada?

–Bueno, no... Yo no diría que... Es decir... –Laine titubeó, intentando adivinar cuál sería la estimación de Miri de una talla aceptable.

Miri se echó a reír.

–No quieres decir que no era tanta mujer como Miri, ¿eh? –dijo, y se pasó las manos por las caderas–. Eres una chica muy guapa –dijo inesperadamente, y le acarició los rizos rubios a Laine–. Tus ojos son demasiado jóvenes como para estar tristes.

Cuando Laine la miró, sin poder decir nada ante aquella muestra de cariño, Miri suspiró.

–Voy a traerte el desayuno, y vas a comerte todo lo que yo te dé.

–Que sean dos, Miri –dijo Dillon, que entraba en el comedor, vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca–. Buenos días, Duquesa. ¿Has dormido bien? –preguntó, y se sentó frente a ella.

–Buenos días, Dillon. Parece que va a ser otro día precioso.

–Tenemos muchos días así a este lado de la isla.

–¿A este lado?

–Si. En las laderas de barlovento llueve casi todos los días –explicó él. Después se bebió media taza de café de una vez, y Laine se quedó

mirando, embobada, sus dedos largos, bronceados. Parecían fuertes y hábiles contra la taza de color crema. De repente, ella recordó su contacto en la barbilla.

–¿Ocurre algo? –preguntó Dillon.

–¿Qué? No, no. Sólo estaba pensando que... Bueno, tendré que recorrer la isla mientras estoy aquí –improvisó Laine–. ¿Tu casa está lejos?

–No, no muy lejos.

Dillon volvió a llevarse la taza a los labios, sin dejar de mirarla. Laine comenzó a remover su café como si la tarea exigiera una gran concentración. No tenía intención de beberse, sin embargo. Había tenido su primer y último encuentro con el café americano en el avión.

–El desayuno –anunció Miri, que entraba en el comedor con una bandeja repleta–. Vas a comer –dijo, y con el ceño fruncido, comenzó a servirle comida a Laine–. Y después os marcharéis para que pueda limpiar mi casa. ¡Tú! –dijo, y blandió una gran cuchara ante Dillon, que estaba llenándose el plato con evidente entusiasmo–. ¡No traigas arena que ensucie mis suelos!

Él respondió con una rápida frase en hawaiano, y con una sonrisa de picardía. Miri se echó a reír y se marchó a la cocina.

–Dillon –dijo Laine, observando la cantidad de comida de su plato–. Yo no puedo comerme todo esto.

Él tomó un bocado de huevos revueltos y se encogió de hombros.

–Será mejor que lo intentes. Miri está empeñada en engordarte, y aunque no te viniera bien, que sí te vendría bien, no hay que enfadarla. Piensa que es *bouillabaisse* o caracoles.

Aquello último era desdeñoso, y Laine se puso tensa.

–No tengo queja en cuanto a la calidad de la comida, sino en cuanto a la cantidad.

Dillon se encogió de hombros.

Laine, irritada, atacó su desayuno. El tiempo transcurrió sin conversación. Quince minutos más tarde, ella no podía llevarse más

comida a la boca. Con un murmullo de impaciencia, Dillon la levantó de la silla.

–Parece que vas a vomitar si comes un bocado más. Te sacaré de aquí antes de que vuelva Miri.

Laine apretó los dientes para intentar ser humilde.

–Gracias.

Mientras Dillon guiaba a Laine por el pasillo hacia la puerta, Cap bajaba por las escaleras. Los tres se detuvieron, y él los miró.

–Buenos días. Es una mañana muy buena para aprender a bucear, Laine.

–Sí, lo estoy deseando –dijo ella, intentando aparentar una naturalidad que no sentía.

–Me alegro. El agua es el medio natural de Dillon –dijo Cap, y sonrió al mirar al hombre que estaba a su lado–. Cuando volváis, esta tarde, ve a mirar el nuevo motor. Creo que las modificaciones que sugeriste han sido muy oportunas.

–Claro. Voy a trabajar un poco en esa avioneta. Que Tinker no se acerque a ella, ¿de acuerdo?

Cap se echó a reír, mientras los dos disfrutaban de una broma personal. Cuando se giró hacia Laine, tenía un vestigio de sonrisa en los labios, y asintió amablemente.

–Nos vemos esta noche. Que lo pases bien.

–Sí, gracias.

Laine lo observó mientras se alejaba, con el corazón en los ojos. Al volverse, se dio cuenta de que Dillon la estaba mirando con atención. Tenía una expresión pensativa e inquietante.

–Vamos –le dijo con una repentina energía, mientras la tomaba de la mano–. Empecemos –tomó una bolsa descolorida, grande, y se la colgó del hombro al salir por la puerta–. ¿Dónde está tu traje de baño?

–Lo llevo puesto –dijo ella.

Como prefería caminar al lado de su acompañante en vez de dejarse arrastrar, Laine se esforzó por mantener el ritmo.

El camino que él tomó era un sendero de tierra bien marcado. Estaba rodeado de flores y helechos, y Laine se preguntó si habría otro lugar en la tierra en la que los colores tuvieran tanta claridad, o en la que el verde tuviera tantos tonos. Los capullos de los heliotropos despedían un perfume de vainilla que se mezclaba con el olor a mar. Con un graznido agudo, una alondra atravesó el cielo y desapareció. Laine y Dillon caminaron en silencio bajo el sol.

Después de un cuarto de hora, Laine dijo, sin aliento:

–Espero que no quede mucho. Hacía años que no corría el maratón.

Dillon se volvió, y ella se preparó para recibir una respuesta de enfado. Sin embargo, él comenzó a andar a un ritmo más moderado. Ella sonrió. Tuvo la sensación de que incluso una victoria menor con Dillon O’Brian era un éxito. Momentos después, olvidó su triunfo.

La bahía estaba aislada, protegida por palmeras e hibiscos. En medio de la exótica belleza de Kauai, era como un diamante increíble. Era como si el agua hubiera descendido del cielo aquella misma mañana. Brillaba y resplandecía como una multitud de gotas de lluvia.

Con una exclamación de placer, Laine comenzó a tirar de Dillon a través de las palmeras, hacia el calor blanco del sol y la arena.

–¡Oh, es precioso! –exclamó, girando sobre sí misma para observar todas aquellas nuevas maravillas–. Es perfecto, absolutamente perfecto.

Entonces vio su sonrisa, como un relámpago en el viento. Se llevó las nubes y, durante un precioso momento, hubo entendimiento en vez de tensión entre ellos. Fluyó de hombre a mujer con una facilidad inesperada y calmante. Sin embargo, él volvió a fruncir el ceño y se agachó para rebuscar en la bolsa. Sacó *snorkels* y gafas.

–Bucear con *snorkel* es fácil cuando aprendes a relajarte y a respirar bien. Es muy importante que estés a la vez relajada y atenta.

Entonces, Dillon comenzó a instruirla con términos sencillos, explicándole las técnicas de respiración con muchos detalles.

–No es necesario que seas tan didáctico –le dijo ella al final, molesta

por su tono condescendiente y su cara ceñuda—. Te aseguro que me funciona el cerebro. La mayoría de las veces sólo hay que repetirme las cosas cuatro o cinco veces para que las entienda.

—Muy bien —respondió él, y le entregó el *snorkel* y las gafas—. Vamos a probar en el agua.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre la bolsa de loneta. Después comenzó a ajustarse la goma de las gafas en la cabeza.

Tenía una fina capa de vello negro en el pecho bronceado. Su piel era tersa y tenía la cintura delgada. Los vaqueros desgastados se le colgaban de las caderas. Con asombro, Laine sintió una tensión en el vientre que se le extendió cálidamente por las venas. Bajó la mirada y se puso a estudiar intensamente la arena.

—Quítate la ropa.

Laine abrió unos ojos como platos y dio un paso atrás.

—A menos que quieras nadar con ella puesta —añadió Dillon, y frunció los labios antes de darse la vuelta y avanzar hacia el agua.

Laine, avergonzada, hizo lo que pudo por emular su despreocupación. Tímidamente se quitó la camiseta y los vaqueros y los dobló. Después siguió a Dillon hacia la orilla. Él la esperó, con el agua chapoteando contra sus pantorrillas. Sus ojos pasearon por cada centímetro de la piel desnuda de Laine, antes de descansar en su rostro.

—No te alejes de mí —le ordenó él—. Vamos a nadar por la superficie durante un rato hasta que tomes práctica.

Después le colocó las gafas y se las ajustó.

Avanzaron con facilidad por el agua poco profunda, donde el sol iluminaba el fondo y las algas marinas. Laine olvidó las instrucciones de Dillon y respiró agua en vez de aire. Tuvo que salir a la superficie.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Dillon mientras ella tosía y tartamudeaba—. Vas a tener que prestar más atención a lo que haces —le advirtió. Le dio una palmada en la espalda y volvió a colocarle las gafas—. ¿Lista?

Después de respirar profundamente tres veces, Laine se las arregló para hablar.

–Sí –dijo, y se sumergió.

Poco a poco exploró aguas más profundas nadando junto a Dillon. Él se movía por el agua como un pájaro por el aire, con una facilidad y una seguridad innatas. Antes de que pasara mucho tiempo, Laine aprendió a traducir las señales acuáticas y comenzó a improvisar las suyas. Se les unieron algunos peces curiosos, y mientras Laine miraba aquellos ojos redondos, sin párpados, se preguntaba quién había ido a observar con la boca abierta a quién.

El sol se filtraba por el agua y creaba una luz etérea, que alimentaba las algas y hacía brillar las piedras y las rocas. Era un mundo silencioso, y aunque el fondo del mar estaba lleno de vida, era privado y libre. Había corales rosa pálido que formaban un refugio para una bandada de peces azules. Laine observó con fascinación a un cangrejo ermitaño que salía de una caracola y se escapaba corriendo. Había un par de estrellas naranjas, plácidamente agarradas a una roca, y un erizo solitario.

Laine disfrutó del aislamiento junto a aquel hombre extraño y malhumorado, pero no analizó el placer que estaba sintiendo al compartir sus nuevas experiencias con él. El cambio en su relación había sido tan suave y tan rápido, que ella casi no se había dado cuenta de que sucedía. Allí estaban, y por unos momentos, sólo eran un hombre y una mujer envueltos en un mundo de agua y rayos de sol. Siguiendo un impulso, tomó una caracola grande y vacía del fondo. Antes de llevársela, se la mostró a Dillon, y después nadó hacia la luz de la superficie.

Cuando emergió, salpicó las gafas de Dillon. Riéndose, se quitó sus gafas y se las colocó sobre la cabeza, y se puso en pie en el agua, que le llegaba por la cintura.

–¡Oh, ha sido maravilloso! Nunca había visto nada igual –dijo, y se metió los mechones de pelo mojado detrás de las orejas–. ¡Cuántos

colores, y cuántos tonos de azul y verde! Es como si... como si no hubiera nada más en el mundo aparte de uno mismo y lo que le rodea.

La emoción le tiñó las mejillas de color, y sus ojos se fundían con el azul del mar. Tenía el pelo de oro oscuro, y en aquel momento, sin los rizos, le enmarcaba la cara de modo que parecía más delicada todavía, y sus rasgos más frágiles. Dillon la observó sonriendo mientras se quitaba las gafas.

–Nunca había hecho algo parecido. Sería capaz de quedarme ahí para siempre. Hay tantas cosas que ver y que tocar... Mira lo que he encontrado. Es preciosa –dijo ella, y le mostró la caracola–. ¿Qué es?

Él la tomó y la giró entre las manos. Después se la devolvió.

–Una Voluta Musica. En esta isla hay muchísimas clases de moluscos.

–¿Puedo quedármela? ¿Este lugar es de alguien?

Dillon se rió. Estaba disfrutando de su entusiasmo.

–Es una bahía privada, pero yo conozco al propietario. No creo que le importe.

–¿Se oye el mar? Dicen que sí –dijo Laine, y se puso la caracola junto al oído. Al oír el eco suave, abrió los ojos de asombro–. *Oh, c'est incroyable* –con tanta emoción, se puso a hablar en francés, y miró a Dillon mientras escuchaba el interior de la caracola y hacía gestos que acompañaban a las palabras–. *On entend le bruit de la mer. C'est merveilleux! Dillon, écoute.*

Ella le ofreció la caracola, deseando compartir su descubrimiento. Él se echó a reír, de la misma manera que Laine le había oído reír con su padre.

–Lo siento, Duquesa, pero me he perdido hace unas cuantas frases.

–Oh, qué tonta. No me he dado cuenta. Hacía mucho tiempo que no hablaba inglés –dijo, y sonrió–. Es maravilloso, se oye el mar de verdad.

Sus palabras vacilaron al ver que los ojos de Dillon perdían la mirada de diversión. Se oscurecieron con una emoción que hizo que a ella se

le acelerara el corazón y le latiera furiosamente contra las costillas. La mente le gritó que se retirara rápidamente, pero su cuerpo y su voluntad se derritieron cuando él la rodeó con sus brazos. Su boca se alzó como si tuviera voluntad propia para rendirse a la de él.

Por primera vez, Laine notó las manos de un hombre acariciándole la piel desnuda. No había nada entre ellos, salvo las gotas de agua que resbalaban por sus cuerpos. Bajo aquel sol dorado, ella abrió el corazón, y dio. Aceptó las exigencias de su boca, se deleitó con las caricias de sus manos hasta que pensó que nunca iban a separarse. Sólo quería que estuvieran juntos hasta que el sol se pusiera y el mundo quedara inmóvil.

Dillon la soltó lentamente, como con reticencia. El suspiro de Laine tenía algo de placer y de desesperación por perder un tesoro recién descubierto.

–Juraría –murmuró él, mirándola fijamente a la cara–, que eres una actriz de primer orden, o que acabas de salir de un convento.

Laine se ruborizó al instante, y se dio la vuelta para escapar hacia la arena seca.

–Espera –dijo él, y la agarró del brazo. Hizo que se girara y observó con atención su rubor–. Eso es algo que no he visto desde hace años. Duquesa, me dejas asombrado. De todos modos, calculado o no, me asombras –añadió, y la tomó de nuevo entre sus brazos.

En aquella ocasión, el beso fue suave y burlón. Sin embargo, ella tenía menos defensa contra la ternura que contra la pasión, y su cuerpo fue dócil a su instrucción. Se aferró a sus hombros y notó el movimiento de sus músculos bajo las palmas de las manos mientras él absorbía hasta la última gota de respuesta de la boca de Laine. Sin ningún conocimiento sobre seducción, ella se convirtió en una seductora por su inocencia. Dillon la apartó y examinó sus ojos y sus labios hinchados.

–Eres una dama poderosa –dijo al final, y exhaló un gran suspiro–. Vamos a sentarnos un rato al sol.

Sin esperar su respuesta, la tomó de la mano y la llevó hacia la playa.

En la arena, Dillon extendió una toalla muy grande de playa, y se sentó sobre ella. Laine titubeó, pero él tiró suavemente de su mano y la sentó a su lado.

–No muerdo, Laine. Sólo mordisqueo –dijo, y se tumbó boca arriba, apoyándose sobre los codos. Le brillaba la piel de agua y de sol.

Laine, azorada, se sentó muy quieta, con la caracola en las manos. Intentó entender lo que había sentido en brazos de Dillon, y también por qué lo había sentido. Era importante, y ella estaba segura de que seguiría siendo importante durante el resto de su vida. Era un regalo que todavía no tenía nombre. De repente, se sentía tan feliz como cuando había oído el mar en la caracola.

–Tratas esa caracola como si fuera tu primer hijo recién nacido –dijo Dillon sonriendo. Ella pensó que nunca había sido más feliz.

–Es mi primer souvenir, y nunca había buceado ni encontrado un tesoro hundido.

–Piensa en todos los tiburones que has tenido que apartar del camino para poder tomarla –respondió Dillon, y ella le arrugó la nariz.

–A lo mejor tienes celos porque no has conseguido otra. Supongo que he sido egoísta por no buscarte una.

–Sobreviviré.

–En París no encuentras este tipo de caracolas –comentó–. A las niñas les gustará mucho.

–¿Qué niñas?

Laine estaba examinando su tesoro, acariciando sus volutas con las yemas de los dedos.

–Mis alumnas del colegio. Seguro que no han visto nada como esto, salvo en fotografías.

–¿Das clase?

Laine estaba embebida en la contemplación de la caracola, y no advirtió que el tono de voz de Dillon era de incredulidad. Respondió distraídamente:

–Sí, inglés a las estudiantes francesas y francés a las estudiantes inglesas que están allí internas. Después de graduarme, me quedé de empleada. No tenía otro sitio al que ir, y de todos modos, siempre había sido mi hogar. Dillon, ¿crees que podríamos volver otro día y buscar otra u otras dos de un tipo distinto? A las niñas les encantará, y tienen muy pocos entretenimientos.

–¿Dónde estaba tu madre?

–¿Qué? –preguntó ella. Al prestarle atención, se dio cuenta de que él se había sentado en la toalla y la estaba escrutando con dureza–. ¿Qué has dicho? –preguntó Laine de nuevo, desconcertada por su cambio de actitud.

–He preguntado que dónde estaba tu madre.

–¿Cuándo yo estaba en el colegio? Ella vivía en París –le dijo. La cólera repentina de Dillon la angustió, y buscó un modo de cambiar de tema–. Me gustaría ver de nuevo el aeropuerto. ¿Crees que...?

–Ya basta.

Laine dio un respingo al oír aquella orden tan desagradable, e intentó protegerse.

–No tienes por qué gritar. Te oigo perfectamente.

–No me cuentes esa historia, Duquesa. Quiero algunas respuestas.

–Lo siento, Dillon –replicó ella. Se levantó y se alejó de él–. No tengo ganas de someterme a un interrogatorio.

Dillon soltó un juramento entre dientes y se puso en pie. La agarró por los brazos, con una rapidez que la dejó asombrada.

–Vaya, otra vez fría. Eres capaz de cambiar muy rápidamente, y no puedo decidir cuándo estás mintiendo. ¿Quién demonios eres tú?

–Estoy harta de decirte quién soy –respondió ella en voz baja–. No sé lo que quieres que diga, y no sé lo que quieres que sea.

Aquella respuesta, y su tono de voz calmado, sólo sirvieron para que él se enfadara más.

–¿Qué cantinela es ésta?

Entonces, Dillon la estrechó contra sí con una furia súbita, pero antes

de que pudiera castigarla, alguien lo llamó. Volvió a jurar, en un murmullo, y se dio la vuelta. Alguien salía de un estrecho túnel de palmeras.

Lo primero que pensó Laine fue que había aparecido una diosa de las islas. Tenía la piel morena y suave, y llevaba un pareo rojo y azul. La melena de ébano le llegaba hasta la cintura, y flotaba sutilmente con los movimientos gráciles de la muchacha. Sus ojos tenían forma de almendra y eran de color ámbar, y sus pestañas, negras y aterciopeladas. Esbozó una sonrisa seductora y perfecta. Alzó la mano para decir hola, y Dillon respondió.

–Hola, Orchid.

Laine vio cómo aquella belleza le rozaba los labios a Dillon con los suyos, a modo de saludo.

–Miri me dijo que habías ido a bucear, así que imaginé que estabas aquí –dijo con una voz musical.

–Laine Simmons, Orchid King –dijo Dillon, presentándolas con facilidad. Laine murmuró una respuesta, sintiéndose de repente como si no estuviera a la altura de aquella mujer–. Laine es la hija de Cap.

–Ah, ya entiendo –dijo Orchid, y observó a Laine con más atención–. Qué bien que hayas venido por fin de visita. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

–Una o dos semanas –respondió Laine, que había recuperado la compostura, y miró a Orchid a los ojos–. ¿Vives en la isla?

–Sí, aunque salgo muy a menudo. Soy azafata de vuelo. Acabo de volver del continente y tengo unos días libres. Quería cambiar el cielo por el mar. Espero que tengas intención de volver a entrar –le dijo a Dillon, y lo tomó del brazo–. Me encantaría tener compañía.

Laine observó cómo él dejaba fluir su encanto.

–Claro, todavía tengo un par de horas.

–Creo que yo voy a volver a casa –dijo rápidamente Laine, que se sentía como una intrusa–. No es bueno que tome tanto el sol la primera vez –dijo. Se puso la camiseta y añadió–: Gracias por

dedicarme tu tiempo, Dillon –se agachó y recogió el resto de sus cosas–. Me alegro de haberla conocido, señorita King.

–Seguro que nos veremos más veces –respondió la muchacha. Se abrió el pareo, y dejó a la vista un biquini diminuto y un cuerpo increíble–. En esta isla somos muy amistosos, ¿verdad, primo?

Aunque aquella expresión era normal en la isla, el uso que hacía Orchid de la palabra «primo» sugería una relación más estrecha.

–Muy amistosos –dijo Dillon, con tanta facilidad, que Laine pensó que debía de estar acostumbrado a los encantos de Orchid.

Laine se despidió y se encaminó hacia las palmeras. Oyó la risa de Orchid, y después la oyó hablar en la lengua de la isla, y miró hacia atrás, antes de que el follaje le ocultara la vista de la playa. Vio cómo la muchacha deslizaba sus brazos dorados por el cuello de Dillon y le ofrecía sus labios.

Capítulo 5

De camino a la casa, Laine tuvo tiempo para reflexionar sobre las muchas emociones que le había suscitado Dillon O'Brian en tan poco tiempo. Molestia, resentimiento e ira, primero. También una cautela que provenía de la inexperiencia de Laine con los hombres. Sin embargo, aquella mañana habían tenido unos cuantos momentos de armonía. Ella se había sentido relajada en su presencia, y tenía que admitir que normalmente no estaba cómoda en compañía de los hombres, al menos de un solo hombre.

Tal vez hubiera sido sólo la novedad de su aventura submarina lo que había provocado su respuesta hacia él. Su unión había tenido algo de natural, como si sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Ella había sentido libertad entre sus brazos, algo como un despertar. Fue como si unas paredes de cristal se hubieran hecho añicos y la hubieran dejado abierta a las sensaciones por primera vez.

Se detuvo y arrancó un hibisco rosa, y fue girándolo por el tallo mientras recorría el camino de tierra. Sus sentimientos se habían disipado primero por la inexplicable ira de Dillon, y después por la aparición de aquella belleza de la isla.

«Orchid King», pensó Laine, y frunció el ceño al recordar también el nombre de la coqueta azafata del mostrador de información. «Rose». Relajó el semblante y se sacudió una pequeña depresión. Tal vez Dillon tuviera predilección por las mujeres con nombres de flores. Aunque, en realidad, aquello no era cosa suya. Era evidente, pensó mientras le arrancaba los pétalos al hibisco sin darse cuenta, que él daba y recibía besos con total libertad. «Me ha besado sólo porque yo estaba ahí». Y era evidente, continuó, «que Orchid King tiene mucho más que ofrecer que yo. Ella hace que me sienta como un gorrión al

lado de un flamenco. No creo que atrajera a Dillon como mujer ni siquiera aunque le cayera bien. Y yo no quiero atraerlo. Claro que no. Lo último que quiero es parecerle atractiva a un hombre tan insufrible».

Observó el hibisco hecho pedacitos, y con un suspiro, lo tiró y continuó caminado a buen paso.

Después de dejar la caracola en su habitación, se cambió de ropa y bajó las escaleras. Estaba inquieta y no sabía qué hacer. En el sistema organizado de clases, comidas y actividades, su tiempo siempre estaba comprometido. Aquella falta de quehaceres le resultaba agobiante. Recordó las muchas ocasiones, durante una jornada de trabajo apretada, en las que había deseado tener una hora libre para leer, o para poder sentarse a solas. Y en aquel momento en que tenía tiempo libre, sólo deseaba tener una ocupación. La diferencia estaba en el miedo que les tenía a las horas ociosas, y en su tendencia a pensar.

Nadie le había enseñado la casa desde que había llegado. Después de un breve momento de vacilación, se rindió a la curiosidad y comenzó a recorrerla. Descubrió que su padre vivía con sencillez, sin lujos, pero con algunas comodidades masculinas básicas. Había libros y revistas aeronáuticas, y las persianas de bambú reemplazaban las cortinas convencionales. Había alfombras de fibra vegetal. Aunque no fuera una decoración primitiva, las habitaciones estaban amuebladas con sencillez.

Ella comenzó a ver la imagen de un hombre satisfecho con aquella existencia, que vivía en calma, siguiendo unos hábitos. Un hombre que amaba el cielo. Y comenzó a entender por qué había fracasado el matrimonio de sus padres. El estilo de vida de su padre era discreto, y el de su madre era pretencioso. Su madre nunca habría estado satisfecha con la vida modesta de su padre, y él se habría visto perdido en la de ella. Laine se preguntó el motivo por el que ella no encajaba con ninguno de los dos.

Laine tomó un marco con una fotografía de una mesa. En la imagen,

un joven Cap Simmons sonreía con el brazo por encima de los hombros de Dillon, que todavía no era del todo adulto. Dillon tenía la misma sonrisa de siempre, arrogante y segura. El afecto que sentían el uno por el otro también era evidente allí. En sus ojos se reflejaba la amistad y la comprensión. Laine pensó de repente, con una punzada de resentimiento, que parecían padre e hijo. Los años que ellos habían compartido nunca le pertenecerían a ella.

–No es justo –murmuró Laine, y con un escalofrío, cerró los ojos.

«¿A quién estoy culpando? ¿A Cap por necesitar a alguien? ¿A Dillon por estar aquí? Echarle la culpa a alguien no me va a servir de nada, e intentar recuperar el pasado es inútil. Ha llegado la hora de que busque algo nuevo».

Con una exhalación, Laine dejó la fotografía en su sitio. Se dio la vuelta y salió al pasillo. En un momento, se vio en la cocina, rodeada de electrodomésticos blancos relucientes. Miri se giró desde los fogones y miró a Laine con satisfacción.

–Has venido a comer. Tienes algo de color del sol.

Laine se miró los brazos. Tenía un suave bronceado en la piel, cosa que le agradó.

–Vaya, pues sí. Aunque en realidad no he venido a comer. Estaba explorando la casa.

–Bien. Ahora vas a comer. Siéntate –le dijo Miri, señalándole la mesa de madera–. Y no vuelvas a hacer la cama. Ése es mi trabajo –añadió. Puso un vaso de leche bajo la nariz de Laine, y después arqueó una ceja.

–Oh, lo siento –dijo Laine, mirando desde el vaso de leche a los labios fruncidos de Miri–. Es una costumbre.

–Pues no vuelvas a hacerlo –respondió Miri mientras se volvía hacia el refrigerador. Volvió a hablar mientras sacaba varios alimentos–. ¿Es que tenéis que haceros la cama en ese colegio tan lujoso?

–No es un colegio lujoso –la corrigió Laine, observando a Miri con ansiedad, mientras la mujer preparaba un enorme sándwich–. Sólo es

un pequeño convento a las afueras de París.

–¿Vivías en un convento? –preguntó Miri.

–Bueno, no. Vivía junto a un convento. Salvo cuando iba a visitar a mi madre. Miri... –dijo, angustiada por el plato que le había colocado delante la cocinera, Laine miró hacia arriba–. No voy a poder comerme todo esto.

–Tú come, Huesitos. ¿Has tenido una mañana agradable con Dillon?

–Sí, muy agradable –dijo Laine, y comenzó a comer mientras Miri se sentaba frente a ella–. No sabía que había tantas cosas que ver debajo del agua. Dillon es muy buen guía.

–Ah, sí. Siempre está en el aire o en el mar. Debería tener los pies en la tierra más a menudo. Te está vigilando.

–Sí, ya lo sé. Como si fuera un oficial de la condicional. He conocido a la señorita King. Ha venido a la bahía.

–Orchid King –dijo Miri, y murmuró algo en hawaiano.

–Es muy guapa, muy vibrante. Supongo que Dillon la conoce desde hace mucho tiempo –dijo Laine, sorprendiéndose a sí misma de aquel interrogatorio tan sutil.

–Mucho, sí. Pero ella no ha conseguido pescarlo –le dijo Miri, con una sonrisa de astucia que Laine no advirtió, puesto que estaba mirando el vaso de leche–. ¿Te parece guapo Dillon?

–¿Que si me parece guapo? Bueno, sí, es un hombre muy atractivo. O por lo menos, me lo parece. No he conocido a muchos hombres.

–Deberías sonreírle más –le advirtió Miri–. Una mujer inteligente usa las sonrisas para decirle a un hombre lo que piensa.

–No me ha dado muchos motivos para que le sonría –dijo Laine entre bocados–. Además, creo que consigue muchas sonrisas de otras fuentes.

–Dillon les concede su atención a muchas mujeres. Es un hombre generoso –dijo Miri, y se echó a reír. Laine se ruborizó ante el doble sentido de sus palabras–. Todavía no ha encontrado a la mujer que le haga volverse egoísta. Aunque tú... le harías bien. Él podría enseñarte

cosas, y tú podrías enseñarle a él.

–¿Yo? Yo no puedo enseñarle lo que no conozco. Además, Miri, lo conocí ayer, y hasta el momento, lo único que ha hecho ha sido confundirme. No sé cómo voy a sentirme con él de un momento al siguiente –explicó Laine con un suspiro–. Los hombres son muy raros, Miri. Yo no los entiendo.

–¿Entenderlos? ¿Y qué necesidad hay de entenderlos? Sólo tienes que disfrutar. Yo he tenido tres maridos, y nunca entendí a ninguno de los tres. Pero... disfruté –dijo con una sonrisa–. Tú eres muy joven. Ya de por sí, eso resulta atractivo para un hombre acostumbrado a las mujeres con experiencia.

–No creo que... Aunque bueno, por supuesto yo no querría que... –tartamudeó Laine confusa–. Seguro que a Dillon no le intereso. Parece que tiene una relación muy agradable con la señorita King. Además, él no confía en mí.

–Es estúpida la mujer que permite que el pasado interfiera con el presente. Tú quieres conseguir el amor de tu padre, ¿no, Huesitos? Pues lo conseguirás con paciencia y tiempo. ¿Quieres a Dillon? –preguntó Miri, y alzó una mano para impedir que Laine protestara–. Pues aprenderás a luchar como lucha una mujer –afirmó. Después se puso en pie y dijo–: Y ahora, fuera de mi cocina. Tengo mucho que trabajar.

Laine obedeció y se marchó hacia la puerta.

–Miri... –dijo, y se volvió–. Tú llevas con mi padre muchos años. ¿No...? –Laine se interrumpió, y después terminó rápidamente–. ¿No tienes resentimiento hacia mí por el hecho de que haya aparecido de repente?

–¿Resentimiento? No. Tener resentimiento es una pérdida de tiempo. Y la última persona por quien yo sentiría resentimiento es por una niña. Cuando estabas lejos de Cap Simmons eras niña, y estabas con tu madre. Ahora ya no eres una niña, y estás aquí. ¿Qué tengo yo que objetar?

Miri se encogió de hombros y se volvió hacia los fogones.

Con los ojos llenos de lágrimas, Laine respiró profundamente.

–Gracias, Miri –murmuró, y fue a su habitación.

Laine tenía un cúmulo de pensamientos mientras reposaba en su habitación. De igual modo que el abrazo de Dillon había abierto la puerta a emociones dormidas, las palabras de Miri habían abierto la puerta a pensamientos dormidos. «Tiempo y paciencia», repitió Laine silenciosamente. Tiempo y paciencia era lo que Miri recetaba para el corazón dolorido de una hija. Sin embargo, ella tenía muy poco tiempo, y muy poca paciencia. ¿Cómo iba a ganarse el amor de su padre en tan pocos días? Sacudió la cabeza; no era capaz de responderse a aquella pregunta. Y Dillon. ¿Por qué tenía que complicar él una situación que ya era lo suficientemente complicada? ¿Por qué tenía que abrazarla, hacer que se sintiera como una mujer, y al momento siguiente apartarla y comenzar a hacer acusaciones?

Frustrada, Laine se tumbó boca abajo y apoyó la mejilla en la almohada. En aquellos momentos, Dillon era frío y su mirada era brutal. Ojalá pudiera dejar de pensar en él, dejar de recordar cómo eran sus besos. Ella no tenía experiencia, y él tenía mucha. Aquello no era nada más que un despertar físico. No podía haber nada más... Nada más.

Alguien llamó a la puerta, y Laine se incorporó con un sobresalto. Se apartó el pelo de la cara y se levantó para abrir. Dillon se había cambiado de ropa y estaba fresco y atento, mientras que ella estaba adormilada y desconcertada. Laine lo miró sin poder aclararse las ideas. Él la observó con un gesto ceñudo, miró sus mejillas ruborizadas y sus ojos somnolientos.

–¿Te he despertado?

–No, yo... –dijo Laine. Entonces miró hacia atrás, al reloj de la mesilla, y se dio cuenta de que había pasado una hora desde que se había tendido en la cama–. Sí –dijo entonces–. Creo que por fin el vuelo me ha pasado factura. Ni siquiera me he dado cuenta de que me quedaba

dormida.

–Son auténticas, ¿verdad?

–¿El qué?

–Las pestañas.

Él le estaba mirando atentamente los ojos, y Laine tuvo que contenerse para no girar la cara.

Él se apoyó en el quicio de la puerta y completó su examen.

–Voy hacia el aeropuerto. A lo mejor quieres venir. Me dijiste que querías verlo de nuevo.

–Pues, sí, me gustaría –respondió ella, asombrada por aquella muestra de cortesía.

–Bien –respondió él. Sin darle oportunidad a que se arreglara un poco, la tomó de la mano y la sacó de la habitación.

Laine se encontró fuera, para su asombro, con una motocicleta y un casco. Carraspeó y miró el casco, el vehículo, y a Dillon.

–¿Vamos a ir en esto?

–Exactamente. No uso el coche para ir al aeropuerto.

–Yo... nunca he ido en moto.

–Duquesa, lo único que tienes que hacer es sentarte y agarrarte.

Dillon le quitó el casco de las manos y se lo puso en la cabeza. Después se puso el suyo, se montó en la moto y arrancó el motor.

–Vamos, sube.

Laine obedeció, y se vio sentada a horcajadas sobre aquella máquina, y agarrada con todas sus fuerzas a la cintura de Dillon, mientras avanzaban por el camino hacia la carretera. Poco a poco, fue relajándose y se dio cuenta de que la velocidad era moderada, y de que la moto iba a permanecer erguida. Ronroneaba por encima de la carretera de asfalto.

Cuando llegaron al aeropuerto, Dillon se detuvo frente a uno de los hangares.

–Ya puedes bajar, Duquesa.

Laine desmontó e intentó quitarse el casco.

–Ya está –dijo Dillon, que la ayudó a sacárselo de la cabeza. Después amarró el de ella y el suyo al asiento de la moto–. ¿Sigues de una pieza?

–En realidad, creo que me ha gustado el viaje.

–Tiene sus ventajas –respondió él.

Entonces le acarició los brazos y la agarró por la cintura. Laine se quedó inmóvil; no quería perder su contacto. Él se inclinó y la besó suavemente. Fue suficiente para que ella sintiera una corriente de placer.

–Más tarde –dijo Dillon–, tengo intención de terminar esto de un modo más satisfactorio. Pero en este momento tengo que trabajar. Cap va a llevarte de visita por el aeropuerto. Te está esperando. ¿Sabrás encontrar el camino?

–Sí –respondió ella, y confusa por el ritmo acelerado de su corazón, dio un paso atrás–. ¿Tengo que ir a su oficina?

–Sí. Él te enseñará todo lo que quieras ver. Ten cuidado, Laine –dijo él, y sus ojos verdes se enfriaron bruscamente, al tiempo que su voz perdía la calidez–. Hasta que no esté seguro con respecto a ti, no puedes cometer ningún error.

Durante un momento ella se lo quedó mirando, notando cómo se le enfriaba la piel y el pulso se le hacía más lento.

–Me temo mucho –admitió con tristeza– que ya he cometido uno.

Se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo 6

Laine caminó hacia el edificio bajo, flanqueado por palmeras. Revivió todo lo que había ocurrido en las veinticuatro horas anteriores: había conocido a su padre, había sabido que su madre la había estado engañando durante toda la vida y estaba ajustando sus deseos.

Además, había descubierto placeres y también los anhelos de la feminidad. Dillon le había creado sensaciones nuevas y mágicas. Una vez más, su mente le dio el argumento de que aquello sólo era resultado de la primera atracción física que sentía. Nadie se enamoraba en un solo día, y menos de un hombre como Dillon O'Brian. Eran completamente opuestos; él era seguro y extravertido, y ella le envidaba aquellas dos características. No había nada emotivo en ello. Lo único que ocurría era que Laine nunca había conocido a nadie como él, y por eso se sentía confusa. No tenía nada que ver con las emociones. Laine se sintió reconfortada al entrar en el edificio de la oficina de su padre.

Mientras ella pasaba al vestíbulo, él salía de su despacho. Al verla, sonrió.

–Hola, Laine. Dillon me ha dicho que querías hacer una visita al aeropuerto.

–Sí, me encantaría, si tienes tiempo.

–Claro que sí. Vamos. No es un aeropuerto muy grande –comenzó a explicarle su padre mientras salían al sol y al calor de nuevo–. Nosotros nos dedicamos, sobre todo, a viajes entre islas con chárter. También tenemos una escuela de aviación. Eso es más bien un proyecto de Dillon.

–Cap –dijo ella impulsivamente, y se giró para mirarlo de frente–. Sé que te he puesto en una situación difícil. Debería haberte escrito y

haberte preguntado si podía venir, en vez de presentarme aquí de repente. He sido muy poco considerada.

–Laine...

–Por favor... –dijo ella–. También sé que tienes tu propia vida, tu hogar y tus amigos. No quiero interferir en nada de eso. No quiero entrometerme en nada, y no quiero que te sientas... –hizo un gesto de impotencia, y terminó–: Me gustaría que fuéramos amigos.

Cap la observó durante su pequeño discurso. Entonces sonrió, y aquella sonrisa tenía más calidez que las anteriores.

–¿Sabes? –dijo él con un suspiro–. Es un poco terrorífico encontrarse con una hija adulta. Me he perdido todas las épocas, todos los cambios. Creo que todavía te veía como a una niña con coletas, de mal genio y rodillas arañadas. La mujer elegante que entró en mi oficina ayer y que me habló con un ligero acento francés es una extraña para mí. Y –añadió, tocándole un instante el pelo– una extraña que me trae recuerdos que creía enterrados.

Suspiró de nuevo y se metió las manos en los bolsillos.

–No sé mucho de mujeres. Nunca he sabido nada. Tu madre era la mujer más bella y desconcertante a la que he conocido. Cuando eras pequeña y estábamos juntos los tres, yo sustituí con tu cariño la amistad que nunca tuvimos tu madre y yo. Eras la única mujer a la que entendía. Siempre me he preguntado si ése fue el motivo por el que las cosas no salieron bien.

Laine observó a su padre con atención.

–Cap, ¿por qué te casaste con ella? Parece que no teníais nada en común.

Cap agitó la cabeza y se rió.

–No la conocías hace veinte años. Cambió mucho, Laine. Algunas personas cambian más que otras. Además, yo la quería. Siempre la he querido.

–Lo siento.

A Laine se le llenaron los ojos de lágrimas, y bajó la vista al suelo.

–No quiero ponerte las cosas más difíciles.

–No lo estás haciendo. Hubo unos años muy buenos, y me gusta acordarme de eso de vez en cuando –dijo él. La tomó del brazo y comenzó a caminar–. ¿Fue feliz tu madre, Laine?

–¿Feliz? Supongo que Vanessa fue todo lo feliz que era capaz de ser. Adoraba París, y vivió como quiso.

–¿Vanessa? –preguntó Cap–. ¿Así llamas a tu madre?

–Yo siempre la llamé por su nombre. Me dijo que «mamá» hacía que se sintiera vieja. Odiaba envejecer... Me siento mejor sabiendo que eres feliz con la vida que has elegido. ¿Ya no vuelas, Cap? Recuerdo que te encantaba.

–Todavía cumplo mi cuota de horas de viaje –dijo él. Después agarró a Laine por los brazos e hizo que lo mirara–. Otra pregunta más, y dejaremos este asunto para otro momento. ¿Has sido feliz tú?

Laine dirigió la mirada hacia unos pasajeros que estaban desembarcando, como si le fascinara aquella escena.

–Siempre he estado muy ocupada. Las monjas se toman muy en serio la educación.

–No estás respondiendo a mi pregunta. O –corrigió, frunciendo el ceño– tal vez sí.

–He estado contenta –dijo Laine con una sonrisa–. He aprendido mucho, y estoy cómoda con mi vida. Creo que eso es suficiente para cualquiera.

–Para cualquiera que tenga mi edad, pero no para una mujer joven y encantadora como tú. No es suficiente, Laine, y me sorprende que te conformes con eso.

–Cap, no he tenido ocasión de... No he tenido tiempo de perseguir mis sueños. Tal vez he llegado a un punto de mi vida en que tengo que empezar a hacerlo.

La expresión de Cap se relajó cuando ella le sonrió.

–De acuerdo. Vamos a dejarlo por ahora.

Sin mencionar más el pasado, Cap llevó a Laine por las filas de

aviones. Acarició cada uno de ellos como si fueran niños, explicándole sus cualidades con orgullo, y con términos que para Laine eran demasiado técnicos. Ella escuchó, contenta por su buen humor, agradada con el sonido de su voz. De vez en cuando hacía algún comentario que hacía reír a Cap. Y a ella, su risa le parecía maravillosa.

Las construcciones eran amplias, bien organizadas y sin pretensiones; hangares y almacenes, oficinas de investigación y contabilidad, con la torre de control, un edificio acristalado que lo dominaba todo. Cap le señaló todos ellos, pero los aviones eran lo que más le interesaba a su padre.

–Me dijiste que no era grande –dijo Laine, paseando la mirada por todo el complejo–. Pero parece enorme.

–Es un aeropuerto pequeño de baja actividad, pero hacemos lo posible para que funcione tan bien como el Aeropuerto Internacional de Honolulu.

–¿Y cuál es el cometido de Dillon aquí?

–Bueno, Dillon hace un poco de todo. Tiene el don de la organización. Es capaz de prever los problemas, y maneja tan bien a la gente que no se dan cuenta de que están siendo manejados. También es capaz de desmontar un avión entero y volver a montarlo –explicó Cap, y sacudió la cabeza–. No sé qué habría hecho sin él. Tal vez, sin su impulso, me habría conformado con ser un trabajador agrícola.

–¿Su impulso? Sí, supongo que tiene impulso cuando hay algo que quiere. Pero no es... ¿No es despreocupado?

–La vida en esta isla le dota a uno de cierta despreocupación, Laine, y Dillon nació aquí. Pero el hecho de que un hombre esté tranquilo y evite fingir no significa que le falten inteligencia o habilidad. Dillon tiene ambas cosas. Lo que pasa es que lucha por sus ambiciones a su manera.

Más tarde, cuando caminaban por los hangares, Laine se dio cuenta de que su padre y ella habían comenzado a cimentar una relación. Él estaba más relajado con ella, y sonreía y hablaba con naturalidad. Ella

sabía que también había bajado la guardia, y que era más vulnerable.

–Tengo una reunión dentro de unos minutos –dijo Cap, mirando el reloj–. Ahora te dejaré con Dillon, a menos que quieras que le pida a alguien que te lleve a casa.

–No, no, muchas gracias –le aseguro ella–. Tal vez pudiera dar un paseo por aquí. No quiero ser una molestia.

–No has sido una molestia. Lo he pasado muy bien enseñándote las cosas. No has perdido la curiosidad que recordaba. Siempre querías saber por qué y cómo, y siempre escuchabas. Creo que cuando tenías cinco años me pediste que te explicara todo el panel de control de un 707 –explicó Cap con una carcajada–. Tenías una cara tan seria que parecía que habías entendido todo lo que te conté –dijo. Le dio una palmadita en la mano y sonrió por encima de su cabeza–. Dillon, me pareció que te encontraríamos aquí. Cuida de Laine, ¿de acuerdo? Yo voy a hablar con Billet.

–Parece que me quedo con la mejor parte.

Laine se dio la vuelta y lo vio apoyado en un avión, limpiándose las manos en un mono de trabajo que llevaba puesto.

–¿Ha ido todo bien con el representante del sindicato?

–Muy bien. Mañana tendremos el informe.

–Bueno, entonces, hasta la noche –dijo Cap. Se volvió hacia Laine, y después de una breve vacilación, le hizo una caricia en la mejilla y se alejó.

Laine se dio la vuelta y se encontró con la mirada ceñuda de Dillon.

–Oh, por favor –dijo ella, cabeceando–. No lo estropees. Ha sido algo muy pequeño.

Dillon se encogió de hombros y se giró hacia el avión.

–¿Te ha gustado la visita?

–Sí, mucho –dijo ella, y se acercó a él–. Me temo que no he entendido demasiado bien lo que me ha contado. Me ha hablado de pistas de estacionamiento, de conductos de ventilación y de la propulsión y la resistencia al avance.

–Lo que más le gusta es hablar de aviones –comentó Dillon–. No importa que lo entendieras todo, si lo escuchaste.

–Cap me ha dicho que has creado una escuela de aviación. ¿Tú enseñas?

–Un poco –dijo él.

Laine reunió valor y le preguntó rápidamente:

–¿Me enseñarías a mí?

–¿Cómo?

–Que si me enseñarías a mí a pilotar un avión –dijo. Se preguntó si a Dillon le estaba pareciendo tan ridícula aquella pregunta como se lo estaba pareciendo a ella misma.

–Tal vez. ¿Por qué quieres aprender?

–Cuando era niña, Cap decía que me iba a enseñar. Claro que –dijo, haciendo un gesto francés– sólo era una niña, pero... –después exhaló un suspiro de impaciencia, alzó la barbilla y de repente, su actitud era completamente americana–. Porque me parece que sería divertido.

El cambio y el gesto de obstinación de su boca hicieron reír a Dillon.

–Te llevaré mañana.

Laine asintió. Entonces, él se alejó y tomó un mono de una percha.

–Toma, ponte esto. Voy a tardar un poco, y puede que resultes útil.

–Eh... estoy segura de que te las arreglarías maravillosamente sin mí.

–Sin duda, pero pónelo de todos modos.

Bajo la atenta mirada de Dillon, ella se puso el mono y metió los brazos en las mangas.

–Por Dios, te queda enorme –dijo él, y se agachó para remangarle el bajo de los pantalones, mientras ella miraba con el ceño fruncido su cabeza.

–Seguro que voy a ser más un estorbo que una ayuda.

–Eso ya me lo había imaginado –replicó él, en un tono alegre, mientras le enrollaba las mangas una docena de veces–. No deberías haber dejado de crecer tan pronto. Parece que no tienes más de doce años.

Entonces, le subió la cremallera hasta la garganta con un movimiento rápido, y la miró a la cara. Ella vio que su expresión se alteraba. Durante un instante, le pareció ver ternura en su cara, antes de que él soltara una exhalación de impaciencia. Después, con un murmullo incomprensible, se metió bajo la panza del avión.

–Bueno –dijo con brío–, dame un destornillador. El del mango rojo.

Laine rebuscó entre las herramientas y lo encontró. Lo puso en la mano extendida de Dillon. Él estuvo trabajando un buen rato, y la conversación quedó limitada casi exclusivamente a la petición de herramientas. A medida que pasaba el tiempo, el ruido de los aviones se convirtió sólo en un fondo para su voz.

Laine empezó a hacerle preguntas sobre el trabajo que estaba llevando a cabo. No necesitaba seguir sus respuestas, sino que encontraba placer en el timbre de su voz. Él estaba concentrado, y ella pudo estudiarlo sin trabas. Vio la extraña intensidad de sus ojos, la línea firme de su mentón, la piel bronceada de sus brazos. Se dio cuenta de que tenía barba de un día y de que tenía la ceja derecha más alta que la izquierda, en un gesto de concentración.

Dillon se volvió hacia ella pidiéndole algo, pero ella se quedó mirándolo fijamente. Estaba perdida en sus ojos, inmovilizada por una certeza.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Dillon.

Laine salió de su enfrascamiento y tragó saliva.

–Nada, yo... ¿Qué querías? No estaba prestando atención.

Se inclinó sobre la caja de herramientas como si contuviera lo más importante del mundo. Dillon, en silencio, tomó la que necesitaba y se volvió de nuevo hacia la avioneta.

Laine cerró los ojos. Se sentía desconcertada e indefensa.

«El amor no debería llegar con tanta intensidad. Debería fluir lentamente, con ternura y gentileza. No debería atravesar como una espada, sin aviso, sin piedad. ¿Cómo es posible que uno ame lo que no entiende?».

Dillon O'Brian era un enigma, un hombre cuyo humor cambiaba sin pies ni cabeza. ¿Y qué sabía ella de él? Era el socio de su padre, pero su posición no estaba clara. Era un hombre que sabía del cielo y de la tierra, y que se movía con su misma libertad. Laine también sabía que era un hombre que conocía a las mujeres y que podía darles placer.

¿Y cómo luchaba una contra el amor cuando no sabía nada de él? Tal vez fuera una cuestión de equilibrio. Ella iba a tener que aprender a caminar por el cable sin inclinarse hacia ningún lado ni caer.

–Parece que has tomado un camino alternativo –comentó Dillon, mientras se sacaba un trapo del bolsillo. Sonrió al ver que Laine se sobresaltaba–. Eres muy mala mecánica, Duquesa, y torpe –dijo, y le pasó el trapo por la mejilla para limpiarle una mancha negra de la piel–. Allí hay una pila. Ve y lávate las manos. Terminaré de ajustar las piezas después. El conducto del combustible me está dando problemas.

Laine obedeció, y se tomó su tiempo para quitarse todas las manchas de grasa. Aprovechó la oportunidad para recuperar la compostura. Después se quitó el mono y lo colgó de la percha, y se puso a pasear por el hangar vacío mientras Dillon recogía las herramientas y se lavaba. Se había hecho tarde, y había comenzado el atardecer. Las luces brillaban en las pistas como pequeños ojos de color rojo. Al darse la vuelta, Laine advirtió que Dillon la estaba mirando. Se humedeció los labios e intentó mantener una actitud despreocupada.

–¿Has terminado?

–No. Ven aquí.

Al oír su tono de voz, Laine tuvo ganas de dar un paso atrás, en vez de obedecer. Él arqueó las cejas y repitió:

–Ven aquí.

Laine decidió que lo mejor sería acceder a su petición, y se acercó. Se quedó frente a él, en silencio, mientras él observaba su rostro minuciosamente, deseando tener lo que él estuviera buscando. Dillon

no dijo nada. Posó las manos en sus caderas y la atrajo hacia sí.

–Bésame.

Ella negó con la cabeza, rápidamente, aunque no fue capaz de zafarse.

–Laine, he dicho que me beses.

Dillon le apretó las caderas contra las suyas, moldeando sus formas contra las de su cuerpo. Su mirada era exigente, y su boca, tentadora. Ella alzó los brazos y posó las manos en sus hombros. Después se puso de puntillas. Suavemente, juntó sus labios con los de él.

Dillon esperó hasta que su boca perdió la timidez, y hasta que le rodeó el cuello con los brazos para acercarlo más a su cuerpo. Entonces incrementó la presión y, mientras escuchaba su suspiro, deslizó las manos por debajo de su camisa para acariciarle la piel suave de la espalda. Su exploración fue lenta y delicada. Las manos que la acariciaban estaban enseñando, y no pidiendo. Ella murmuró su nombre y se estrechó contra él, necesítándolo, deseándolo. El calor rápido de la pasión fue devorador. Parecía que sus labios aprendían más rápidamente que su mente. Comenzaron a buscar y a pedir placeres que ella todavía no podía entender. El resto de su mundo se desvaneció como un susurro. En aquel momento no había nada más en su vida que Dillon.

Él la separó de sí. Ninguno de los dos dijo nada. Dillon le apartó un rizo de la mejilla.

–Será mejor que te lleve a casa.

–Dillon –dijo Laine, desconcertada. No sabía qué decir, y tuvo que cerrar los ojos.

–Vamos, Duquesa. Has tenido un día muy largo. Ahora no estamos en igualdad de condiciones, y me gusta luchar en circunstancias más justas.

–¿Luchar? –preguntó Laine–. ¿Se trata de eso, Dillon? ¿De una lucha?

–De la lucha más antigua del mundo –respondió él con una sonrisa.

Sin embargo, aquella sonrisa desapareció antes de haberse formado

de verdad, y de repente, él le tomó la barbilla con firmeza.

–No ha terminado, Laine, y en el próximo asalto, no me van a importar las reglas.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, cuando Laine bajó a desayunar, sólo encontró a su padre.

–Hola, Huesitos –dijo Miri, antes de que Cap pudiera saludarla–. Siéntate a desayunar. Te prepararé un té, ya que mi café no te gusta.

Laine, que no sabía si sentirse avergonzada o divertida, obedeció.

–Gracias, Miri –dijo, mientras la señora se retiraba a la cocina.

–Está muy encariñada contigo –dijo Cap, y al mirarlo, Laine se dio cuenta de que tenía una expresión de alegría–. Desde que has llegado, está tan preocupada en engordarte que no ha vuelto a decirme nada sobre que necesito una esposa.

Con una sonrisa irónica, Laine observó a su padre, que se servía una taza de café.

–Me alegro de ayudar. Ayer estuve dando una vuelta por la casa. Espero que no te moleste.

–No, por supuesto que no –dijo él, con una sonrisa de disculpa–. Supongo que debería habértela enseñado yo mismo, pero mis modales están un poco olvidados.

–No me importa. En realidad, dar una vuelta a solas me proporcionó una nueva perspectiva. Tú me dijiste que te has perdido los cambios, y que todavía pensabas en mí como en una niña. Creo que yo... Yo también tenía una imagen de ti que guardaba de la infancia. Ayer comencé a ver al James Simmons de carne y hueso.

–¿Y te decepcionó? –preguntó él.

–Me impresionó. Vi a un hombre contento consigo mismo y con su vida, que quiere y respeta a los que están con él. Creo que mi padre debe de ser un hombre muy agradable.

Él sonrió con algo de sorpresa, y con deleite.

–Eso es todo un cumplido, viniendo de una hija adulta.

Volvió a servirse café, y los dos guardaron silencio. Laine miró el sitio vacío de Dillon.

–Ah... ¿Dillon no está aquí?

–¿Umm? Ah, Dillon tenía una reunión para desayunar. Tiene bastantes cosas que hacer hoy por la mañana.

–Lo entiendo. Supongo que el aeropuerto os da mucho trabajo a los dos.

–Pues sí –dijo Cap, y miró el reloj–. En realidad, yo también tengo una reunión dentro de muy poco. Siento dejarte sola de esta manera, pero...

–Por favor. No necesito que me entretengas, y no quiero interferir. Seguro que hay un montón de cosas que puedo hacer.

–Muy bien, entonces, nos veremos esta noche.

Cap se levantó, y después se volvió, cuando estaba en la puerta, con una súbita inspiración.

–Miri puede llamar a alguien para que te lleve al pueblo, si quieres hacer algunas compras.

–Gracias –dijo Laine con una sonrisa, pensando en sus limitados fondos–. Tal vez lo haga.

Después lo vio alejarse y suspiró, mirando de nuevo hacia la silla vacía de Dillon.

Laine pasó la mañana perezosamente. Pronto averiguó que Miri no iba a permitirle que ayudara en casa. Le dijo que saliera, y ella siguió sus indicaciones y se puso en camino hacia la bahía. Encontró la playa tan perfecta como el día anterior. El agua era cristalina, la arena blanca y pura. Se tendió en una toalla e intentó describir lo que la rodeaba en una hoja de papel. Las cartas que escribía a Francia eran largas y detalladas, aunque omitía cualquier mención a su complicada situación.

Mientras escribía, el sol se situó en lo más alto del cielo. El aire estaba húmedo y resultaba calmante. Bajo los rayos cálidos se quedó

dormida en la toalla. Sentía languidez en los miembros y tenía una neblina roja detrás de los párpados. Se preguntó cómo era posible que la reverenda madre hubiera conseguido tanto calor de la antiquísima calefacción. De mala gana, intentó despertar al sentir que alguien la estaba zarandeando suavemente por el hombro.

–Un momento, hermana –murmuró en francés–. Un momento.

Abrió los ojos y se encontró la cara de Dillon a pocos centímetros por encima de la suya.

–Parece que estoy tomando la costumbre de despertarte –dijo él, y la observó–. No deberías haberte quedado dormida bajo el sol, con este cutis. Tienes mucha suerte de no haberte quemado.

–Ah –susurró ella, que por fin se había dado cuenta de dónde estaba. Se sentó y dijo–: No sé por qué me he dormido así. Debe de haber sido la tranquilidad.

–Otro motivo podría ser el agotamiento –dijo Dillon, y frunció el ceño–. Se te están quitando las ojeras.

–Cap me dijo que estabas muy ocupado esta mañana.

–Ummm, sí. Lo estaba. ¿Has escrito una carta?

Ella asintió.

–Ummm, sí. La he escrito –repitió Laine.

–Qué graciosa –dijo él, y frunció ligeramente los labios mientras la ponía en pie–. Creía que querías aprender a pilotar una avioneta.

–¡Oh! –a ella se le iluminó la cara de alegría –. Creía que se te había olvidado. ¿Estás seguro de que no tienes demasiado trabajo? Cap me dijo que...

–No, no se me había olvidado, y no, no tengo demasiado trabajo –dijo él, mientras se agachaba para recoger su toalla–. Deja ya de hablar como si tuvieras doce años y fuera a llevarte al circo.

–Claro, claro –respondió ella, divertida por aquella reacción.

Dillon exhaló un suspiro de irritación antes de tomarla de la mano y llevársela hacia las palmeras.

Menos de una hora después, Laine estaba sentada en el asiento de

la avioneta de Dillon.

–Bueno, esto es un monoplano de una sola hélice con un motor alternativo. En otra ocasión te llevaré en el jet, pero...

–¿Tienes otro avión? –lo interrumpió Laine.

–Algunas personas coleccionan sombreros –respondió él irónicamente, y le señaló los diferentes indicadores. Lo primero que tienes que hacer es entender los instrumentos, aprender a leerlos.

–Hay muchos, ¿no? –preguntó Laine, mirando los números y las agujas.

–No, en realidad no. Esto no es exactamente un X-15 –dijo él, y arrancó el motor–. Bueno, mientras subamos, quiero que mires este indicador. Es el altímetro. Indica...

–Indica la altura de la avioneta sobre el nivel del mar, o sobre la tierra –dijo Laine.

–Muy bien.

Dillon informó de su despegue a la torre de control y la avioneta comenzó a avanzar por la pista.

–¿Qué hiciste ayer, leerte una de las revistas de aviación de Cap?

–No. Recuerdo algunas cosas de mis primeras lecciones. Supongo que almacené todas las cosas que me contaba Cap cuando era niña. Esto es una brújula, y esto... esto es un horizonte artificial, pero no recuerdo muy bien para qué sirve.

–Me siento impresionado, pero se supone que tienes que estar mirando el altímetro.

–Oh, sí –dijo ella, y obedeció.

–Muy bien –dijo Dillon, y sonrió. Después se concentró en el cielo–. La aguja más larga va a dar un giro al dial por cada mil pies de ascensión. La pequeña hará un giro por cada diez mil. Cuando entiendas todos los indicadores, y sepas cómo usarlos, esto será más fácil que conducir un coche, y generalmente hay menos tráfico.

–Tal vez después debieras enseñarme a conducir.

–¿No sabes conducir?

–No. ¿Es que acaso es un delito en este país? Te aseguro que hay gente que piensa que soy inteligente. Estoy segura de que puedo aprender a pilotar esta máquina en el mismo tiempo que cualquiera de tus otros pupilos.

–Es posible –murmuró Dillon–. ¿Y cómo es que no has aprendido a conducir?

–Porque nunca lo necesité. ¿Y cómo te rompiste la nariz? –preguntó ella, y al ver su expresión de desconcierto, ella sonrió–. Mi pregunta es tan irrelevante como la tuya.

Laine se sintió complacida al oír su carcajada, como si hubiera ganado una pequeña batalla.

–¿En qué ocasión? –preguntó él, y entonces fue ella la que se quedó desconcertada–. Me la he roto dos veces. La primera vez tenía diez años e intenté echar a volar en una avioneta de cartón que había diseñado y construido en el tejado del garaje. No había perfeccionado por completo el sistema de propulsión. Sólo me rompí el brazo y la nariz, aunque me dijeron que podría haberme roto el cuello.

–Muy probablemente –dijo Laine–. ¿Y la segunda vez?

–Era un poco mayor. Hubo un desacuerdo por una chica. Mi nariz sufrió otro insulto, y el otro chico perdió dos dientes.

–Tal vez fueras mayor, pero no más sabio –comentó Laine–. ¿Y quién se quedó con la chica?

Dillon sonrió.

–Ninguno de los dos. Al final decidimos que no merecía la pena, y nos fuimos a tomar una cerveza.

–Qué galantes.

–Sí, seguro que ya has notado eso en mí. No soy capaz de quitármelo. Y ahora, observa tu famoso horizonte artificial y te explicaré su función.

Durante los treinta minutos siguientes, Dillon se convirtió en la quintaesencia del profesor. Laine se quedó sorprendida por sus conocimientos y su paciencia. Respondió a las docenas de preguntas

que ella le formuló a medida que recordaba fragmentos de las lecciones de su niñez. Él aceptaba su repentina sed de conocimiento como si la hubiera esperado. Atravesaron el cielo, salpicado de nubes esponjosas, sobre los picos de las montañas, y vieron el Cañón de Waimea. Dibujaron círculos sobre el mar interminable. Laine comenzó a ver la similitud entre la libertad del cielo y la libertad del mar. Comenzó a sentir la fascinación de la que había hablado Dillon, la necesidad de afrontar desafíos, de explorar. Escuchó completamente concentrada, porque quería entender y recordar.

–Hay una pequeña tormenta detrás de nosotros –anunció Dillon, sin darle demasiada importancia–. Nos va a alcanzar –añadió, y se giró hacia Laine–. Nos vamos a sacudir un poco, Duquesa.

–¿Eh? –Laine se dio la vuelta en el asiento y observó las nubes negras que los seguían–. ¿Y puedes volar atravesando eso?

–Oh, tal vez.

–Tienes un sentido del humor extraño, Dillon. Único –matizó, e inspiró profundamente cuando las nubes los alcanzaron. De repente estaban en la oscuridad y la lluvia golpeteaba furiosamente contra ambos lados de la avioneta. Cuando notó las turbulencias, a Laine se le encogió el estómago.

–¿Sabes? Siempre me ha fascinado estar dentro de una nube. No son nada salvo vapor y humedad, pero son fabulosas –dijo él con calma, y Laine notó que los latidos de su corazón se calmaban un poco–. Las nubes de tormenta son las más interesantes, pero lo mejor es que haya relámpagos.

–Creo que podría pasar sin ellos –murmuró Laine.

–Eso es porque no los has visto desde aquí. Cuando vuelas por encima de los rayos, ves cómo atraviesan las nubes, y sus colores son impresionantes.

–¿Has atravesado muchas tormentas? –preguntó Laine, mirando por la ventanilla. Sin embargo, no vio más que nubes negras.

–Unas cuantas. Ésta no va a durar mucho, aunque la parte delantera

nos estará esperando cuando aterricemos.

La avioneta volvió a estremecerse, y Laine vio con asombro que Dillon sonreía.

–Disfrutas de estas cosas, ¿verdad? De la emoción, de la sensación de peligro.

–Esto mantiene afinados los sentidos, Laine. Y hace que la vida no sea aburrida. Hay estabilidad en la vida. Trabajo, facturas, seguros... Eso es lo que te da el equilibrio. Pero algunas veces hay que montar en una montaña rusa, correr en una carrera, surfear una ola. Eso es lo que le da diversión a la existencia. El truco está en no permitir que una cosa sobrepase a la otra.

Era cierto. Vanessa nunca había aprendido aquel truco. Ella siempre estaba a la búsqueda de un juego nuevo, y nunca disfrutaba del que estaba jugando en el presente. Y tal vez por ese motivo, Laine había pensado siempre demasiado en la estabilidad. Demasiados libros, y poca acción. Sintió que se le relajaban los músculos y se volvió hacia Dillon con una sonrisa.

–Hace muchos años que no monto en la montaña rusa. Un día de estos tengo que hacerlo. ¡Mira! –dijo, y apretó la cara contra la ventanilla–. Parece salido de *Macbeth*, con tanta niebla, tan siniestro. Me gustaría ver los rayos, Dillon. Me encantaría.

Él se echó a reír al ver su expresión de impaciencia, mientras comenzaba el descenso.

–Veré si puedo arreglarlo.

Las nubes fueron disolviéndose a medida que la avioneta perdía altitud. Se convirtieron en telarañas gris claro y dejaron paso al paisaje a medida que ellos salían de la neblina. La tierra estaba empapada de lluvia y los colores eran muy vívidos. Cuando aterrizaron, Laine sintió que el placer se convertía en una vaga sensación de pérdida. Se sentía como una niña que acababa de soplar su última vela de cumpleaños.

–Te llevaré a volar otra vez dentro de un par de días, si quieres –dijo Dillon, deteniendo el motor.

–Sí, por favor. Me encantaría. No sé cómo darte las gracias por...

–Haz los deberes. Voy a darte algunos libros sobre instrumentos de vuelo, y tienes que leerlos.

–Sí, señor –dijo Laine.

Dillon bajó de la avioneta, pero la falta de experiencia de Laine hizo que ella tardara mucho más en salir. Se vio alzada en el aire antes de poder completar la maniobra por sí sola.

Quedaron muy juntos bajo la lluvia. Dillon dejó las manos en su cintura, y ella notó el calor de su cuerpo a través de la humedad de la camisa. Él tenía mechones negros de pelo por la frente, y sin pensarlo, Laine se los apartó. Estar en sus brazos tenía algo de normalidad, como si fuera un lugar en el que había estado incontables veces. Sintió que su amor pugnaba por liberarse.

–Te estás mojando –murmuró ella, posándole la mano en la mejilla.

–Y tú también.

–No me importa.

Dillon, con un suspiro, apoyó la barbilla sobre su cabeza.

–Miri me va a dar un puñetazo si permito que te resfríes.

–No tengo frío –murmuró Laine.

–Estás temblando –replicó Dillon. Entonces, bruscamente, la puso a su lado y comenzó a caminar–. Vamos a mi oficina a secarnos, y después te llevaré a casa.

–Te echo una carrera –dijo Laine, y se puso a correr.

Él la alcanzó, riéndose y sin aliento, en la puerta del edificio. Con una nueva confianza, Laine lo abrazó por el cuello mientras se reían. Se sentía muy joven, tonta y desesperadamente enamorada.

–Eres rápida, ¿no? –comentó Dillon, y ella ladeó la cabeza para admirar su sonrisa.

–Tienes que aprender a ser rápida cuando vives en un internado. La competición por el baño es brutal –dijo Laine, y vio que su sonrisa comenzaba a desvanecerse antes de que los interrumpieran.

–Dillon, siento molestar.

Laine miró hacia atrás y vio a una joven morena y guapa. La muchacha observó también a Laine sin disimular su curiosidad, y ella se apartó de Dillon, ruborizada.

–No pasa nada, Fran. Te presento a Laine Simmons, la hija de Cap. Fran es mi contable.

–Quiere decir que soy su secretaria –corrigió Fran con un suspiro de exasperación–. Pero esta tarde me siento como un contestador automático. Tienes una docena de mensajes en el escritorio.

–¿Algo urgente? –dijo él, mientras entraba a la habitación contigua.

–No –dijo Fran con una sonrisa–. Sólo algunas personas que no querían tomar ninguna decisión hasta que oyeran el dictado del Monte Olimpo. Les dije que estabas fuera y que los llamarías mañana.

–Bien.

Dillon volvió junto a ellas con la mano llena de papeles y una toalla. Le entregó la toalla a Laine y leyó las notas.

–Se suponía que ibas a tomarte unos días libres –dijo Fran, mientras Dillon leía.

–Umm. Siempre hay algo que no puede esperar.

–Eso ya te lo he dicho yo –dijo Fran, y le quitó las notas de la mano.

–Eso es cierto –respondió él, y le dio una palmadita en la mejilla–. ¿Le has preguntado a Orchid qué quería?

Al otro lado de la habitación, Laine dejó de frotarse el pelo con la toalla durante un segundo, y después empezó de nuevo, con más rapidez.

–No, pero después de la tercera llamada, creo que le contesté con alto de tirantez.

–No te preocupes –dijo Dillon, y después se volvió hacia Laine–. ¿Lista?

–Sí –respondió. Volvió hacia ellos y le dio la toalla a Dillon–. Gracias.

–De nada –respondió Dillon, y le lanzó la toalla húmeda a Fran–. Hasta mañana, prima.

–Sí, amo –dijo Fran, y se despidió con un gesto de la mano,

amistosamente, de Laine, antes de que Dillon la sacara del edificio.

Con un gran esfuerzo, Laine consiguió olvidar a Orchid King durante el trayecto a casa y durante la cena. El sol se estaba poniendo cuando se sentó en el porche con Dillon y con su padre.

El cielo estaba precioso, intenso, de un azul tropical que iba convirtiéndose en violeta y dorado, mientras que las nubes bajas se volvían rosas y naranjas. Laine se quedó silenciosa en su silla, mientras escuchaba vagamente la conversación de los hombres. Aunque entendía lo que decían, se sentía demasiado contenta y perezosa como para unirse a su charla. Sabía que, por primera vez en su vida adulta, estaba relajada física y mentalmente. Tal fuera a causa de las aventuras de los últimos días, y del hecho de experimentar tantos sentimientos y emociones nuevas.

Cap dijo algo sobre un café y entró en casa. Laine le sonrió cuando pasaba a su lado, y después observó cómo las primeras estrellas comenzaban a brillar.

–Estás muy callada esta noche –dijo Dillon.

–Sólo estaba pensando en lo precioso que es esto –dijo con un suspiro–. Creo que debe de ser el lugar más bonito del planeta.

–¿Más que París?

Al oír el tono tirante de su voz, Laine lo miró.

–París es muy diferente –contestó–. Tiene partes preciosas, dulcificadas por el paso de los años. Otras partes son elegantes y dignas. Es como una mujer a la que le han dicho demasiadas veces que es muy bella. Pero la belleza de este lugar es más primitiva. Esta isla es eterna e inocente al mismo tiempo.

–Mucha gente se cansa de la inocencia –dijo Dillon.

–Supongo que es cierto –respondió ella, aunque no sabía por qué él se comportaba de manera tan distante y cínica.

–Con esta luz te pareces mucho a tu madre –le dijo él de repente, y Laine sintió que se le helaba la sangre.

–¿Cómo lo sabes? Tú no la conocías.

–Cap tiene una fotografía. Te pareces mucho a ella.

–Pues sí –dijo Cap, que salía al porche con una bandeja de café. La puso en la mesita de cristal, se irguió y miró a Laine–. Es asombroso. Cuando la luz te ilumina de cierta manera, tienes una expresión en la cara... Pareces tu madre hace veinte años.

–Yo no soy Vanessa –dijo Laine, levantándose del asiento. La voz le temblaba de ira–. No me parezco en nada a Vanessa –repitió, y para su consternación, se le llenaron los ojos de lágrimas. Su padre la miró con asombro–. No quiero que me comparen con ella.

Estaba furiosa con los dos hombres y consigo misma. Se dio la vuelta y entró en la casa con un portazo. Al empezar a subir corriendo las escaleras, se topó con Miri. Se disculpó tartamudeando y se encerró en su habitación.

Laine estaba recorriendo el dormitorio por tercera vez cuando Miri entró.

–¿Qué es eso de correr y dar portazos en mi casa? –le preguntó, cruzándose de brazos.

Laine cabeceó y se sentó en la cama. Sin poder evitarlo, rompió a llorar. Miri chasqueó la lengua y se puso a murmurar palabras en hawaiano, y se acercó a ella. Pronto, Laine estaba acunada contra su pecho.

–Ese Dillon –murmuró Miri, mientras mecía a Laine.

–No ha sido Dillon –dijo Laine entre sollozos. Aquel consuelo maternal le resultaba totalmente nuevo y abrumador–. Sí, ha sido él... han sido los dos. Yo no me parezco a ella, Miri. No me parezco en nada a ella.

–Claro que no –dijo Miri, dándole unas palmaditas en los rizos–. ¿A quién no te pareces?

–A Vanessa –dijo Laine, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano–. A mi madre. Los dos me estaban mirando, diciéndome que

soy igual que ella.

–¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Todas estas lágrimas porque te pareces a ella? Miri la apartó de sí, la tomó por los hombros y la zarandeó suavemente—. ¿Por qué malgastas en esto tus lágrimas? Creía que eras una chica lista, y resulta que te comportas como si fueras tonta.

–Tú no lo entiendes. No quiero que me comparen con ella. Vanessa era egoísta y deshonesto.

–Era tu madre –dijo Miri, con tanta autoridad que Laine se quedó boquiabierto—. De tu madre vas a hablar con respeto. Está muerta, e hiciera lo que hiciera, ya pasó. Debes enterrarlo, o nunca serás feliz. ¿Ellos te han dicho que eres egoísta y deshonesto?

–No, pero...

–¿Qué te dijo Cap Simmons? –preguntó Miri.

Laine exhaló un suspiro.

–Me dijo que me parezco a mi madre.

–¿Y te pareces, o ha mentido?

–Sí, supongo que me parezco, pero...

–Así que, tu madre era guapa, y tú eres guapa. ¿Tú sabes quién eres, Laine Simmons?

–Creo que sí.

–Entonces no tienes ningún problema –sentenció Miri. Le dio unos golpecitos en la mejilla y se levantó.

–Oh, Miri –dijo Laine, secándose de nuevo los ojos—. Haces que me sienta como una tonta.

–Tú haces eso, no yo. Yo no he dado portazos.

Laine suspiró por la lógica de Miri.

–Supongo que tengo que bajar a pedir disculpas.

Cuando se levantó, Miri se cruzó de brazos y le bloqueó el camino.

–No vas a hacer nada de eso.

Laine se quedó mirándola.

–Pero si acabas de decir que...

–He dicho que has sido tonta, y es cierto. Cap Simmons y Dillon también lo fueron. A ninguna mujer hay que compararla con otra mujer. Tú eres especial, única. Algunas veces, los hombres sólo ven la cara. Tardan más en ver lo que hay dentro. Así que no te disculpes. Deja que se disculpen ellos. Es lo mejor.

–Ya entiendo –dijo Laine, aunque no entendía nada. De repente se echó a reír–. Gracias, Miri, me siento mucho mejor.

–Bien. Ahora, a dormir. Yo voy a sermonear a Cap Simmons y a Dillon –dijo Miri, en tono de deleite.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Laine bajó las escaleras con un vestido de tirantes verde y suelto. Se sentía azorada después del incidente de la noche anterior, y se quedó un momento en la puerta del comedor. Dillon y su padre ya estaban sentados a la mesa, hablando. Al verla, Cap alzó su taza.

–Ah, hola, Laine.

Laine se sobresaltó al oír su voz.

–Buenos días –respondió ella, con la esperanza de que su estallido de la noche anterior no hubiera estropeado los ligeros progresos que había hecho con su padre.

–¿Es seguro pedirte que entres? –preguntó él con una sonrisa tímida, mientras le hacía un gesto–. Según recuerdo, tus enfados eran frecuentes, intensos, pero cortos.

Laine se sintió aliviada por el hecho de que él no le hubiera pedido disculpas de manera forzada, y ocupó su sitio en la mesa.

–Tienes buena memoria, aunque te aseguro de que ahora mis estallidos son poco frecuentes –respondió ella, y sonrió a Dillon. Quería enfrentarse al asunto con calma–. Buenos días, Dillon.

–Buenos días, Duquesa. ¿Café? –antes de que ella pudiera rechazarlo, él le estaba llenando la taza.

–Gracias –murmuró ella–. Es difícil de creer, pero me parece que hoy está más bonito que ayer. No creo que pudiera acostumbrarme nunca a vivir en el paraíso.

–Pues no has visto nada –comentó Cap–. Deberías subir a las montañas, o ir al centro de la isla. El centro de Kauai es uno de los lugares más húmedos del mundo. El bosque tropical es digno de verse.

–Sí, parece que las islas tienen mucha variedad –dijo Laine, jugueteando con el café–. No puedo creer que haya nada más bonito que esto.

–Te llevaré a dar una vuelta hoy –anunció Dillon. Laine lo miró fijamente.

–No quiero interferir con tu trabajo. Ya me has dedicado tiempo suficiente –dijo ella. Todavía no había recuperado el equilibrio con Dillon. Lo miró con inseguridad y con precaución.

–No te preocupes, puedo dedicarte más –dijo él, y se levantó bruscamente–. Voy a resolver unos cuantos asuntos, y volveré a las once. Hasta luego, Cap.

Después se marchó, sin esperar a que ella mostrara su acuerdo.

Miri entró con un plato lleno y se lo puso delante a Laine. Frunció el ceño al ver la taza de café.

–¿Por qué te sirves café si no te lo vas a tomar? –preguntó. Entonces tomó la taza y salió de la habitación.

Laine se puso a comer con un suspiro, preguntándose cómo iba a pasar aquel día. Y averiguó que la mañana pasaba rápidamente.

Como si le estuviera concediendo un gran favor real, Miri le permitió que cambiara el agua de los jarrones de flores que había por la casa. Laine estuvo unas cuantas horas en el jardín. No era un jardín como los que recordaba Laine de sus años de niñez en Norteamérica, ni como los jardines franceses. Aquél era un jardín exuberante, un enredo salvaje de verdes y otros colores. Las plantas no estaban organizadas siguiendo un diseño. Cuando entró de nuevo, Laine se ocupó de arreglar los jarrones. Recordó los narcisos que estarían floreciendo en su ventana, en el colegio. Y le pareció extraño no sentir ni la más mínima nostalgia, ni deseos de oír las suaves voces de las hermanas y de las estudiantes. Sabía que estaba muy cerca de considerar Kauai como su hogar. La idea de volver a Francia y a la vida que tenía allí la llenaba de pena.

En el despacho de su padre, Laine puso un jarrón de flores del

franchipán en el escritorio, y miró la fotografía de Cap y Dillon.

«Qué raro», pensó, «que los necesite tanto a los tres». Con un suspiro, metió la cara entre las flores.

–¿Te ponen triste las flores?

Se dio la vuelta bruscamente, y estuvo a punto de tirar el jarrón. Durante un momento, Dillon y ella se miraron sin hablar. Laine sintió la tensión entre ellos, aunque no supiera la causa.

–Hola. ¿Ya son las once?

–Casi las doce. Llego tarde –dijo Dillon. Se metió las manos en los bolsillos y la observó. Tras ella, el sol entraba por las ventanas y caía sobre su pelo–. ¿Quieres comer algo?

–No, gracias.

–¿Estás lista?

–Sí. Sólo tengo que decirle a Miri que me voy.

–Ya lo sabe.

Dillon atravesó la habitación y abrió la puerta de cristal. Se hizo a un lado para cederle el paso a Laine. Mientras se alejaban de la casa, él permaneció callado. Ella le concedió privacidad y se concentró en las vistas. A ambos lados de la carretera se alzaban colinas y montañas verdes. Dillon llevó el coche por una carretera que terminaba en un precipicio abrupto, en el que la tierra se rendía bruscamente al cielo y caía en un mar azul.

–Antes arrojaban antorchas de aceite kukui por los acantilados para entretener a los reyes –dijo Dillon de repente–. La leyenda cuenta que aquí viven los *menehune*. Los duendes –explicó, al ver la expresión confundida de Laine–. ¿Ves eso? –le preguntó, después de detener el coche, señalándole varios salientes de roca negra–. Eso es su escalera. Salen a pescar a la luz de la luna.

–¿Dónde están ahora? –le preguntó Laine con una sonrisa.

Dillon salió del coche.

–Ah, están ahí. Ahora se están escondiendo.

Laine se reunió con él para pasear por el borde del acantilado. Se le

colocó el corazón en la garganta al mirar hacia abajo y ver la altura impresionante sobre el mar, que rompía en oleadas contra las rocas.

Dillon, que no debía de tener vértigo, miró hacia el mar. La brisa le revolvía el cabello.

–Tienes la asombrosa capacidad de saber cuándo callar, y cuándo hacer que el silencio sea cómodo –comentó él.

–Parecía que estabas preocupado –dijo ella–. Pensé que estabas intentando resolver un problema.

–¿Sí? Quiero hablar contigo sobre tu madre.

Aquello fue tan inesperado que Laine tardó unos instantes en reaccionar.

–No.

Se dio la vuelta, pero él la agarró del brazo y la detuvo.

–Ayer te pusiste furiosa. Quisiera saber por qué.

–Fui una tonta, pero a veces, no soy capaz de controlar mi mal humor. Dillon, durante toda mi vida he aceptado quién soy. Me molesta cambiar eso ahora. No quiero que me comparen con Vanessa sólo porque haya cierto parecido físico.

–¿Crees que Cap estaba haciendo eso?

–Tal vez sí, tal vez no. Pero tú sí.

–¿De veras? ¿Y por qué sientes tanta amargura hacia tu madre, Laine?

–Ya no siento amargura, Dillon. Vanessa ha muerto, y esa parte de mi vida ha terminado. No quiero hablar de ella hasta que entienda mejor mis sentimientos.

–De acuerdo.

Ambos quedaron en silencio, azotados por el viento.

–Tengo más problemas contigo de los que había pensado –murmuró Dillon.

–No sé a qué te refieres.

–No –convino él–. Seguro que no.

Volvieron al coche, y durante el trayecto siguiente, Dillon habló

relajadamente. Su humor había mejorado, y Laine lo agradeció. El mundo era exuberante y todo estaba lleno de flores. Había musgo verde y brillante en los acantilados. Cuando Dillon frenó de nuevo, Laine no titubeó y aceptó su mano.

Él la llevó por un camino protegido bajo las palmeras, moviéndose como si conociera el terreno a la perfección. Laine oyó el murmullo del agua antes de entrar al claro. Se quedó sin respiración al ver una laguna escondida entre árboles gruesos, y alimentada por una suave cascada.

–¡Oh, Dillon, qué lugar más maravilloso! ¡No puede haber algo igual en todo el mundo!

Laine corrió hasta el borde de la laguna y se agachó para probar el agua. Estaba cálida.

–Si pudiera, vendría a bañarme aquí a la luz de la luna. Con flores en el pelo, y nada más.

–Ése es el único modo de bañarse en una laguna a la luz de la luna que está permitido, según las leyes de la isla.

Ella se echó a reír. Se giró hacia un arbusto y arrancó un hibisco rojo.

–Supongo que necesitaría una cabellera negra y larga y una piel bronceada para no desentonar.

Él le quitó la flor y se la colocó detrás de la oreja. Después de observar el efecto, le acarició la mejilla con un dedo.

–El marfil y el oro van perfectamente. En el pasado, te habrían adorado con toda la pompa y la ceremonia, y después te hubieran arrojado por un acantilado como ofrenda a los dioses celosos.

–No creo que eso me gustara mucho –dijo ella, y encantada, se dio la vuelta–. ¿Es un lugar secreto? Lo parece –comentó, mientras se quitaba los zapatos y se sentaba al borde de la laguna para meter los pies en el agua.

–Si tú quieres que lo sea... –Dillon se sentó a su lado, con las piernas flexionadas–. No está en la ruta turística.

–Es mágico, como la pequeña cala. ¿Tú lo notas, Dillon? ¿Te das

cuenta de lo maravilloso que es todo esto, o ya estás inmunizado?

–No soy inmune a la belleza.

Él le tomó la mano y se la besó. Ella abrió unos ojos como platos al sentir las corrientes de placer que le recorrieron el brazo. Con una sonrisa, Dillon le giró la mano y le besó la palma.

–No es posible que hayas vivido en París durante quince años y no te hayan besado nunca la mano. Lo he visto en las películas.

La ligereza de su voz ayudó a que ella recuperara la compostura.

–En realidad, todo el mundo está siempre besándome la mano izquierda. Me has asombrado un poco al besarme la derecha –dijo, y movió un poco los pies en el agua–. Cuando empiece a llover en otoño, y la humedad se cuele por las ventanas, recordaré esto. Después, cuando llegue la primavera y comiencen a florecer las plantas, y el aire huelga a flores, recordaré cómo era su fragancia aquí. Y cuando salga el sol, los domingos, iré al Sena y pensaré en esta cascada.

De repente comenzó a llover. Fue un chaparrón que no ocultó el sol. Dillon se puso en pie y llevó a Laine bajo las palmeras.

–Oh, el agua está caliente –dijo ella, extendiendo el brazo para capturar las gotas con la mano–. Es como si estuviera cayendo del sol.

–Los isleños lo llaman el sol líquido –dijo Dillon, y dio un pequeño tirón de su otra mano, para que Laine se refugiara de la lluvia–. Te vas a empapar. Me parece que te gusta mucho que se te moje la ropa.

–Sí, supongo que sí –respondió ella mirando a su alrededor, admirando el balanceo de las flores bajo la lluvia–. En esta isla hay muchas cosas sin alterar, sin estropear, como si nadie las hubiera tocado todavía. Cuando estábamos en el acantilado mirando al mar, me asusté. Siempre he sido una cobarde. Pero de todos modos era precioso, tan terroríficamente precioso que no podía apartar la mirada.

–¿Una cobarde? A mí me parece que eres intrépida. No sentiste pánico durante la tormenta de ayer.

–No, sólo me quedé al límite del pánico.

Él se echó a reír.

–También sobreviviste al pequeño espectáculo de la avioneta durante el viaje desde Oahu, sin gritar ni desmayarte.

–Eso es porque estaba enfadada –dijo Laine. Se apartó el pelo mojado de la cara y observó la fina cortina de agua–. Fue una maldad por tu parte.

–Sí, me parece que sí. Soy malo a menudo.

–Yo creo que eres más bueno que malo. Pero también pienso que no te gusta que te vean como a un hombre bueno.

–Ésa es una opinión rara, para conocerme desde hace tan poco tiempo.

Ella se encogió de hombros, y él frunció el ceño.

–Esa escuela tuya –dijo Dillon–, ¿qué tipo de escuela es?

–Un colegio como los demás, con niñas que se ríen y con normas que hay que romper.

–¿Es un internado?

–Sí, es un internado. Dillon, éste no es sitio para hablar de horarios ni de clases. Ya me ocuparé de ello dentro de poco tiempo. Éste es un sitio mágico, y por el momento quiero fingir que es mi casa. *Ah, regarde!* –dijo Laine, con un gesto de asombro–. *Un arc-en-ciel!*

–Supongo que eso significa arco iris –comentó él, y miró al cielo. Después, volvió a observar su rostro.

–¡Hay dos! –exclamó Laine–. ¿Cómo es posible que haya dos?

Los arco iris se extendían, altos y perfectos, y formaban dos curvas desde una montaña a la de al lado. El segundo arco iris era el reverso del primero. A medida que caían las gotas de lluvia, los colores se intensificaban y se extendían por el cielo como el brochazo de un pintor.

–Los arco iris dobles son corrientes por aquí –dijo Dillon, apoyándose contra el tronco de la palmera–. El viento sopla contra las montañas y forma una zona muy pluviosa. Lluve en una ladera de las montañas, mientras que en la otra hace sol. Entonces, el sol se filtra

por las gotas y...

–No, no me lo cuentes –lo interrumpió ella, agitando la cabeza–. Se estropearía si lo supiera. No quiero entenderlo –murmuró, aceptando su amor y los arco iris sin cuestionarlos, sin buscar la lógica–. Sólo quiero disfrutarlo –añadió, y echó la cabeza hacia atrás–. ¿Vas a besarme, Dillon?

Él no dejó de mirarla a los ojos. Le tomó la cara con ambas manos y, con delicadeza, le acarició las mejillas. En silencio, exploró los planos y los huecos de su cara con las yemas de los dedos, para aprender cómo era la textura de aquella piel de satén. Siguió con la boca el camino que seguían sus dedos, y Laine cerró los ojos, sabiendo que no había nada más dulce que sentir sus labios sobre la piel. Dillon, moviéndose lenta y gentilmente, le rozó la boca con los labios, como si se conformara con probar, con intentar, en vez de con devorar. Siguió moviendo la boca por su cuello, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de besarla. Le separó los labios con la lengua, y ella comenzó a notar los latidos ensordecedores de su corazón en los oídos. Él la llevó al límite de la razón con sus caricias tiernas, sensibles. A medida que crecía la necesidad, Laine lo atrajo hacia sí, y su cuerpo se movió contra el de él como una tentación inocente.

Dillon soltó un juramento antes de apartarla de sí. Ella se mantuvo abrazada a su cuello, y enterró los dedos en su pelo mientras él la miraba. Los ojos de Laine estaban llenos de pasión, pero ella ignoraba cuáles eran sus poderes de seducción. Pronunció su nombre con un suspiro y le dio un beso en ambas mejillas.

–Te deseo –le susurró Dillon, antes de besarla con fuerza. Y ella se plegó ante él como un sauce joven ante el viento.

Entonces él la acarició como si estuviera desesperado por conocer todos sus secretos, y ella, que nunca había sentido las caricias de un hombre, se deleitó con aquella búsqueda. Su cuerpo respondió con entusiasmo. Ella era la estudiante, y él, el profesor. Laine notó que le ardían la piel y las venas, y mientras el fuego extendía sus llamas, su

deseo creció. Se echó a temblar y murmuró su nombre.

Dillon separó su boca de la de ella, y la apoyó en su pelo antes de que ella pudiera buscar sus besos de nuevo. La mantuvo abrazada contra su pecho. Después la apartó de sí, se puso en pie y se dio la vuelta.

–Ha dejado de llover –dijo, con una voz extraña. Después, ella oyó que tomaba aire antes de girarse nuevamente–. Será mejor que nos vayamos.

Tenía una expresión indescifrable. Aunque lo intentó, Laine no fue capaz de encontrar palabras que pudieran llenar el hueco repentino y acabar con la distancia que se había creado entre ellos. Lo miró a los ojos, haciéndole preguntas que no podía formularle con los labios. Dillon abrió la boca, como si fuera a hablar, pero después la cerró de nuevo y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Laine bajó la mirada. Dillon le tomó la barbilla con los dedos, y le acarició los labios, todavía suaves por los besos. Negó con la cabeza, enérgicamente, y sin una palabra, la besó suavemente antes de alejarla de las palmeras.

Capítulo 9

Mientras el coche avanzaba por la carretera, el sol dominaba el cielo como una generosa bola dorada. Dillon charló relajadamente, como si la pasión sólo le perteneciera a una laguna bajo la lluvia. Mientras su mente no dejaba de trabajar febrilmente, Laine intentó ponerse a su altura.

Los hombres debían de ser más capaces de enfrentarse a las exigencias de su cuerpo que las mujeres con las de su corazón. Él había sentido deseo por ella; aunque no lo hubiera dicho, ella lo había notado. La urgencia, el poder de su abrazo habían sido inconfundibles. Laine notó que se ruborizaba al recordar su respuesta. Apartó la cara, como si estuviera embebida en la contemplación del paisaje, y se puso a pensar en qué podía hacer.

Iba a marcharse de Kauai dentro de una semana. Y ahora no sólo tendría que dejar a su padre, a quien había añorado durante toda su vida, sino al hombre que se había adueñado de su corazón. Tal vez estuviera destinada a amar aquello que nunca podría tener. Miri le había dicho que debía luchar como una mujer, pero ella no sabía por dónde empezar. A lo mejor debía empezar por la honestidad. Debería encontrar el modo de hablarle a Dillon de sus sentimientos. Si él supiera que ella no quería otra cosa que su afecto, tal vez tuvieran un comienzo. Encontraría la manera de quedarse allí un poco más de tiempo. Buscaría trabajo. Con el tiempo, tal vez él comenzara a sentir algo de verdad por ella. Laine se animó con aquellos pensamientos. De nuevo, se concentró en los alrededores.

–Dillon, ¿qué es eso? ¿Es bambú?

Se refería a hectáreas de cañas altísimas que bordeaban la carretera.

–Es caña de azúcar –respondió él, sin mirar a los campos.

–Es como una jungla –dijo Laine con fascinación. Asomó la cabeza por la ventanilla y dejó que el viento le azotara la cara–. No tenía ni idea de que creciera tanto.

–Suele alcanzar algo más de siete metros, pero no crece tan rápidamente como una jungla en esta parte del mundo. Para que llegue a su crecimiento completo hacen falta un año y medio o dos.

–Hay muchísima –dijo Laine, y lo miró, apartándose los rizos de la cara–. Supongo que es una plantación, aunque es difícil concebir que alguien pueda tener tanto. Supongo que hará falta muchísima mano de obra para recolectarla.

–Un poco –respondió Dillon. Tomó un camino que salía de la carretera principal y prosiguió–: La maleza se quema y después entran unas máquinas que cortan las plantas. Cortarlas a mano lleva mucho tiempo, así que la maquinaria reduce los costes de producción, aunque la mano de obra también sea barata. Además, es un trabajo miserable.

–¿Lo has hecho alguna vez? –preguntó ella.

–Una o dos veces. Por eso prefiero pilotar aviones.

Laine miró a su alrededor, a aquellos campos infinitos, preguntándose cuándo comenzaría la cosecha, intentando imaginarse a las máquinas avanzando entre aquellas cañas altísimas. Sin embargo, se olvidó de todo aquello al ver una casa blanca en la distancia. Era alta, de líneas coloniales, y tenía pilares. Estaba situada entre unos jardines exuberantes, y las parras colgaban de las amplias balconadas. Las ventanas eran altas, estrechas, con contraventanas grises. La casa parecía antigua, cómoda, con vida. De no haber sido por el follaje tropical, Laine hubiera pensado que estaba viendo una plantación de Luisiana.

–Qué casa más bonita. Seguro que desde esos balcones se ven kilómetros y kilómetros –dijo Laine. Entonces se volvió hacia Dillon sorprendida, puesto que él detuvo el coche–. Esto es una finca privada, ¿no? ¿Podemos pasear por aquí?

–Claro –dijo Dillon, y salió del coche–. Es mía.

Entonces se inclinó hacia la ventanilla de Laine y le preguntó:

–¿Vas a quedarte ahí sentada, con la boca abierta, o vas a entrar conmigo?

Laine salió rápidamente del coche y se puso a su lado.

–¿Es que te esperabas que viviera en una cabaña con una hamaca? – le preguntó él.

–Pues no, no sé exactamente qué me esperaba, pero... –ella miró a su alrededor con un gesto de desconcierto. Entonces, sintió una punzada de alarma–: Los campos de caña de azúcar también son tuyos? –preguntó.

–Van con la casa.

A Laine se le formó un nudo en el estómago, pero no dijo nada. Dillon la guió hacia la entrada. Subieron los escalones y entraron por una enorme puerta de caoba. Dentro, en el vestíbulo, había una gran escalinata de madera brillante. Laine tuvo una rápida sensación de acuarelas y tallas de madera mientras Dillon atravesaba rápidamente el vestíbulo y entraba en un salón.

Allí, las paredes estaban pintadas de color crema, y los muebles eran antiguos y oscuros. La alfombra era de un delicado *petit point* y estaba un poco descolorida, y los suelos eran también de madera. Las cortinas estaban abiertas y dejaban a la vista, a través de las ventanas, un césped bien cuidado.

–Siéntate –le dijo Dillon, y le indicó una butaca–. Voy a buscar algo fresco para tomar.

Laine asintió. Se alegró de tener tiempo para organizarse las ideas. Escuchó hasta que los pasos de Dillon se alejaron del todo.

Observó la habitación lentamente. Pese a su discreción, el ambiente era de riqueza. Laine no había asociado la riqueza con Dillon O'Brian, y para ella era un obstáculo insuperable. Su declaración de amor nunca sería aceptada como algo puro. Él pensaría que la razón era su dinero. Laine cerró los ojos y emitió un suave gemido de desesperación. Se

levantó y se acercó a una ventana, e intentó enfrentarse a las esperanzas perdidas.

Ojalá nunca hubiera ido allí, y nunca hubiera visto lo que era él en realidad. Por lo menos, así podría haberse aferrado a la esperanza un poco más. Al oír la llegada de Dillon, Laine intentó recuperar la compostura. Cuando él entró, ella sonrió.

–Dillon, tu casa es muy bonita –dijo. Después de aceptar el vaso que él le tendió, Laine volvió a sentarse.

–Está bien.

Él se sentó frente a ella, y arqueó la ceja al percibir la formalidad de su tono de voz.

–¿La construiste tú?

–No, mi abuelo. Era marinero, y decidió que Kauai era lo mejor, después del mar.

–Sí. Me daba la impresión de que era antigua –dijo Laine. Le dio un sorbito a su bebida, sin saborearla–. Pero a ti te parecieron mejor los aviones que el mar o los campos.

–Los campos tienen su propósito –dijo Dillon–. Dan beneficios, dan trabajo a los habitantes de la isla y dan un uso a la tierra. Es un cultivo rentable, y gestionarlo sólo me lleva una parte del tiempo.

Mientras Dillon dejaba su vaso en una mesilla, Laine tuvo la impresión de que estaba tomando una determinación.

–Mi padre murió un par de meses antes de que yo conociera a Cap. Ninguno de los dos sabía qué hacer, pero, además, yo estaba enfadado. Él estaba... como siempre –dijo Dillon, y se encogió de hombros–. Encajamos bien. Él tenía un avión de pasajeros, y lo usaba para llevar y traer a viajeros entre las islas. Yo estaba deseando aprender a pilotar, y Cap necesitaba enseñar. Yo necesitaba equilibrio, y él necesitaba darlo. Un par de años después empezamos a planear el aeropuerto.

Laine miró su vaso.

–¿Y lo construisteis con tu dinero?

–Como te he dicho, la caña de azúcar tiene sus usos.

–¿Y la bahía a la que fuimos a bucear? ¿También es tuya?

–Sí.

–¿Y la casa de mi padre? ¿También está en tu propiedad?

–Bueno, Cap le tenía cariño a esa parcela, así que la compró.

–¿Te la compró a ti?

–Sí, a mí. ¿Hay algún problema?

–No. Lo único que ocurre es que estoy empezando a ver las cosas con mucha más claridad. Parece que tú eres más hijo de mi padre de lo que yo seré nunca.

–Laine... –dijo Dillon con un suspiro. Entonces se levantó y comenzó a pasearse por la habitación con una súbita inquietud–. Cap y yo nos entendemos bien. Nos conocemos desde hace casi quince años. Él ha estado a mi lado durante casi la mitad de mi vida.

–No te estoy pidiendo justificaciones, Dillon. Siento que te lo haya parecido. Cuando vuelva a Francia, la semana que viene, me alegraré de saber que mi padre te tiene a ti.

–¿La semana que viene? –preguntó Dillon, y dejó de caminar al instante–. ¿Vas a marcharte la semana que viene?

–Sí. Sólo puedo quedarme dos semanas. Tengo que volver a mi vida.

–Estás dolida porque Cap no ha respondido como esperabas.

Ella se sorprendió por sus palabras y por la delicadeza de su tono de voz, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la calma.

–He cambiado de opinión... en cuanto a muchas cosas. Pero, por favor, Dillon, preferiría no hablar de esto. Me resulta muy difícil.

–Laine, hay muchas cosas de las que tú y yo tenemos que hablar, aunque sean difíciles. No puedes seguir cerrándote en banda. Quiero...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta, y él, después de soltar un juramento en voz baja, fue a responder.

Una voz musical y ligera llegó hasta la habitación. Cuando Orchid King entró en el salón, del brazo de Dillon, Laine la saludó con una sonrisa cortés.

–Hola, señorita Simmons –dijo Orchid–. Cuánto me alegro de volver a verla.

–Hola, señorita King –respondió Laine–. Usted misma dijo que la isla es pequeña.

–Sí, es cierto –Orchid sonrió, y Laine se acordó de un gato–. Espero que haya tenido ocasión de ver algo.

–He llevado a Laine a hacer una excursión esta mañana –dijo Dillon. Él estaba mirando a Laine, y no advirtió el fuego de los ojos de Orchid.

–Seguro que no hay un guía mejor –dijo Orchid–. Me alegro mucho de que estés en casa, Dillon. Quería asegurarme de que vas a ir al *luau* mañana por la noche.

Se giró para quedar frente a él, de modo que, con sutilidad, excluyó a Laine de la conversación. Después continuó:

–No sería divertido si tú no fueras.

–Estaré allí –dijo Dillon–. ¿Vas a bailar?

–Por supuesto. Tommy me lo ha pedido.

Dillon sonrió, y miró a Laine.

–Tommy es el sobrino de Miri. Va a celebrar su *luau* anual mañana. Creo que te van a gustar tanto la comida como el entretenimiento.

–Oh, sí –dijo Orchid–. Nadie debería irse de estas islas sin asistir a un *luau*. ¿Tiene pensado ver las otras islas durante sus vacaciones?

–Me temo que eso tendrá que esperar a otra ocasión. El propósito de mi visita actual es ver a mi padre y conocer su casa.

Con algo de impaciencia, Dillon se soltó del brazo de Orchid.

–Tengo que ir a ver a mi capataz. ¿Por qué no le haces compañía a Laine durante unos minutos?

–Claro –dijo Orchid–. ¿Cómo van las obras?

–Bien. Creo que podré mudarme dentro de un par de días sin ser una molestia –respondió él. Incluyó la cabeza hacia Laine y salió.

–Señorita Simmons, siéntase como en su casa –dijo Orchid, asumiendo rápidamente el papel de anfitriona–. ¿Le apetece tomar algo? ¿Tal vez una bebida fría?

–Gracias, pero no. Dillon ya se ha ocupado de eso.

–Parece que pasa mucho tiempo en compañía de Dillon –comentó Orchid mientras se sentaba–. Sobre todo, para ser alguien que ha venido a ver a su padre.

–Dillon ha sido muy generoso con su tiempo.

–Oh, sí. Dillon es un hombre generoso. Es fácil malinterpretar su generosidad, a menos que una lo conozca tan bien como yo. Es encantador.

–¿Encantador? Qué raro. Ése no es el adjetivo que a mí me viene a la mente. Pero claro, usted lo conoce mejor que yo.

–Señorita Simmons, tal vez podamos dejar la charla de cortesía y hablar con claridad, ahora que estamos a solas.

–Como quiera, señorita King.

–Tengo intención de casarme con Dillon.

–Me parece muy bien –dijo Laine, con el corazón encogido–. Espero que Dillon conozca sus intenciones.

–Dillon sabe que lo quiero –dijo Orchid con irritación ante la calma de Laine–. Y a mí no me gusta que esté con usted.

–Es una lástima, señorita King, pero, ¿no cree que está hablando de esto con la persona equivocada? Seguro que sería más provechoso que se lo dijera a Dillon.

–No creo que eso sea necesario –dijo Orchid con una sonrisa–. Seguro que podemos arreglar esto entre las dos. ¿No le parece que decirle a Dillon que quería aprender a pilotar una avioneta está un poco trillado?

Laine sintió una punzada de ira al saber que Dillon le había contado aquello a Orchid.

–¿Trillado?

Orchid hizo un gesto de impaciencia.

–Dillon está distraído con usted en este momento, tal vez porque es todo un contraste con el tipo de mujer que él ha preferido siempre. Sin embargo, el físico de leche y miel no le mantendrá interesado

durante mucho tiempo –afirmó la muchacha. Su voz musical se endureció–. La sofisticación y la frialdad no le dan calor a un hombre, y Dillon es muy hombre.

–Sí, eso ya me lo ha dejado claro –dijo Laine, sin poder resistirse.

–Se lo voy a advertir una sola vez –siseó Orchid–. Aléjese de Dillon. Puedo hacer que las cosas se vuelvan muy incómodas para usted.

–Seguro que sí, pero yo ya he estado incómoda más veces.

–Dillon puede ser muy vengativo si piensa que lo han engañado. Va a terminar perdiendo más de lo que haya apostado.

–¡Por el amor de Dios! –dijo Laine, poniéndose en pie–. ¿Así es el juego? Yo no quiero nada de esto. Rugiendo y silbando como si fuéramos gatos detrás de un ratón. Esto no es digno de Dillon.

–Todavía no hemos empezado a jugar –dijo Orchid, satisfecha con la agitación de Laine–. Si le gustan las reglas, máchese. No pienso soportarla más.

–¿Soportarme? A mí no tiene que soportarme nadie, señorita King. Usted no tendría que preocuparse por una mujer que se marcha dentro de una semana. Su falta de confianza es tan patética como sus amenazas.

Orchid se levantó también al oír aquello, con los puños apretados.

–¿Qué quiere de mí? –le preguntó Laine–. ¿Quiere que le asegure que no voy a entrometerme en sus planes? Muy bien, pues se lo aseguro encantada. Dillon es suyo.

–Eso es muy generoso por tu parte.

Al oír aquello, Laine se dio la vuelta rápidamente y vio a Dillon apoyado en el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados y los ojos muy oscuros.

–Oh, Dillon, qué rápido has vuelto –dijo Orchid.

–Parece que no lo suficientemente rápido –respondió él, mirando a Laine a los ojos–. ¿Cuál es el problema?

–Sólo estábamos charlando, Dillon –contestó Orchid, que se había recuperado, y se acercó a su lado–. Laine y yo nos estábamos

conociendo.

–Laine, ¿qué ocurre?

–Nada importante. Si no te importa, me gustaría volver a casa.

Sin esperar respuesta, Laine tomó su bolso y salió hacia el vestíbulo.

Dillon la detuvo poniéndole la mano en el hombro.

–Te he hecho una pregunta.

–Y yo ya te he respondido –dijo ella–. No voy a someterme a más interrogatorios. Tú no tienes derecho a cuestionarme. Yo no soy nada para ti. No tienes derecho a criticarme como has hecho desde el primer momento. No tienes derecho a juzgarme. Y no tienes derecho a cortejarme sólo porque te divierta.

Corrió con un revoloteo de faldas, y él vio que la puerta se cerraba tras ella.

Capítulo 10

Laine pasó el resto del día en su habitación. Intentó no recordar la escena que había tenido lugar en casa de Dillon, ni el trayecto posterior, que había transcurrido en absoluto silencio. Ella no estaba segura de cuál de las dos cosas había sido más angustiosa. Tenía la sensación de que ellos dos no podían tener una relación cordial durante más de unas horas seguidas. Claramente, había llegado el momento de volver a casa, así que comenzó a hacer planes. Después de revisar sus finanzas, se dio cuenta de que no tenía suficiente dinero para comprar un billete de avión.

Después de volver estaría sin un franco. Sus ahorros se habían esfumado, porque había tenido que hacer frente a las deudas de su madre, y el billete de avión había acabado con los restos. No podía volver a Francia sin dinero. Si había cualquier complicación, no podría solucionarla. «¿Por qué no lo pensé antes de venir? Ahora me he colocado en una situación muy difícil».

Laine se masajeó las sienes mientras intentaba pensar con claridad. No quería pedirle dinero a su padre, y por orgullo, tampoco se lo pediría a sus amigos. Así pues, se acercó a su tocador y abrió una cajita. Observó, durante unos minutos, el relicario de oro que contenía. Era un regalo que le había hecho su padre a su madre, y Vanessa se lo había dado a ella cuando había cumplido los dieciséis años. Recordó la alegría que había sentido al recibir algo de su padre, aunque fuera indirectamente. Lo había llevado habitualmente hasta que se había vestido para su vuelo hacia Hawai. Al pensar en que podría causarle dolor a su padre, lo había guardado en su caja. Era lo único de valor que poseía, pero tenía que venderlo.

Se abrió la puerta de su habitación, y Laine escondió la caja tras la

espalda. Miri entró envuelta en colores, y al ver las mejillas ruborizadas de Laine, frunció el ceño.

–¿Has hecho algo?

–No.

–Entonces, no pongas cara de culpabilidad. Toma –le dijo, y extendió un paño de azul brillante y blanco sobre la cama–. Es para ti. Llévalo al *luau* de mañana.

–Oh... ¡Es precioso! –dijo Laine, mirando la maravillosa tela de seda, y sintiendo ya su magia contra la piel–. Es precioso, pero no puedo aceptar algo así.

–¿No te gusta mi regalo? –le preguntó Miri airadamente–. Eres muy maleducada.

–Oh, no, no –se apresuró a decir Laine–. Es una maravilla, de verdad. Pero es que...

–Deberías aprender a dar las gracias y a no discutir. Esto le quedará bien a tus Huesitos –dijo Miri con satisfacción–. Mañana te enseñaré a ponértelo.

Laine, sin poder evitarlo, acarició la tela. La combinación de su deseo y de la mirada penetrante de Miri fue demasiado poderosa. Laine se rindió con un suspiro.

–Gracias, Miri. Eres muy buena.

–Mucho mejor –dijo Miri–. Eres una niña muy guapa. Deberías sonreír más. Cuando uno sonrío, la tristeza se va.

Laine, que tenía la sensación de que la cajita le pesaba como una piedra en la mano, se la mostró a Miri.

–Miri, me preguntaba si tú sabrías dónde puedo vender esto.

Miri acarició el oro con un dedo, y después miró a Laine con el ceño fruncido.

–¿Por qué quieres vender una cosa tan bonita? ¿No te gusta?

–Sí, me gusta mucho. Necesito el dinero.

–¿Dinero? ¿Para qué necesitas dinero?

–Para el billete de avión y los gastos de la vuelta a Francia.

–¿No te gusta Kauai?

–Kauai es maravilloso. Me encantaría quedarme aquí para siempre. Pero tengo que volver a trabajar.

–¿Qué haces allí?

–Soy profesora.

–¿Y no te pagan por enseñar? ¿Qué has hecho con el dinero?

–Había... había deudas, y yo... yo...

–¿Tenías deudas?

–Bueno, no... yo no...

Laine suspiró de frustración, y comenzó a explicarle la montaña de deudas que había encontrado después de la muerte de su madre, la necesidad de venderlo todo, y después, de seguir pagando con sus propios recursos. A medida que iba contándolo, sentía que los restos de su resentimiento se disipaban. Miri no interrumpió el recital, y Laine se dio cuenta de que aquella confesión la había purgado de su amargura.

–Entonces, cuando encontré la dirección de mi padre entre sus papeles personales, aproveché lo que me quedaba para venir. Me temo que no planeé bien las cosas, y para volver...

–¿Y por qué no se lo dices a Cap Simmons? Él no permitiría que su hija vendiera una joya. Es un buen hombre, y no va a tenerte en un país extraño contando el dinero.

–Él no me debe nada.

–Es tu padre.

–Pero él no es el responsable de la situación que creó Vanessa, y yo también, por culpa de mi impulsividad. Pensaría que... No. No quiero que lo sepa. Para mí es muy importante que no lo sepa. Tienes que prometerme que no se lo vas a decir.

–Eres una muchacha muy terca, pero está bien. Mañana te presentaré a mi sobrino, Tommy. Pídele que le eche un vistazo a esto. Es joyero, y te dará un precio justo.

–Gracias, Miri –le dijo Laine, un poco más relajada.

Mimi asintió.

–¿Lo has pasado bien con Dillon?

–Fuimos a su casa –respondió Laine–. Es muy impresionante.

–Sí, muy bonita. Mi prima cocina allí, pero no tan bien como Miri.

–La señorita King pasó de visita.

–Pfff.

–Tuvimos una conversación desagradable cuando Dillon nos dejó a solas. Cuando él volvió... le grité.

Miri se echó a reír.

–¿Así que sabes gritar? Me habría gustado verlo.

–Creo que a Dillon no le pareció divertido –respondió Laine, y pese a todo, sonrió.

–Oh, ése –dijo Miri, secándose los ojos–. Está demasiado acostumbrado a salirse con la suya con las mujeres. Es demasiado guapo, y tiene demasiado dinero. Es un buen jefe, y trabaja en los campos cuando es necesario. Es ingeniero, y tiene un gran cerebro –le explicó a Laine–. Todavía es un mal chico, pero es listo y muy importante. Aunque, piense lo que piense, no conoce a las mujeres. Sólo conoce a los aviones –sentenció. Le dio una palmadita a Laine en la mejilla y señaló la seda–. Mañana ponte eso, y una flor en el pelo. Habrá luna llena.

Era una noche de plata y terciopelo. Desde la ventana, Laine veía diamantes de luna en el mar. La brisa le acariciaba los hombros desnudos, y ella pensó que aquella noche era perfecta para celebrar un *luau* bajo las estrellas.

No había vuelto a ver a Dillon desde el día anterior. Él había vuelto a casa mucho después de que ella se acostara, y se había marchado antes de que ella se levantara. Laine estaba decidida a que aquel último encuentro no estropeará la belleza de la noche. Sólo le quedaban unos cuantos días en su compañía, y se esforzaría para que

fueran agradables.

Se apartó de la ventana y se miró al espejo. Los hombros se alzaban como el mármol desde la tela brillante del pareo. En su reflejo discernía algunos cambios, pero no conocía la causa. No se había dado cuenta de que, durante aquellos últimos días, había dejado de ser una niña para siempre, y se había convertido en una mujer. Por fin, salió de su dormitorio. Oyó la voz de Dillon en la escalera, y caminó hacia ella.

–Vamos a cosechar el mes que viene, pero si supiera el horario de reuniones con antelación, podría...

Su voz se acalló cuando vio a Laine. La observó de arriba abajo. A Laine se le aceleró el pulso.

Cap, que estaba tomando una copa, notó el ensimismamiento de Dillon, y siguió su mirada.

–Vaya, Laine –dijo su padre mientras se ponía en pie. Se acercó a ella y le tomó ambas manos–. Qué visión más bella.

–¿Te gusta? –preguntó con una sonrisa. Después se miró el pareo–. Todavía no estoy acostumbrada a llevarlo.

–Me gusta mucho, pero estaba hablando sobre ti. Mi hija es una mujer muy guapa, ¿verdad, Dillon?

–Sí –dijo Dillon, desde detrás de Cap–. Muy guapa.

–Me alegro de que esté aquí –dijo, y le apretó suavemente los dedos–. La he echado de menos.

Se inclinó, le besó la mejilla a Laine y después se volvió hacia Dillon.

–Marchaos. Yo voy a ver si Miri está lista, que no lo estará. Llegaremos más tarde.

Laine observó cómo se alejaba su padre. Se acarició la mejilla, incapaz de creer que un gesto tan pequeño la hubiera afectado tanto.

–¿Estás lista?

Laine asintió, y notó que Dillon le posaba las manos en los hombros.

–No es fácil cruzar un abismo de quince años, pero tú ya has dado un paso.

Ella se sorprendió al notar un tono de apoyo. Parpadeó para deshacerse de las lágrimas y se dio la vuelta hacia él.

–Gracias. Para mí significa mucho que digas eso. Dillon, ayer, yo...

–Ahora no tenemos por qué preocuparnos de ayer –respondió él. Su sonrisa era a la vez una disculpa y una aceptación de la de ella. Fue fácil devolvérsela. Él la observó durante un instante, y después le besó la mano–. Eres increíblemente bella, como una flor en una rama alta e inalcanzable.

Laine se quedó muda. Sólo podía mirarlo.

–Vamos –dijo Dillon, y de la mano, la llevó hasta la puerta. Cuando estaban en el coche, en tono jovial, siguió hablando–. Deberías probar toda la comida. Eres una dama muy pequeñita, ¿sabes?

–Eso es sólo porque tú me miras desde una altura intimidante –replicó ella–. ¿Qué se hace en un *luau*, Dillon? Creo que sería un insulto rechazar el pescado crudo, pero no voy a poder comerlo.

–No lanzamos a los continentales al mar por delitos menores. No tienes demasiadas caderas –comentó–, pero tal vez puedas intentar bailar el aro.

–Estoy segura de que mis caderas son adecuadas, y sin duda, lo serán más si Miri se sale con la suya –dijo Laine–. ¿Tú bailas, Dillon?

Él sonrió.

–Prefiero mirar. Para bailar bien con el aro se necesitan años de práctica. Esas bailarinas son muy buenas.

–Ah. ¿Y habrá mucha gente en el *luau*?

–Ummm. Más o menos cien personas.

–Cien –repitió Laine.

Intentó no recordar las fiestas atestadas y pretenciosas de su madre. Tanta gente, tantas peticiones, tantos ojos.

–Tommy tiene muchos parientes.

–Cuánto me alegro por él –murmuró Laine, y pensó en las ventajas de las familias pequeñas.

Capítulo 11

El sonido primitivo de los tambores vibraba en el aire, lleno del aroma de la carne asada. Había antorchas colocadas en estacas, y sus llamas anaranjadas parpadeaban contra el cielo nocturno. Para Laine, aquello fue como volver atrás en el tiempo. El césped estaba lleno de invitados, algunos de ellos ataviados con trajes tradicionales, y otros, como Dillon, en pantalones vaqueros. Había carcajadas y mezcla de idiomas. Laine miró a su alrededor, fascinada con la escena y los olores.

Sobre una gran estera de fibras vegetales había cuencos y bandejas de madera llenos de manjares misteriosos. Había chicas de pelo negro, vestidas de nativas, arrodilladas, sirviendo comida para los invitados. Los hombres, con el pecho desnudo, tocaban tambores cónicos y altos.

Laine se dejó llevar por el ambiente. Parecía que había una amistad universal, una alegría sin complicaciones por el mero hecho de existir.

Pronto se sentaron en la hierba, y entre Cap y Dillon, vio cómo le llenaban el plato de maravillas desconocidas. Cuando sacaron el cerdo asado del *imu* excavado en la tierra, hubo vítores de alegría. Ella hundió los dedos en una salsa y la probó. Después arrugó la nariz, y Dillon se echó a reír.

–Tal vez es algo a lo que se le va tomando el gusto con el tiempo – sugirió mientras se limpiaba los dedos con la servilleta.

–Toma –le dijo Dillon, y levantó un tenedor para que ella probara algo diferente. Laine obedeció, de mala gana.

Se sorprendió, porque encontró delicioso aquel bocado.

–Está muy rico. ¿Qué es?

–*Laulau*.

–Vaya, no es muy esclarecedor.

–Si está bueno, ¿qué más tienes que saber? –preguntó él, y ella arqueó las cejas–. Es cerdo con piña, hecho al vapor en hojas –le explicó, agitando la cabeza–. Prueba esto –dijo, y volvió a levantar el tenedor. Laine aceptó sin titubear.

–Oh, ¿qué es? Nunca lo había probado.

–Calamar –respondió él, y se echó a reír al ver la cara de horror de Laine.

–Creo –dijo ella con dignidad– que voy a limitarme al pollo con piña.

–Así nunca te van a crecer las caderas.

–Aprenderé a vivir con ellas. ¿Qué es esa bebida? No –decidió, al oír la risa de su padre–. Será mejor que no lo sepa.

Laine evitó el calamar y disfrutó de los demás platos. De vez en cuando, alguien se acercaba y se agachaba junto a ellos para saludarlos o contarles una historia. Laine recibió un trato amistoso y natural, y pronto se sintió relajada. Parecía que su padre estaba cómodo con ella, y aunque Dillon y él disfrutaban de una relación que la excluía, ya no se sentía como una intrusa. La música y la risa, y el perfume embriagador de la noche, eran como un hechizo. Laine pensó que nunca había tenido una conciencia tan intensa de todo lo que la rodeaba.

De repente, los tambores comenzaron con un ritmo muy rápido. Alcanzaron un pico y después, el toque cesó. Todos se quedaron en silencio mientras Orchid salía al centro del círculo de antorchas. Su piel brillaba, y tenía los ojos dorados y arrogantes. Era seductora, perfecta, y su cuerpo sólo estaba cubierto con una breve camiseta y un pañuelo de tela atado a las caderas. Sensual, tentadora, comenzó a moverse cuando los tambores sonaron de nuevo, y Laine se dio cuenta de que tenía los ojos fijos en Dillon. La sonrisa ligera que le estaba dedicando era de complicidad. La danza fue incrementado su velocidad. A medida que los tambores se hacían más insistentes, sus movimientos se hicieron más abandonados. Su cara permanecía calmada y

sonriente sobre su cuerpo ondulante. Y entonces, bruscamente, cesaron la danza y los tambores. Todo el mundo aplaudió.

Orchid le lanzó a Laine una mirada de triunfo antes de quitarse la flor del pelo y lanzársela a Dillon al regazo. Con una carcajada suave, se retiró a las sombras.

–Parece que te han hecho una invitación –comentó Cap, y frunció los labios–. Es asombroso. Me pregunto a cuántas revoluciones por minuto puede llegar.

Dillon se encogió de hombros y levantó su copa.

–¿A ti te gustaría moverte así, Huesitos? –Laine se volvió y vio que Miri estaba sentada al fondo. Tenía un aspecto majestuoso, sentada en una silla de ratán de respaldo alto–. Come para que no te choquen los huesos, y Miri te enseñará.

Laine se ruborizó por una mezcla de azoramiento y de lástima por no poder moverse con aquel abandono, Laine evitó la mirada de Dillon.

–Ahora no me chocan los huesos, pero creo que la habilidad de la señorita King es innata.

–Tú podrías aprender, Duquesa –le dijo Dillon sonriendo–. Me gustaría estar presente durante las clases, Miri. Como sabes, tengo buen ojo.

Entonces, miró hacia las piernas de Laine, siguió por su pareo hacia arriba y terminó en sus ojos.

Miri murmuró algo en hawaiano y Dillon se echó a reír y respondió en el mismo idioma.

–Ven conmigo –le dijo Miri a Laine, y tiró de ella para que se pusiera en pie.

–¿Qué le has dicho? –le preguntó Laine a Miri cuando se alejaron.

–Que es un gato muy grande arrinconando a un ratoncito.

–Yo no soy un ratoncito –respondió Laine con indignación.

Miri se echó a reír.

–Dillon también ha dicho que no. Dice que eres un pájaro con un

pico afilado y plumas muy suaves.

–Ah –dijo Laine. Sin saber si sentirse contenta o molesta con esa descripción, Laine se quedó callada.

–Le he dicho a Tommy que tienes una alhaja para vender –dijo Miri–. Puedes hablar con él ahora.

–Sí, claro –respondió Laine. Con la magia de aquella noche, se le había olvidado la joya.

Miri se detuvo frente al anfitrión del *luau*. Era un hombre menudo, moreno, con una sonrisa y una mirada agradables. A Laine le pareció que debía de tener unos cuarenta años, y lo había visto atender a los invitados con encanto.

–Habla con la hija de Cap Simmons –dijo Miri, mientras ponía la mano, de manera protectora, en el hombro de Laine–. Y pórtate bien con ella o te tiraré de las orejas.

–Sí, Miri –asintió él, con una mirada de diversión. Después observó cómo aquella montaña grácil se alejaba, y le pasó el brazo por el hombro a Laine para acercarla lentamente hacia un rincón más privado, entre los árboles.

–Miri es la matriarca de la familia –dijo con una carcajada–. Ella dirige con mano de hierro.

–Sí, ya me he dado cuenta. Es imposible decirle que no, ¿verdad?

–Nunca lo he intentado. Soy un cobarde.

–Le agradezco que me atienda, señor Kinimoko –comenzó Laine.

–Tommy, por favor, y así yo podré llamarte Laine –dijo él. Entonces ella sonrió, y a medida que caminaban, comenzó a oír el susurro del mar–. Miri me ha dicho que tienes una joya para vender. Me temo que no ha especificado mucho más.

–Es un relicario de oro –explicó Laine–. Tiene forma de corazón y una cadena trenzada. No sé cuál es su valor –dijo, e hizo una pausa. Lamentaba no poder hacer las cosas de otro modo–. Necesito el dinero.

Tommy miró su perfil, y después le dio una palmadita en el hombro.

–Entiendo que no quieras que lo sepa Cap. Bueno –dijo, mientras ella negaba con la cabeza–. Mañana por la mañana tengo una hora libre. Si quieres, puedo pasar por tu casa a las diez. Seguro que estarás más cómoda que viniendo a la tienda.

Laine oyó el crujido de unas hojas, y Tommy miró distraídamente hacia el sonido.

–Muchísimas gracias. Eres muy amable –dijo ella, y él se volvió a mirarla y sonrió–. Espero no estar causándote ningún problema.

–A mí me encanta tener problemas por las *wahines* guapas –respondió Tommy, sin apartar el brazo de su hombro, mientras la guiaba de nuevo hacia el sonido de los tambores y las guitarras–. Ya has oído a Miri. No querrás que me tire de las orejas, ¿verdad?

–Nunca me perdonaría ser responsable de eso. Le diré a Miri que te has portado muy bien con la hija de Cap Simmons, y dejará tus orejas en paz.

Laine se rió e inclinó la cara hacia él, mientras salían de entre los árboles.

–Te está buscando tu hermana, Tommy.

Al oír la voz de Dillon, Laine se sobresaltó a causa de la culpabilidad.

–Gracias, Dillon. Te entrego a Laine. Cuida bien de ella –le aconsejó con gravedad–. Está bajo la protección de Miri.

–Lo tendré en cuenta.

Dillon observó a Tommy, en silencio, mientras él volvía a la fiesta, y se giró hacia Laine.

–Existe una vieja costumbre hawaiana –le dijo lentamente, y ella percibió un tono irritado en su voz– que acabo de inventarme, según la cual, cuando una mujer va a un *luau* con un hombre, no se va a pasear bajo los tamarindos con otro.

–¿Y me van a arrojar a los tiburones por haber violado las leyes? –preguntó Laine con una sonrisa, que se le borró de los labios al ver que él daba un paso hacia ella.

–No, Laine –dijo.

Él le rodeó el cuello con la mano.

–No tengo mucha práctica en guardar la compostura.

Ella se balanceó hacia él, y se rindió a una súbita oleada de necesidad.

–Dillon –murmuró.

Le ofreció los labios con sencillez, y sintió que él le apretaba suavemente el cuello. Apoyó las manos en su pecho y sintió los latidos de su corazón. El hecho de conocer el poder que él tenía sobre ella, y su propio anhelo, hicieron que se pusiera a temblar. Dillon emitió un suave gemido, y Laine lo vio luchando contra alguna emoción, vio que algo le pasaba por los ojos y desaparecía antes de que sus dedos se relajaran de nuevo.

–Una *wahine* que se queda entre las sombras durante una noche de luna llena debe recibir un beso.

–¿Es otra tradición hawaiana? –preguntó Laine, mientras él la abrazaba por la cintura y la estrechaba contra su cuerpo.

–Sí. Tiene unos diez segundos de antigüedad.

Dillon la besó con una ternura que Laine no esperaba. Al primer contacto su cuerpo se volvió líquido, y el placer se adueñó de ella. Oía el sonido de los tambores en la distancia, y su ritmo iba acelerándose, como los latidos de su corazón. Al sentir la tensión de los hombros de Dillon bajo la manos, ella lo acarició y pasó por su nuca para acercarlo más a ella. Podo después, él separó su boca de la de Laine, y la soltó.

–Más –murmuró Laine, y volvió a besarlo.

Entonces, el poder de aquel beso le borró todo de la mente, salvo el deseo. Ella percibía el sabor del hambre en sus labios, y notaba el calor de su carne. Parecía que el aire temblaba a su alrededor. En aquel momento, su cuerpo le pertenecía más a él que a ella. Si había un mundo aparte de sus caricias y sus labios, no tenía sentido para Laine. De nuevo, Dillon la separó, pero cuando habló, su voz era un susurro ronco.

–Vamos a volver antes de que se me ocurra otra tradición.

A la mañana siguiente, Laine se quedó en la cama mientras el sol comenzaba a inundar la habitación. No quería levantarse ni dejar de recordar el placer cálido que todavía sentía de la noche anterior. Tenía el sabor de los labios de Dillon en los de ella, y su olor masculino permanecía fresco y vital en sus sentidos. Revivió las sensaciones de estar entre sus brazos. Finalmente, con un suspiro, abandonó el lujo de la cama y se dispuso a encarar un nuevo día. Mientras se ataba la bata a la cintura, Miri entró en la habitación.

–Bueno, por fin te has levantado. Se te ha ido media mañana –le dijo con severidad, aunque con una mirada de indulgencia.

–Pero la noche duró más –respondió Laine, sonriendo.

–¿Te gustó la comida? –le preguntó Miri, asintiendo con astucia y sonriendo, también.

–Fue maravillosa.

Miri se echó a reír, y se dio la vuelta para marcharse.

–Voy al mercado. Mi sobrino ha venido a ver tu joya. ¿Quieres que te espere?

–Oh... no, no me había dado cuenta de que era tan tarde. No quiero molestarle. ¿Hay alguien más en casa?

–No. Ya se han ido.

Laine se miró la bata, y pensó que era una vestimenta adecuada.

–Tal vez pudiera subir a echarle un vistazo. No quiero que tenga que esperar.

–Él te dará una cantidad justa –repitió Miri, mientras salía–. O tú me lo dirás.

Laine sacó el pequeño estuche del cajón del tocador y abrió la tapa. El relicario brillaba como un rayo de sol. No tenía ninguna fotografía, pero de todos modos lo abrió y miró el interior vacío.

–Laine.

Ella se dio la vuelta y se las arregló para conseguir sonreír. Tommy

estaba en el umbral.

–Hola. Muchísimas gracias por haber venido. Perdóname, pero me he quedado dormida.

–Eso es un cumplido para el anfitrión del *luau* –dijo, e hizo una pequeña reverencia mientras se acercaba.

–Fue mi primera fiesta hawaiana, y sin duda, siempre será mi favorita –le dijo ella, y le tendió la caja. Después, mientras él examinaba el relicario, ella se apretó las manos.

–Es una bonita pieza –le dijo Tommy, por fin. Alzó la mirada y la observó con atención–. Laine, tú no quieres vender esto. Lo tienes escrito en la cara.

–No. Pero necesito hacerlo.

Tommy detectó la firmeza de su voz, y se encogió de hombros. Puso el relicario en su estuche.

–Puedo darte cuatrocientos dólares por él, aunque creo que para ti tiene mucho más valor.

Laine asintió y cerró la tapa del estuche cuando él se lo entregó.

–Eso está bien. Tal vez pudieras llevártelo ahora. Preferiría que lo tuvieras tú.

–Si tú quieres... –Tommy se sacó la cartera del bolsillo y contó unos billetes–. He traído un poco de dinero en efectivo. Creí que sería mejor que un cheque.

–Gracias –dijo ella.

Después de tomar el dinero, Laine miró al suelo hasta que él le puso la mano en el hombro.

–Laine, conozco a Cap desde hace mucho tiempo. ¿No quieres aceptar esto como un préstamo?

–No –dijo ella, negando con la cabeza, y sonrió para quitarle la dureza a la palabra–. No. Es muy amable por tu parte, pero tengo que hacerlo así.

–De acuerdo –respondió Tommy, y se guardó el relicario en el bolsillo–. Sin embargo, lo guardaré durante un tiempo, por si cambias

de opinión.

–Muchas gracias.

–Bueno, me marchó –le dijo él. Le tomó la mano y se la apretó suavemente–. Dile a Miri que me avise si cambias de parecer.

–Sí, lo haré.

Después de que se hubiera marchado, Laine se sentó pesadamente en la cama y miró el dinero que tenía en la mano. No podía hacer otra cosa, y al fin y al cabo, el relicario sólo era un poco de metal.

–Bueno, Duquesa, parece que has tenido una mañana muy rentable.

Laine alzó la cabeza y se encontró con Dillon, que la estaba observando con frialdad. Se acercó a ella, le quitó el dinero de la mano y lo dejó sobre la mesilla de noche.

–Tienes clase, Duquesa –dijo Dillon–. Yo diría que es un buen precio para una sola mañana de trabajo.

–¿De qué estás hablando?

–Me parece que está bien claro. Supongo que le debo una disculpa a Orchid. Cuando ella me habló sobre este pequeño acuerdo, respondí de muy mala manera. Eres muy rápida, Laine. Creo que anoche no estuviste con Tommy más de diez minutos. Debiste de hacerle una buena oferta.

–No sé por qué estás tan enfadado –dijo ella. No entendía cómo era posible que la venta de un relicario le enfureciera tanto–. Supongo que la señorita King escuchó nuestra conversación de ayer. Pero tampoco sé por qué fue a contártela.

–¿Cómo te las has arreglado para deshacerte de Miri mientras atendías a tus negocios? Ella tiene un código moral muy estricto. Si se entera de cómo estás ganando dinero, es posible que no le guste nada.

–¿Qué dices...? –entonces, Laine lo comprendió todo. «No el relicario, sino yo misma...». Palideció–. No es posible que creas que yo... –se le quebró la voz al ver su mirada de condena–. Esto es despreciable por tu parte, Dillon. Nada de lo que me has dicho hasta

ahora, ninguna de tus acusaciones, puede compararse con esto. No voy a permitir que me insultes de esta manera.

–¿De veras? –Dillon la tomó por el brazo y la puso en pie–. ¿Tienes alguna explicación lógica para el hecho de que Tommy te haya visitado y te haya dado dinero? Vamos, te escucho.

–Perdona, pero la visita de Tommy y el dinero son asunto mío. Tus conclusiones no se merecen ninguna explicación mía. El hecho de que te hayas creído las mentiras de Orchid, y que hayas venido a comprobar si eran ciertas, significa que no tenemos nada más que decirnos el uno al otro.

–No he venido a comprobar nada. Vine porque pensaba que querías volver a volar en la avioneta. Tú dijiste que querías aprender a pilotar, y yo dije que iba a enseñarte. Si quieres una disculpa, tendrás que darme una explicación.

–Ya te he dado suficientes explicaciones. Más de las que te mereces. Preguntas, siempre preguntas. Nunca confianza –le recriminó ella, despidiendo fuego azul por los ojos–. Quiero que te marches de mi habitación. Quiero que me dejes en paz durante el resto del tiempo que pase en casa de mi padre.

Él le apretó el brazo, y ella se sobresaltó al sentir la presión.

–Me has engañado bien. Me lo tragué todo. Los ojos grandes, inocentes, la fragilidad virginal, la historia de que estabas buscando el afecto de tu padre y nada más. ¿Confiar? Me llevaste a un punto en el que confiaba en ti más que en mí mismo. Con todos esos estremecimientos, y con el rubor de tus mejillas –él la ciñó contra sí, casi levantándola del suelo.

–Dillon, me estás haciendo daño –dijo ella.

–Te deseaba –prosiguió él, como si Laine no hubiera hablado–. Anoche estaba sufriendo por ti, pero te traté con respeto y con contención. No deberías haberme engañado, Duquesa.

Ella sintió terror, y notó que se le aceleraba la respiración.

–El juego ha terminado, y voy a recoger el premio.

Entonces, Dillon silenció sus protestas con un beso de castigo. Aunque ella forcejeó entre sus brazos, no consiguió nada. La habitación giró, y se encontró aplastada contra el colchón. Luchó contra la intimidad de su boca y sus manos, y contra su cólera. Él la despojó de la bata y le hizo exigencias furiosas.

Lentamente, sus movimientos se alteraron. El castigo se convirtió en seducción, y comenzó a acariciarla. Dejó un rastro de fuego con los labios por su cuello. Con un sollozo que terminó en gemido, Laine se rindió, y su cuerpo se hizo dúctil bajo el de Dillon, y su voluntad se plegó a sensaciones totalmente nuevas. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no hizo ningún esfuerzo por contenerlas, ni por contener al hombre que las había provocado.

De repente, cesó todo movimiento. Dillon se quedó muy quieto. Se hizo el silencio en la habitación, sólo roto por los jadeos. Dillon alzó la cabeza y observó el camino que había seguido una de las lágrimas por la mejilla de Laine. Soltó un juramento muy elocuente, y se levantó. Se pasó una mano por el pelo y se dio la vuelta.

–Es la primera vez que me ocurre esto con una mujer –dijo con la voz ronca, y se giró de nuevo, a mirarla. Ella se quedó desfallecida. No hizo ningún intento de taparse, sino que se lo quedó mirando con los ojos de una niña herida–. No puedo enfrentarme a lo que me haces, Laine.

Dillon salió de la habitación. A Laine, el portazo le pareció el sonido más solitario que hubiera oído en la vida.

Capítulo 12

Estaba lloviendo sobre la hierba recién brotada de la primavera. Desde la ventana de su habitación, Laine vio que el verde se intensificaba con aquel baño matinal. Fuera se oía a las niñas, que iban de camino al desayuno, pero ella no sonrió al distinguir su charla en francés y en inglés. Todavía le costaba sonreír.

No habían pasado todavía dos semanas desde que Laine se había encontrado con Miri al salir de casa de su padre con las maletas. Al verla, Miri frunció el ceño y se cruzó de brazos. Después de las explicaciones que ella le había dado, la señora le hizo más preguntas, pero Laine se había mantenido firme y se había negado a posponer su viaje. Le había dejado una nota a su padre, que apenas contenía detalles; tan sólo una disculpa por su marcha repentina y la promesa de volver a escribirle en cuanto llegara a Francia. Sin embargo, Laine todavía no había reunido valor para hacerlo.

Los recuerdos de los últimos momentos con Dillon seguían angustiándola. Todavía percibía el perfume de las flores de la isla, y sentía el aire cálido y húmedo del mar. Veía la luna y recordaba su redondez sobre las hojas de las palmeras. Había pensado que todos aquellos recuerdos se desvanecerían con el tiempo, pero no era así.

«Esto es lo mejor», se dijo una vez más, mientras se preparaba para la jornada de trabajo. «Lo mejor para todo el mundo».

Su padre tenía una vida propia y se conformaría con la correspondencia ocasional. Y tal vez, algún día fuera a hacerle una visita a Francia. Laine sabía que ella nunca iba a poder volver a Hawai. Ella también tenía una vida, un trabajo y el consuelo de un entorno familiar. Su existencia sería tranquila y sin emociones. Cerró los ojos para no ver más la imagen de Dillon.

«Es demasiado pronto». Demasiado pronto para intentar pensar en él sin sentir dolor. Más adelante, cuando los recuerdos se hubieran debilitado, abriría aquella puerta. Cuando volviera a pensar en Dillon, sería para recordar la belleza.

Era más fácil olvidar siguiendo unos hábitos. Las clases le ocupaban la mañana y la tarde, y pasaba el resto del día llevando a cabo actividades para mantener ocupada la cabeza y las manos.

Siguió lloviendo todo el día. En el suelo de la clase de Laine caía, rítmicamente, la inevitable gotera. El edificio del colegio era muy viejo y estaba destartado. Las reparaciones siempre estaban a punto de terminarse, o a punto de empezarse, o en vaga consideración para el futuro. Las ventanas se cerraban para que no entrara la humedad, y las clases estaban casi en penumbra. Las estudiantes estaban lánguidas y faltas de atención. Su última clase de aquel día era para niñas inglesas que estaban justo al comienzo de la adolescencia, y que se aburrían mortalmente con la gramática francesa. Como era sábado, sólo había media jornada de lecciones, pero las horas pasaban lentamente. Laine se arrebujó en su chaqueta y pensó que aquella tarde estaría mejor aprovechada con un buen libro y un buen fuego en la chimenea que conjugando verbos en una clase oscura.

–Eloisa –dijo Laine–. Las siestas deben dejarse para después de las clases.

La niña abrió los ojos y sonrió con somnolencia, mientras sus compañeras se reían.

–Sí, *mademoiselle* Simmons.

Laine contuvo un suspiro.

–Tendréis la libertad en diez minutos. Por si se os había olvidado, hoy es sábado, y mañana es domingo.

Aquella información provocó murmullos de alegría, y unas cuantas de las niñas alzaron los hombros. Al ver que, por fin, había recuperado

su atención, Laine comenzó a conjugar el verbo *chanter*, y las niñas, a repetirlo. Sin embargo, la voz de la profesora se acalló cuando vio al hombre que estaba apoyado contra el marco de la puerta abierta, al final del aula.

–*Vous chantez* –terminaron las alumnas, y Laine se concentró de nuevo en ellas.

–Sí, muy bien. *Répétez*.

Obedientemente, las niñas siguieron recitando la lección con sus vocecitas musicales. Laine se encogió detrás de su escritorio mientras Dillon seguía observándola calmadamente. Cuando las alumnas quedaron en silencio, Laine se estrujó el cerebro para decirles cuáles eran los deberes que había planeado.

–*Bien*. Para el lunes debéis escribir frases usando los verbos que hemos aprendido hoy, en todas sus formas. Eloise, no vamos a considerar *Il chante* una frase muy imaginativa.

–Sí, *mademoiselle* Simmons.

Entonces, sonó la campana que indicaba que las clases habían terminado.

–No corráis –dijo ella, por encima del alboroto de pupitres y pies.

Se agarró las manos en el regazo y se preparó para su encuentro con Dillon.

Vio que las niñas soltaban risitas y cuchicheaban al pasar junto a él por la salida, y vio, con el corazón encogido, que él sonreía. Después, Dillon atravesó la sala a grandes zancadas y se quedó inmóvil ante ella.

–Hola, Dillon –dijo Laine rápidamente para poder disimular su confusión–. Parece que has impresionado a mis alumnas.

Él observó su rostro en silencio, mientras ella intentaba mantener la sonrisa en los labios. La oleada de emoción iba a ahogarla.

–No has cambiado –murmuró Dillon, por fin–. No sé por qué, pero tenía miedo de que hubieras cambiado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el estuche del relicario. Lo

puso en el escritorio de Laine. Ella, sin poder articular palabra, miró la cajita fijamente. Se le llenaron los ojos de lágrimas y agarró la pequeña joya con el puño.

–Sé que no es una disculpa muy elocuente, pero no tengo mucha práctica disculpándome. Por el amor de Dios, Laine. Si necesitabas dinero, ¿por qué no me lo pediste?

–¿Para confirmar tu opinión sobre mi carácter? –replicó ella.

Dillon se dio la vuelta y se acercó a la ventana. Mientras miraba la lluvia insistente, respondió:

–Eso me lo merezco.

Apoyó las manos en el alféizar y se quedó callado.

Laine se sintió conmovida al ver su expresión de dolor.

–Ya no tiene sentido hacer recriminaciones, Dillon. Es mejor dejar las cosas en el pasado –se levantó, aunque permaneció detrás del escritorio–. Te agradezco muchísimo que te hayas tomado la molestia de traerme el relicario. No sabes lo importante que es para mí. No sé cuándo podré devolverte el dinero. Yo...

Dillon se dio la vuelta, y Laine se quedó impresionada por su expresión de furia. Vio cómo intentaba controlarse.

–No, no digas nada. Sólo concédeme un minuto –le pidió él.

Entonces, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a pasearse por la clase. Poco a poco, sus movimientos se hicieron más relajados.

–Hay goteras –comentó.

–Sólo cuando llueve.

Él soltó una carcajada y se volvió hacia ella.

–A lo mejor no sirve de mucho, pero lo siento. No –añadió, negando con la cabeza al ver que ella comenzaba a responder–. No seas tan generosa. Sólo conseguirías que me sintiera más culpable. Después de mi exhibición de idiotez, me fui a volar durante un rato. Pienso con más claridad cuando estoy a unos cuantos miles de pies de altura. Tal vez te resulte difícil de creer, pero así conseguí volver a la realidad. Ni siquiera me creía las cosas que te estaba diciendo cuando te las estaba

diciendo.

Con una exhalación, al recordar aquella mañana, Dillon se pasó las manos por la cara, y entonces, por primera vez, Laine se dio cuenta de que estaba cansado y demacrado. Él continuó hablando.

–Sólo sé que me volví un poco loco desde el primer instante en que te vi. Volví a casa para pedirte perdón, y me encontré con Miri. Al principio, no conseguí nada más de ella que un detallado sermón sobre mi carácter. Después, me dijo que te habías ido. La noticia no me sentó muy bien, pero no sirve de nada que te explique eso. Cuando terminó de fulminarme con la mirada y de echarme maldiciones ancestrales, me contó lo del relicario. Tuve que jurarle por lo más sagrado que no iba a decírselo a Cap. Parece que te había dado su palabra sobre eso. Llevo diez días en Francia, buscándote –dijo, e hizo un gesto de frustración–. Diez días. Hasta esta mañana no he encontrado a la criada que trabajaba para tu madre. Ella me explicó, con todo detalle, en un inglés rudimentario, que había muchas deudas, y subastas, y una pequeña *mademoiselle* que siempre se quedaba en el colegio en Navidad mientras *madame* iba a Saint Moritz. Me dio el nombre de tu escuela.

Dillon hizo una pausa. Sólo se oía el goteo del agua que caía en un cubo desde el techo.

–Tú no puedes decirme nada que yo no me haya dicho ya, ni en términos más claros. Pero me imagino que tengo que darte la oportunidad.

Al ver que él había terminado, Laine tomó aire y se preparó para responder.

–Dillon, he pensado mucho en la perspectiva desde la que tú viste las cosas. Debió de parecerte muy extraño. Sólo tenías una versión, y además querías proteger a mi padre. En realidad, pensándolo detenidamente, me resulta difícil enfadarme por el hecho de que tengas una lealtad tan fuerte hacia Cap. En cuanto a lo que pasó la última mañana... Creo que fue tan difícil para ti como para mí. Tal vez

más difícil para ti.

–Sería mucho mejor para mi conciencia que despotricaras o me arrojaras unas cuantas cosas a la cabeza.

–Lo siento –dijo ella, encogiéndose de hombros–, tendría que estar muy enfadada para hacer eso, y sobre todo aquí. A las monjas no les parecen bien las exhibiciones de mal genio.

–Cap quiere que vuelvas a casa.

A Laine se le borró la sonrisa de la cara. Dillon se dio cuenta de que se le ensombrecía la mirada, antes de que negara con la cabeza y se alejara hacia la ventana.

–Ésta es mi casa.

–Tu casa está en Kauai. Cap quiere que vuelvas. ¿Te parece justo que pierda dos veces a su hija?

–¿Y a ti te parece justo pedirme que deje mi vida y vuelva? No me hables de lo que es justo, Dillon.

–Mira, puedes sentir toda la amargura que quieras hacia mí. Me lo merezco. Pero Cap no. ¿Cómo crees que se siente desde que sabe la niñez que tuviste?

–¿Se lo has dicho? –preguntó ella, girándose con brusquedad–. No tenías derecho...

–Tenía todo el derecho. Y Cap también tenía derecho a saberlo. Laine, escúchame. Él te quiere. Nunca ha dejado de quererte, durante todos estos años. Supongo que ése fue el motivo de que yo reaccionara así cuando te conocí. Quererte le estuvo haciendo daño durante quince años.

–¿Y crees que no lo sé? ¿Por qué voy a hacerle más daño?

–Laine, los pocos días que pasaste con él le devolvieron a su hija. Él no me preguntó por qué nunca respondiste a sus cartas, y nunca te acusó de las mismas cosas que yo. Te quiere sin necesidad de explicaciones ni disculpas. Cuando supo que te habías marchado, quería venir a Francia él mismo para llevarte de vuelta a casa. Yo le rogué que me dejara venir aquí, porque sabía que te habías marchado

por mi culpa.

–No hay ninguna culpa, Dillon –respondió ella con un suspiro, y se metió el relicario en el bolsillo–. Tal vez hayas hecho bien en contárselo todo a Cap. Así todo está más claro. Le escribiré esta misma noche. No tenía que haberme ido de su casa sin despedirme. El saber que es de verdad mi padre, otra vez, es el mayor regalo que me han hecho nunca. No quiero que ninguno de los dos penséis que he vuelto a vivir a Francia por resentimiento. Espero con todo mi corazón que Cap venga pronto a visitarme. A lo mejor puedes llevarle la carta tú mismo.

Dillon cerró los ojos, y habló con la voz tensa.

–A él no le va a gustar nada saber que estás encerrada en esta escuela.

–No estoy encerrada, Dillon. Esta escuela es mi casa y mi trabajo.

–¿Y tu huida? –le preguntó con impaciencia, y después soltó un juramento, al ver que ella se erguía con rigidez. Entonces, comenzó a caminar de un lado a otro nuevamente–. Lo siento. Eso ha estado fuera de lugar.

–No más disculpas, Dillon. Me parece que es suficiente.

Dillon se detuvo y la miró. Laine estaba de espaldas, pero él veía su barbilla contra los rizos rubios. Llevaba una americana color azul marino y una falda plisada blanca, y parecía más una alumna que una profesora. Entonces, él comenzó a hablar en un tono más ligero.

–Escucha, Duquesa, voy a quedarme aquí un par de días más, en plan turista. ¿Qué te parece si me llevas a dar una vuelta? Me vendría bien estar con alguien que hable el idioma.

Laine cerró los ojos, pensando en lo que podría significar pasar unos cuantos días en su compañía. Sin embargo, no tenía sentido prolongar aquel dolor.

–Lo siento, Dillon. Me encantaría acompañarte, pero no tengo tiempo en este momento. Tengo trabajo atrasado aquí a causa de la visita a Kauai.

–Vas a ponérmelo difícil, ¿no?

–No quiero hacer eso, Dillon –dijo Laine, y se volvió con una sonrisa de disculpa–. Tal vez en otra ocasión.

–No tengo otra ocasión. Estoy intentando hacerlo lo mejor posible, pero no tengo seguridad. Nunca había conocido a una mujer como tú. Todas las reglas son diferentes.

Con curiosidad, Laine se dio cuenta de que él había perdido toda la seguridad en sí mismo. Dio un paso hacia ella, se detuvo, y después se acercó a la pizarra, donde observó con atención los verbos conjugados.

–Sal a cenar conmigo esta noche.

–No, Dillon, yo...

Él se dio la vuelta tan deprisa que Laine se tragó el resto de las palabras.

–Si ni siquiera vas a salir a cenar conmigo, ¿cómo demonios voy a convencerte de que vuelvas a casa conmigo para seguir cortejándote? Hasta un tonto vería que esto no se me da bien. Ya lo he estropeado todo. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir siendo razonable y coherente. Te quiero, Laine, y me estoy volviendo loco. Ven a Kauai conmigo para que podamos casarnos.

Laine se quedó muda, y durante unos instantes, lo miró con la boca abierta.

–Dillon, ¿has dicho que me quieres?

–Sí, he dicho que te quiero. ¿Es que quieres oírlo otra vez?

Entonces, le posó las manos en los hombros, y los labios en el pelo.

–Te quiero tanto que casi no puedo hacer las cosas más sencillas, como comer ni dormir, porque estoy todo el tiempo pensando en ti. Te recuerdo cuando tenías la caracola pegada a la oreja. Te goteaba agua del pelo, y tenías los ojos como el mar y el cielo, y me enamoré de ti. Intentaba no creerlo, pero perdía terreno cada vez que te acercabas a mí. Cuando te marchaste, fue como si perdiera una parte de mí mismo. Ya no estoy completo sin ti.

–Dillon –susurró ella.

–Juré que no iba a presionarte –dijo, y ella notó que apoyaba la mejilla en su cabeza–. No iba a decírtelo todo de golpe, de esta manera. Iba a darte todo lo que necesitaras, flores, velas. Ibas a sorprenderte de lo convencional que puedo llegar a ser cuando resulta necesario. Vuelve conmigo, Laine. Te daré algo de tiempo antes de volver a presionarte para que te cases conmigo.

–No –dijo ella, y negó con la cabeza. Después, respiró profundamente–. No voy a volver a Kauai a menos que te cases conmigo primero.

–Escucha –Dillon le apretó los hombros, y después, con un gruñido de placer, la besó–. Eres una negociadora muy dura –murmuró contra sus labios. Y, como si estuviera hambriento de su sabor, siguió besándola.

–No voy a darte la oportunidad de que cambies de opinión –le dijo Laine, y le rodeó el cuello con los brazos. Después, posó la mejilla contra la de él–. Ya me darás las flores y las velas cuando estemos casados.

–Duquesa, trato hecho. Me habré casado contigo antes de que te des cuenta de lo que estás haciendo. Algunos te dirán que tengo algunos defectos, como por ejemplo, que a veces pierdo los estribos...

–¿De veras? –preguntó Laine con una expresión de incredulidad–. Si yo nunca había conocido a nadie más sereno y con un carácter más templado. Sin embargo –prosiguió, mientras jugueteaba con el primer botón de su camisa–, tengo que confesar que yo soy celosa por naturaleza. Es algo que no puedo controlar. Y si alguna vez veo a otra mujer danzando con el aro especialmente para ti, ¡la tiraré por el acantilado más próximo!

–¿De veras? –Dillon sonrió con satisfacción masculina, y le tomó la cara entre las manos–. Entonces, creo que Miri debería empezar a enseñarte en cuanto volvamos. Y te advierto que voy a estar presente en todas las clases.

–Seguro que aprenderé muy rápido –dijo ella, y se puso de puntillas–. Pero en este momento, desearía aprender otras cosas. ¡Bésame otra vez, Dillon!